Intelectuales y expresión intelectual: los casos de Laureano Gómez y Germán Arciniegas durante la República Liberal (1930-1946)

Juan José Marín Torres

Monografía presentada para optar al título de Historiador

Asesora
Shirley Tatiana Pérez Robles, Doctora en Historia

Universidad de Antioquia

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Departamento de Historia

Medellín, Antioquia, Colombia

2021

Cita nota al pie	1 Juan José Marín Torres. “Intelectuales y expresión intelectual: los casos de Laureano Gómez y Germán Arciniegas durante la República Liberal (1930-1946)” (Tesis de pregrado, Universidad de Antioquia, 2021).
Bibliografía **Estilo Chicago 17 (2017)**	Marín Torres, Juan José, Intelectuales y expresión intelectual: los casos de Laureano Gómez y Germán Arciniegas durante la República Liberal (1930-1946)”. Trabajo de grado profesional, Universidad de Antioquia, 2021.

creative commons CC BY NC SA

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
Vicerrectoría de Docencia

Sistema de Bibliotecas

CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: http://bibliotecadigital.udea.edu.co

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes

Decano: John Mario Muñoz Lopera

Jefe departamento: Luz Eugenia Pimienta Restrepo

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos

Agradecimientos

A Charlie, mi inseparable e indispensable compañero de vida. A mis padres, mi hermano y a todos aquellos quienes de alguna manera fueron parte de esta investigación.

Tabla de contenido

Resumen 6

Abstract 7

Introducción 8

1. Teorización del campo de acción del intelectual 12

1.1 Ciencia y política: dualidad intelectual en Max Weber 12

1.2 Intelectuales tradicionales vs. Intelectuales orgánicos, el concepto de intelectual en Antonio Gramsci 15

1.3 Karl Mannheim: el intelectual más allá de su campo de acción 18

1.4 Intelectuales y sociabilidades en Lewis Coser 20

1.5 El intelectual en Pierre Bourdieu 24

1.6 Consideraciones preliminares del término intelectual 26

2. Aproximación a la intelectualidad en América Latina 27

3. Génesis de dos ideologías 45

3.1 El liberalismo en América Latina 45

3.2 El conservadurismo en América Latina 48

3.3 Liberalismo en Colombia 52

3.4 Conservadurismo en Colombia 55

3.5 República Liberal y nuevas concepciones de Cultura 62

4. Expresión intelectual en la República Liberal 71

4.1 Recorrido intelectual de Laureano Gómez 73

4.2 Recorrido intelectual de Germán Arciniegas 78

4.3 Laureano Gómez: a toda costa contra la barbarie 81

4.3.1 Laureano Gómez y la Religión Católica 81

4.3.2 Su concepto sobre las ideas de izquierda 83

4.3.3 Críticas a la Reforma Constitucional 91

4.4 Germán Arciniegas: la educación como sinónimo de progreso 97

4.4.1 ¿Arciniegas en contra de la Iglesia o en contra del atraso? 107

Consideraciones finales 111

Fuentes y bibliografía 114

Resumen

En la siguiente investigación se hace un estudio de los conceptos que se han desarrollado históricamente sobre una figura tan relevante como el intelectual, para ello y con intención de desarrollar el texto desde lo macro hacia lo micro, se aborda en primera instancia la obra de teóricos como Max Weber, Antonio Gramsci, Karl Mannheim, Lewis Coser y Pierre Bourdieu. Posteriormente, reduciendo las fronteras de análisis del intelectual, se hace una revisión de las conceptualizaciones realizadas por investigadores latinoamericanos y colombianos en búsqueda de definir e interpretar las cualidades, características, prácticas y expresiones de los intelectuales en el continente y propiamente en Colombia. Una vez desglosado el termino intelectual, se hace un estudio de los dos estilos de pensamiento más relevantes de la historia de Colombia, el pensamiento liberal y el pensamiento conservador, con el fin de ubicar en estos dos estilos, sus principales actores de los cuales se tomaron dos que pueden ilustrar las características, las ideas y las expresiones de cada grupo. Finalmente se hace un análisis con algunos de los discursos y producciones escritas de Germán Arciniegas y de Laureano Gómez, que permite responder a la pregunta de cómo fue la expresión intelectual, tanto del partido dominante como del dominado, en un periodo como la República Liberal caracterizado por la redistribución de las fuerzas políticas.

Palabras clave: intelectuales, historia intelectual, política, Laureano Gómez, Germán Arciniegas.

Abstract

In the following research a study is made of the concepts that have been developed historically on a figure as relevant as the intellectual, for this and with the intention of developing the text from the macro to the micro, the work of theorists such as Max Weber, Antonio Gramsci, Karl Mannheim, Lewis Coser and Pierre Bourdieu is addressed in the first instance. Subsequently, reducing the frontiers of intellectual analysis, a review is made of the conceptualizations made by Latin American and Colombian researchers in search of defining and interpreting the qualities, characteristics, practices and expressions of intellectuals in the continent and properly in Colombia. Once the intellectual term is completely analyzed, a study is made of the two most relevant styles of thought in the history of Colombia, liberal thought and conservative thought, in order to locate in these two styles, their main actors from which two were taken that can illustrate the characteristics, ideas and expressions of each group. Finally, an analysis is made with some of the speeches and written productions of Germán Arciniegas and Laureano Gómez, which allows to answer the question of how the intellectual expression was, both of the dominant and the dominated party, in a period like the Liberal Republic characterized by the redistribution of political forces.

Key words: intellectuals, intellectual history, politics, Laureano Gómez, Germán Arciniegas.

Introducción

La turbia relación entre intelectuales y elites políticas, ha sido ampliamente estudiada desde la historiografía colombiana, pues en innumerables ejercicios investigativos, no solo han sido objeto de análisis el carácter y la función del intelectual, sino que también han sido analizados –como extensión de la polémica relación– los diversos proyectos políticos que de ella surgen, como los de nación por ejemplo, en los cuales se aboga por el establecimiento de nuevos paradigmas o pactos sociales por medio de las subsecuentes nuevas producciones simbólicas de los intelectuales de partido.

Sin embargo, las investigaciones que hasta el momento se han elaborado sobre el tema, han sido muy generosas en el análisis del intelectual dominante en cada etapa o periodo histórico de la nación, pero han relegado a un segundo plano al intelectual que en teoría está siendo desplazado, lo que en nuestro concepto no ha permitido un acercamiento integro a las diversas dinámicas intelectuales.

En consecuencia, la presente investigación, en contraste con la manera en que ha operado la historiografía intelectual tradicional en el ámbito colombiano – que le ha brindado preponderancia al intelectual dominante dependiendo del periodo histórico estudiado – tiene por objeto contribuir con nuevos elementos de análisis derivados de la expresión misma de los intelectuales y apoyados a su vez en referentes teóricos, que permiten identificar claramente las dinámicas intelectuales en un mismo periodo histórico, tanto de aquellos hombres de ideas que pertenecían al partido dominante (políticamente hablando) como también al dominado. Se busca entonces también, agregar nuevos cuestionamientos que enriquezcan el debate histórico sobre la labor del intelectual colombiano en la República Liberal (1930 – 1946), pues este periodo se caracterizó por la modificación de las condiciones de producción tanto cultural como material, además se evidenció una clara redistribución de las fuerzas políticas e incluso, cambió la manera en que los intelectuales asumían el país.

La selección de este periodo histórico para el análisis de la expresión intelectual no fue arbitraria ni mucho menos aleatoria, pues dentro de las reformas constitucionales de la década del treinta, sobre todo en la primera administración de Alfonso López Pumarejo, se desarrolló un proyecto donde el Estado asumió un mayor protagonismo procurando restar el control y dominio a la Iglesia Católica respecto de las instituciones educativas y la educación en general. De igual manera, se buscó también por medio del nuevo modelo pedagógico, moldear sujetos autónomos que, formados desde una visión

laica, desarrollaran un amor al trabajo fundamentado en actitudes democráticas, modelo que entraría en fricción con la pedagogía tradicional, confesional y católica.

Lo anterior, evidentemente iba en contravía del imaginario de nación que hasta el momento imperaba en el país, pues a través de la Constitución de 1886, se había instaurado un orden jerárquico centralizado donde las relaciones entre el Estado y la Nación se habían concebido sobre la base de la Iglesia Católica y el ideal Hispanista, lo que había suscitado una arraigada relación entre la identidad nacional y la religión católica, a la cual se le había relegado toda potestad ideológica de la educación por extensión del concordato de 1887 y que pretendía formar no solamente hombres productivos sino también devotos y cristianos.

Es precisamente en la coyuntura política y social que supone el desarrollo del República Liberal, que queremos hacer un análisis de la intelectualidad, pues hasta el gobierno de López Pumarejo, la manera en que se percibían los intelectuales, tanto por ellos mismos como por el Estado, estaba determinada por la tradición y es a partir de este periodo que se los relaciona en la participación activa y constante de reformas, en la elaboración de símbolos ligados a la nación y sobre todo, en la realización de reflexiones y criticas generales de la sociedad.

Sobre el tipo de intelectual y, sobre todo, acerca de su papel, tanto en la política como en la sociedad colombiana de la República Liberal, hay investigaciones que han dado luz sobre el comportamiento y el accionar de los intelectuales liberales, sin embargo, metodológicamente, el intelectual conservador ha sido relegado en esos estudios, cuando menos, a capítulos aparte dentro de las mismas obras, pues el hecho de que temporalmente el ideario conservador tuviera su máximo apogeo en el periodo denominado Hegemonía Conservadora (1886 – 1930), ha suscitado que en la historiografía tradicional, ambos periodos se analicen intelectualmente por separado, teniendo como resultado concretos análisis de la intelectualidad dominante pero con apenas atisbos de las expresiones intelectuales de los sectores políticamente dominados.

Dentro de los estudios más representativos de la intelectualidad en la República Liberal, tenemos por ejemplo a *República liberal, intelectuales y cultura popular* de Renán Silva, magistral exposición de cómo desde la concepción del país con las masas como punto de partida y no desde las elites, se procuró llevar a cabo en la Revolución en Marcha, una renovación cultural derivada de una reforma educativa, que con los intelectuales (en este caso los maestros) a la cabeza pretendía sacar al país del atraso en que se encontraba en materia técnica y economía, pues la preparación que tenía el pueblo

no estaba acorde con las demandas modernas. Sin embargo, en el desarrollo del texto la expresión intelectual conservadora es limitada y generalmente suele ser traída a colación cuando el proyecto educativo liberal choca con el modelo confesional educativo de la Iglesia.

Por otro lado, obras como *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia: De la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991* de Miguel Ángel Urrego, contienen un minucioso análisis de la intelectualidad en ambos periodos, resaltando, que la principal característica de los intelectuales tanto en la Hegemonía Conservadora como en la República Liberal, fue su subordinación a los partidos tradicionales, por lo tanto, su relación con la cultura, la política e incluso con el Estado mismo, respondió siempre a las necesidades de los proyectos políticos, ya fueran liberales o conservadores.

No obstante, de nuevo, la expresión intelectual del conservador en la República Liberal y en sentido contrario, la del liberal en la Hegemonía Conservadora no se toca de manera exhaustiva, pues se prioriza el estudio de las dinámicas de los intelectuales dominantes en cada periodo y es precisamente en ese aspecto donde este trabajo se plantea generar nuevos aportes al debate historiográfico, pues en el periodo histórico ya determinado, no solo vamos a dar espacio a la exposición de la expresión intelectual del liberalismo por medio del análisis de uno de sus proyectos insignia, La Reforma Universitaria, encabezada por Germán Arciniegas, sino que también, por medio del estudio de una serie de artículos y discursos de Laureano Gómez, fechados entre 1932 y 1942, la intelectualidad conservadora se va a pronunciar no solo sobre la educación, sino también sobre temas tan sensibles para la apoca como la libertad, la religión, el socialismo y el comunismo.

Siendo así, esta investigación va a acercar al lector en primera instancia, a la comprensión teórica del término *Intelectual*, para lo cual se van a exponer algunos de los principales referentes universales que han abordado al intelectual como concepto, esto con intención de dar claridad sobre los fundamentos sociales y políticos del accionar de los hombres de ideas que los grandes teóricos del concepto les han asignado. Esta base teórica va a ser fundamental para el posterior desarrollo de la investigación, pues cuando sea menester abordar casos particulares de intelectualidad, ya se habrán expuesto las consideraciones necesarias que permitan comprender de una manera íntegra en qué se diferencia un intelectual del resto profesiones u oficios.

Posteriormente, con intención de llevar la investigación desde lo macro hacia lo micro, luego de haber analizado los conceptos universales del intelectual, se va a dar un

repaso historiográfico del mismo término pero desde su concepción en América Latina, para identificar puntualmente las dinámicas intelectuales específicas de la región y sobre todo, las características fundamentales de sus hombres de ideas, análisis que nos permitirá dilucidar hasta qué punto su relación con el Estado – sociedad, influyó o afectó el desarrollo de sus funciones. Este apartado se complementará con la reconstrucción de la génesis de los pensamientos liberal y conservador, con especial énfasis en el caso colombiano, elemento que posteriormente va a cobrar suma relevancia, pues como se verá, ambas ideologías, serán la guía para el accionar de los intelectuales en el bipartidismo colombiano de finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX.

Finalmente y alejados de toda intención de desconocer los valiosos y notables aportes derivados de las obras previamente elaboradas sobre el tema estudiado, en el último capítulo de este trabajo se va a brindar especial prioridad a la fuente primaria, para este caso entendida como discursos, artículos y textos propios tanto de Germán Arciniegas como de Laureano Gómez, lo que nos va a permitir, por medio de información no mediatizada por la historiografía, responder a la pregunta de cómo era la expresión intelectual (tanto del partido político dominante como del dominado) en un periodo como la República Liberal caracterizado por la redistribución de las fuerzas políticas.

1. Teorización del campo de acción del intelectual

El estudio de los intelectuales ha abarcado desde ensayos, pasando por historias, hasta incluso ser el tema central de algunas de las más reconocidas obras de los más grandes pensadores del pasado siglo XX. Desde luego, el accionar y la conducta de los intelectuales son inabarcables y en las siguientes páginas no se va a cumplir la excepción a esa regla, pues ante la evidente imposibilidad de hacer un barrido de toda la historia intelectual, se ha optado por seleccionar cinco textos, que, a nuestra consideración, pueden brindarle al lector, una sólida visualización contrastada de lo que en sí es un intelectual y de los medios y mecanismos que emplean estos para tener contacto directo o indirecto con la sociedad.

No se pretende entonces, realizar un análisis comparativo de los autores y textos que aquí se van a desarrollar y si bien, pueden darse puntos de encuentro entre los conceptos de uno u otro autor, metodológicamente se va a optar por brindarle a cada texto su respectivo espacio, siguiendo un orden cronológico de publicación, para que de esta manera sea posible identificar cómo ha variado a lo largo del siglo XX el concepto de intelectual.

1.1 Ciencia y política: dualidad intelectual en Max Weber

En *El político y el científico*, Weber aborda el concepto de "intelectual" desde un texto que está compuesto por una serie conferencias dictadas por el autor en 1919, en el cual se realizó un profundo análisis sobre dos profesiones que de alguna manera están ligadas, o al menos, se desenvuelven transversalmente junto con la del intelectual: la del político y del científico.

Innumerables son las mencionas que se hace de la labor intelectual en el texto ya citado, sin embargo, el foco de análisis está dirigido exclusivamente a la concepción de la política como la aspiración de hacer parte o al menos de tener influencia en la distribución o ejercicio del poder[1] entre distintos Estados o dentro de un mismo Estado, entre las diferentes clases que lo comparten. Sin embargo y pese a no ocupar la temática central del texto, es posible ubicar, luego de una detenida lectura, los suficientes pasajes con referencia a la labor intelectual y al intelectual mismo, para construir una definición

[1] Max Weber, *El político y el científico* (Barcelona: Alianza Editorial, 1972) 84.

del concepto según el autor alemán y contrastarla con las definiciones que más adelante vamos a desarrollar.

En Weber, encontramos un concepto de un intelectual no autónomo, en la medida en que para el autor alemán los intelectuales, si bien están dispersos por todo el planeta, se hallan unidos por los lazos invisibles de la comunidad investigativa, conformada de normas intelectuales no formuladas pero aceptadas, que son emanadas de la ciencia, la cual no solo brinda los instrumentos para razonar, sino también para hacer efectivo lo ideado[2].

Para Weber, la problemática sobre la cual se puede hacer uso de dichos instrumentos y, por ende, de la cual se desprende el ejercicio del pensamiento, está determinada por el grado de avance de la ciencia[3], por lo tanto, nunca hay una solución o pensamiento definitivo, lo que lleva a los intelectuales, no solo a recibir, sino también a aceptar constantemente críticas reciprocas y de esta manera se enriquecen con el intercambio ideológico.

En Weber, podemos notar como se atribuye a los "grupos de intelectuales típicos del Occidente", la clasificación social, pues bajo su dirección espiritual, los grupos sociales que no tenían más diferenciación que su educación o sus bienes, se dividieron en partidos aludiendo a razones ideológicas o de tradición y si bien, en principio eran asociaciones ocasionales, posteriormente cuando se constituyeron en asociaciones políticas locales, se les unieron en momentos de crisis ya fuera el proletariado o la pequeña burguesía, allanando aún más, las diferencias ya suscitadas[4].

En este punto, es importante hacer una diferenciación entre lo que constituyen las diferentes profesiones desarrolladas por el autor[5]. Es válido empezar entonces, por aclarar que ambos conceptos, como se los entiende hoy en día, son constructos occidentales resultado de la Ilustración y la Modernidad, por lo que previo a dichos momentos no se podría hablar de científicos sino de hombres de ciencia y no propiamente de políticos sino de hombres de la política[6]. A dichos conceptos se les imprimió un carácter moral del deber ser de cada uno de ellos; teniendo a la responsabilidad y a la mesura[7] adjuntas al

[2] Max Weber, *El político y el científico* (Barcelona: Alianza Editorial, 1972) 55.
[3] Max Weber, *El político y el científico* (Barcelona: Alianza Editorial, 1972) 2.
[4] Max Weber, *El político y el científico* (Barcelona: Alianza Editorial, 1972) 17.
[5] Para definir tanto el político como el científico, además del ya citado texto de Weber, se incluyen postulados de Federico Zertuche, "El intelectual y el político", *Bien Común y Gobierno* 07.74. (2001): 47-54.
[6] Federico Zertuche, "El intelectual y el político", *Bien Común y Gobierno* 07.74. (2001): 47-54.
[7] Max Weber, *El político y el científico* (Barcelona: Alianza Editorial, 1972) 28.

político, pues este debe ser consciente del resultado y de a quienes afectan sus decisiones, regulando tanto sus discursos como su accionar mismo dependiendo de la coyuntura histórica, contrario del científico que fundamentado en la convicción, debe desentenderse por obligación de los resultados de su accionar y buscar siempre la verdad sin tener en cuenta que postulados o verdades universales pueda derrumbar. El científico, por demás, está sumido en una burbuja de especialización[8], que lo impulsa a ejecutar su trabajo rozando el límite de la perfección pues "la obra de verdadera importancia y definitiva es nada menos que la del especialista"[9], a diferencia de un político, pues el inestable y cambiante entorno en el que se desenvuelve, le obliga constantemente a adaptarse a nuevas condiciones.

La pasión por otro lado, intrínseca en el político, no puede constituir nunca en él "excitación estéril", es decir, ser su único móvil, pues por noble que sea la causa que represente, no puede perderse nunca de vista la realidad, o en otras palabras, se debe guardar siempre la distancia tanto con los hombres como con las cosas, pues según palabras propias del autor "el "no saber guardar distancias" es uno de los pecados mortales de todo político y una de esas cualidades cuyo olvido condena a la impotencia política a nuestra actual generación de intelectuales"[10].

La función del intelectual, por tanto, llega a tener un tinte redentor en Weber, pues la política imbuida por las ansias insostenibles de poder, recae en la burocratización de sus funciones y por lo tanto en la corrupción misma de sus funcionarios, una tendencia que tiene carácter global en el autor, no obstante "a esta tendencia se opone, sin embargo, la evolución del funcionariado moderno, que se va convirtiendo en un conjunto de trabajadores intelectuales altamente especializados mediante una larga preparación y con un honor estamental muy desarrollado, cuyo valor supremo es la integridad. Sin este funcionariado se caería sobre nosotros el riesgo de una terrible corrupción y una incompetencia generalizada, e incluso se verían amenazadas las realizaciones técnicas del aparato estatal, cuya importancia para la economía aumenta continuamente y aumenta aún más, gracias a la creciente socialización"[11]

Los intelectuales, por tanto, deben escapar a toda clasificación social precisa, pues la pasión sin mesura por una u otra clase social, han de corromper su accionar, ya que la

[8] Max Weber, *El político y el científico* (Barcelona: Alianza Editorial, 1972) 43.
[9] Max Weber, *El político y el científico* (Barcelona: Alianza Editorial, 1972) 43.
[10] Max Weber, *El político y el científico* (Barcelona: Alianza Editorial, 1972) 28.
[11] Max Weber, *El político y el científico* (Barcelona: Alianza Editorial, 1972) 9.

pasión no puede subyugar a la realidad, pues es esta última, la que puede decretar si el servicio hacia determinada causa es responsable o no[12]. Para lograr tal cometido y hacer el oficio intelectual lo más racional posible, la "intelectualización" cumple un papel fundamental en dicha tarea. Dicho concepto, no es más que el entendimiento que la existencia no está determinada por poderes ocultos o imprevisibles, sino que, por el contrario, todo está sujeto a ser controlado mediante el cálculo, sepultando de esta manera los falsos móviles que emplean los grupos políticos/dominantes en pro de mantener su posición en la sociedad.

1.2 Intelectuales tradicionales vs. Intelectuales orgánicos, el concepto de intelectual en Antonio Gramsci

Antes de entrar en materia en el desarrollo del concepto de intelectual para Gramsci, es necesario abordar primero la concepción que tenía el autor italiano de la actividad intelectual como tal. Dotándola de un carácter social inherente, la actividad intelectual está ligada en el autor, tanto a la cultura como a la producción cultural en sí misma, por lo tanto, derivado del quehacer cultural, se desprende la transformación del aparataje ideológico del Estado y, por ende, del Estado mismo.

La reproducción ideológica que generalmente es la expresión de la clase dominante, solo tiende a transformarse con la irrupción de una nueva cultura o en su defecto, con el atisbo de nuevas expresiones culturales que finalmente logren establecerse como dominantes en la sociedad y esto solo sucede cuando por medio de la una revolución ideológica asciende al poder una nueva sociedad civil.

Como actividad intrínseca al ser humano, la labor intelectual en Gramsci, es fácilmente hallada como una actividad critico-practica, pues independientemente de su profesión, el hombre siempre despliega cierta habilidad intelectual, que le permite participar en la configuración ideológica del mundo, ya sea para destruir (ideales contrarios) o sostener en el tiempo los postulados que defiende la clase social a la cual pertenece. Por ende, cada clase social, suele configurar su propio grupo de intelectuales para dotarse de homogeneidad y conciencia[13] en los ámbitos económicos, políticos y culturales.

[12] Max Weber, *El político y el científico* (Barcelona: Alianza Editorial, 1972) 28.
[13] Antonio Gramsci, *La formación de los Intelectuales* (Ciudad de México: Editorial Grijalbo, 1967) 21.

Es por lo anterior, que vemos en Gramsci, como se quebranta la individualidad de la figura del intelectual en favor de un "intelectual colectivo", un intelectual que lejos de ser independiente, está siempre en función del sostenimiento de su grupo dentro de la estructura hegemónica social. Así, desarrolla el autor su concepto: "Por intelectuales es preciso entender no sólo aquellas capas comúnmente designadas con esta denominación, sino en general toda la masa social que ejerce funciones organizativas en sentido lato, tanto en el campo de la producción como en el de la cultura y en el político-administrativo"[14]

A su vez, Gramsci desglosa el concepto de intelectual mismo en dos sentidos. En primer lugar, acudiendo a una definición sociológica, concibe al intelectual según la función y el lugar que ocupe dentro de una estructura social, denominados intelectuales orgánicos[15]. En segundo lugar, en una definición de tipo histórico, el intelectual es determinado por la función y el lugar que ocupe en el seno de un proceso histórico, a saber, el intelectual tradicional[16].

El concepto de intelectual tradicional, es aplicado en Gramsci a los miembros de los grupos o categorías preexistentes al desarrollo industrial del capitalismo, los cuales se consideran "autónomos del grupo social dominante"[17] y que sobreviven a la extinción del modo de producción del que han surgido, como el Clero, tomado como ejemplo del paso del modo de producción feudal al capitalista, el cual también sirve como herramienta de análisis para estudiar las disputas entre intelectuales burgueses y aristócratas.

Pero el autor no solo se limita a diferenciar los tipos de intelectuales, sino que, para una comprensión más amplia del término en sí, procede a distinguir los intelectuales de los no intelectuales y no se vale del criterio de "trabajo manual/intelectual" al considerarlo arbitrario[18], pues por ejemplo, el obrero no es tal, por el carácter manual de su trabajo, sino que lo es por el hecho de no poseer los medios de producción dentro del modo de producción capitalista y, del mismo modo, el sujeto capitalista como tal, no se caracteriza por sus atributos intelectuales, sino por ser propietario de los medios de producción y por acumular la plusvalía, por lo que emplea otro criterio, el de definir al intelectual por la función y lugar que ocupa en el conjunto de las relaciones sociales.

[14] Antonio Gramsci, *Cuadernos de la Cárcel, V.5* (Puebla: Ediciones Era, 1999) 412.
[15] Antonio Gramsci, *La formación de los Intelectuales* (Ciudad de México: Editorial Grijalbo, 1967) 22.
[16] Antonio Gramsci, *La formación de los Intelectuales* (Ciudad de México: Editorial Grijalbo, 1967) 24.
[17] Antonio Gramsci, *La formación de los Intelectuales* (Ciudad de México: Editorial Grijalbo, 1967) 23.
[18] Antonio Gramsci, *La formación de los Intelectuales* (Ciudad de México: Editorial Grijalbo, 1967) 25.

Los intelectuales orgánicos propiamente dichos, surgen, por tanto, progresivamente de la mano del desarrollo de su clase o grupo social y ejercen tareas que en su mayoría son especializaciones de otras actividades implícitas del grupo, derivadas de su origen y el lugar que ocupa en el modo de producción.

De lo anterior se entiende que, en la sociedad capitalista, los empresarios sean también intelectuales, en tanto cumplen funciones de organización y dirección social, dada la necesidad de crear las condiciones más favorables para la expansión de su clase, o en su defecto, escoger a aquellos a quienes se pueda confiar dichas tareas[19]. En otras palabras, los intelectuales son tomados en Gramsci, como los organizadores de la función económica de la clase o grupo al cual están ligados de manera orgánica.

Pero si tomamos en cuenta la función de dominio, que finalmente es la que nos atañe y nos parece más concordante con la investigación, en Gramsci encontramos que los intelectuales orgánicos son los organizadores de la coerción ejercida por la clase dominante sobre las demás por medio del Estado y a su vez, son los portadores de la función hegemónica sobre la sociedad civil. Se desenvuelven por tanto en diferentes organizaciones de difusión cultural como periódicos, revistas radio e incluso el sistema escolar, a fin de garantizar el consentimiento de las clases dominadas en la orientación que la clase dominante imponga en la sociedad.

Sin embargo, los intelectuales orgánicos no solo se desenvuelven en labores externas a su grupo, pues según el autor, también cumplen funciones fundamentales al interior de este, siendo la de suscitar en los miembros de su clase la toma de conciencia en los intereses comunitarios que debe tener el grupo, la principal de ellas, así como también, cumplen la tarea de formular una concepción homogénea y autónoma del mundo, que sea inherente a todos los miembros.

Si bien los intelectuales están orgánicamente unidos a las clases sociales, el carácter orgánico del intelectual como tal, depende de su relación con la organización o grupo que representa, por lo tanto, puede llegar a conservar cierta autonomía en función de la especificidad de sus funciones, pues según el autor "Se podría estimar lo orgánico de las distintas capas de intelectuales, su mayor o menor conexión con un grupo social básico, fijando una graduación de las funciones y de la superestructura desde abajo hacia arriba, desde la base estructural hasta lo alto"[20].

[19] Antonio Gramsci, *La formación de los Intelectuales* (Ciudad de México: Editorial Grijalbo, 1967) 22.
[20] Antonio Gramsci, *La formación de los Intelectuales* (Ciudad de México: Editorial Grijalbo, 1967) 30.

De dichas capas o supraestructuras, se hace mención de dos en específico que abarcan toda la vida en sociedad, siendo la primera de ellas la denominada "sociedad civil", que abarca todo lo relacionado con los sectores más íntimos y privados de los grupos sociales y en última instancia, la "sociedad política o Estado", que corresponde a la función hegemónica ya mencionada, la cual ejerce el grupo dominante sobre el resto de la sociedad, por medio del "poder de mando directo" manifestado por el Estado a través del gobierno jurídico[21].

1.3 Karl Mannheim: el intelectual más allá de su campo de acción

Para entender el concepto de intelectual en Mannheim, debemos primero comprender el concepto que tenía el autor del hombre contemporáneo como tal. Dice el autor que la conciencia y la preocupación por nosotros mismos, es nuestro principal diferencial con el hombre del pasado, en la medida en que no tenemos plena confianza ni en nosotros mismos, pues la búsqueda de superación y el intento de reinventarnos cada día nos hace indagadores constantes de nuevos horizontes[22].

Precisamente, esa constante búsqueda de respuestas y nuevos caminos, hacen plantear al autor la idea de que no hay estructuras históricas de referencia[23] en el análisis de los conceptos y las ideas, en tanto, por ejemplo, las instituciones, solo son comprendidas en el contexto de su desarrollo y es tarea del investigador, procurar reconstruir las dinámicas de cambio que llevaron a una u otra institución determinada, a ocupar un lugar importante dentro del esquema total de desarrollo.

Lo mismo pasa con las ideas y los conceptos, para Mannheim, no son más que respuestas interpretativas a situaciones dadas en contextos en específico, por lo que siempre es imperativo encontrar correlaciones entre el pensamiento y el contorno social, dado que explicar porque un individuo actúa de una manera en específico no necesariamente es tener en consideración los muchos condicionantes que lo pueden llevar a actuar o pensar de esa manera, siendo entonces las ideologías subproducto de situaciones sociales.

Las nuevas formas de vida, por consiguiente, son respuestas para el autor, a momentos más dinámicos de las sociedades, y la figura central en dichas

[21] Antonio Gramsci, *La formación de los Intelectuales* (Ciudad de México: Editorial Grijalbo, 1967) 30.
[22] Karl Mannheim, *Ensayos de sociología de la Cultura* (Barcelona: Editorial Aguiar, 1963) 138.
[23] Karl Mannheim, *Ensayos de sociología de la Cultura* (Barcelona: Editorial Aguiar, 1963) 23.

transformaciones son los "adelantados"[24] o intelectuales, quienes son los primeros en revisar su posición frente al orden que está en proceso de cambio y, por ende, los primeros en modificar sus conductas, para luego gradualmente, modificar el resto de la sociedad[25].

Dichos intelectuales, fundamentan sus criterios en una base de conocimientos adquiridos, generalmente derivados de la educación uniforme[26], típica de las sociedades industrializadas, conocimientos que son aplicables a las diversas problemáticas sociales y que a su vez generan un universo intelectual unánime, que aumenta la distancia entre los que se comunican en ese universo adquirido de pensamiento y los que no[27].

Si bien para Mannheim, los intelectuales no deben ser conscientes de la totalidad de los problemas que aquejan una sociedad o grupo social en específico, si se caracterizan por tener una comprensión del mundo más allá de su campo de acción[28], pues para considerarse intelectual como tal, hay que suprimir esa perspectiva fraccionaria del mundo característica del pensamiento autoritario escolástico imperante desde tiempos de la edad media, donde sus intelectuales estacionarios no hacían que confirmar y defender antiguos dogmas[29].

El enfoque hacia los problemas reales, la duda y la apertura a todo tipo de debate y reconsideraciones de verdades antiguas, constituyen, por tanto, las características del intelectual moderno, sin pretender, como ya lo habíamos mencionado antes, ocuparse de todos los problemas, pues tratar de abarcarlo todo, no es más que desatender los conflictos o situaciones verdaderamente importantes.

La duda social se convierte entonces en la base del cambio y como generalmente son los intelectuales los primeros en percatarse de las alteraciones en los órdenes sociales establecidos, son los encargados de generar conciencia de clase, siendo este otro de sus rasgos más característicos, pues según Mannheim, rara vez pertenecen a la clase cuya conciencia despiertan[30] pero si propician ese sentimiento de critica necesario en las sociedades dinámicas.

Ese distanciamiento de las clases, le ayuda al intelectual a "eludir las limitaciones ópticas que llevan en si las profesiones y los intereses particulares"[31], lo que a su vez le

[24] Karl Mannheim, *Ensayos de sociología de la Cultura* (Barcelona: Editorial Aguiar, 1963) 142.
[25] Karl Mannheim, *Ensayos de sociología de la Cultura* (Barcelona: Editorial Aguiar, 1963) 42.
[26] Karl Mannheim, *Ensayos de sociología de la Cultura* (Barcelona: Editorial Aguiar, 1963) 166.
[27] Karl Mannheim, *Ensayos de sociología de la Cultura* (Barcelona: Editorial Aguiar, 1963) 168.
[28] Karl Mannheim, *Ensayos de sociología de la Cultura* (Barcelona: Editorial Aguiar, 1963) 169.
[29] Karl Mannheim, *Ensayos de sociología de la Cultura* (Barcelona: Editorial Aguiar, 1963) 214.
[30] Karl Mannheim, *Ensayos de sociología de la Cultura* (Barcelona: Editorial Aguiar, 1963) 209.
[31] Karl Mannheim, *Ensayos de sociología de la Cultura* (Barcelona: Editorial Aguiar, 1963) 225.

permite abstraerse de la realidad, para desarrollar una tendencia de permanecer en el estudio dialogando con sus iguales, pues es allí donde tiene el encuentro primario con las ideas, que posteriormente van a ser indispensables a la hora de abordar crisis y problemáticas sociales.

La intimidad, se traduce entonces en tiempo libre u ocio, que para el intelectual es fundamental, pues es indispensable a la hora de profundizar en sus estudios, constituyendo para Mannheim de esta manera, la falta de ocio como la destrucción de la búsqueda insaciable del más allá, en cuanto a problemáticas sociales se refiere.

En suma, en Mannheim evidenciamos que los intelectuales, si bien como grupo no dominan el poder ni los recursos, incluso ellos mismos ni siquiera están constituidos en un mismo partido y por ende, tampoco están por encima de los partidos políticos, si cumplen con la función indispensable de diagnosticar y pronosticar las diversas situaciones que puedan afectar la vida en sociedad, afrontando antes que el resto de grupos el cambio social y las diferentes alternativas que se puedan presentar, pero sin construir una ideología propia de grupo[32], pues la crítica de sí mismos y de otros grupos es la base de su accionar.

1.4 Intelectuales y sociabilidades en Lewis Coser

Es importante resaltar que, en el texto *Hombres de Ideas* de Coser, se hace un exhaustivo análisis, no tanto del concepto de intelectual como tal, sino más bien, de las condiciones propicias para que la tarea intelectual pueda darse en determinados espacios. Es por ello, que lejos de intentar descifrar un concepto de intelectual indirecto, como se hizo anteriormente con Max Weber, en esta ocasión, se pretende explorar algunos espacios físicos y también los condicionantes, tanto sociales como institucionales, que, según el autor, dieron cabida al desarrollo y la profesionalización de la intelectualidad.

Hay que comenzar por exhibir cuales son las condiciones esenciales que planeta Coser, para que la vocación intelectual sea socialmente viable y goce de reconocimiento. En primer lugar, los intelectuales necesitan ser oídos, por lo tanto, el público es factor fundamental, ya que no solo brindan parte del reconocimiento que consagra al intelectual, sino que también, ocasionalmente, le confieren alguna compensación económica[33]. En

[32] Karl Mannheim, *Ensayos de sociología de la Cultura* (Barcelona: Editorial Aguiar, 1963) 239.
[33] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 19.

segundo lugar, indispensable para el desarrollo y el mantenimiento de la labor intelectual, está el contacto que los intelectuales deben mantener entre sí mismos, a fin de desarrollar normas, que sirvan como guía en el accionar intelectual, para garantizar la excelencia y el correcto accionar metodológico[34].

Adicional a lo anterior, en Coser también es posible hallar el eje transversal al accionar intelectual, la autonomía, de la cual hacen mención todos los autores tratados en este acápite. Para el autor, el ascenso de la clase media con la revolución industrial y la subsecuente alfabetización de sus masas[35], sumado a los avances en materia de industria literaria, más concretamente la imprenta, generó el público ansioso necesario para el establecimiento de un mercado literario. Esto supuso no solamente la profesionalización de la escritura, sino que también permitió la eliminación de la figura del patrocinador o mecenas[36] del intelectual que hasta entonces no solo determinaba la situación económica y social de los escritores pues también influían directamente en el contenido de sus obras.

Sin embargo, el debate no solo es necesario según el autor, para el desarrollo de normas en la comunidad intelectual, sino para la producción misma de su contenido, pues muchos de sus agentes precisan del contraste directo con sus semejantes para poder desarrollar sus ideas[37] y precisamente, derivado de este intercambio y sumado al que se dio con el público, surgieron instituciones a lo largo de los siglos XVII y XVIII que solidificaron la profesionalización del ejercicio intelectual en los siglos posteriores.

Entre dichas instituciones podemos encontrar al salón, los cafés, las revistas y como no, el mercado literario. Todas ellas fueron indispensables gradualmente, en el crecimiento de la vocación intelectual en el mundo occidental ya que todo tipo de intelectuales, en mayor o menor medida, hicieron uso de alguna de ellas.

El salón por su parte, caracterizado históricamente por carecer de los formalismos y las restricciones de la sociedad cortés, tuvo como epicentro de sus reuniones, no el producto literario e intelectual como tal, sino la creación de nuevas ideas para moldear el

[34] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 19.
[35] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 22.
[36] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 22.
[37] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 19.

mundo de las letras y permitirles a los intelectuales tener más injerencia en la opinión pública[38].

Además, el salón que en principio fungió como un filtro de categorías sociales, luego fue un igualador de ellas, en la medida en que elevó a los hombres de letras a la categoría de hombres de mundo[39], pues si bien anteriormente había cierto respeto hacia la nobleza en detrimento al conocimiento, desde el salón se proponían nuevos pensamientos, que sirvieron como sepulcro a las normas fijas del clasicismo que de por sí ya iban descenso, a fin de generar nuevas normas sobre las cuales pudiesen ser juzgados autores[40].

Los autores, por tanto, a medida que las nuevas normas, producto de sus ideas y de sus encuentros con sus iguales, fueron ocupando espacios en el accionar intelectual, se vieron en relación directa con el público, ya que el salón era el principal mediador entre estos últimos y los autores y por supuesto, fue el salón mismo, el que sacó a los escritores de la reclusión de los estudios[41] y los expuso a la luz pública.

Los salones contribuyeron definitivamente a la eliminación del mecenazgo y la aristocracia entre intelectuales, e igualó el talento con la nobleza, pero no terminaron de brindar al intelectual el aire democrático indispensable para el desarrollo de sus labores, pues generalmente solo accedían a ellos quienes consideraran las madammes, dueñas ya fuera del establecimiento o la vivienda donde tuvieran lugar los encuentros, por lo que el café inglés, en específico del Londres del siglo XVIII, fue el primer lugar de reunión verdaderamente libre[42].

En el café, la posición la dictaba el ingenio y la inteligencia, sin ninguna concepción de categoría, a diferencia del salón, donde la admisión dependía de la aprobación de ciertos cancerberos sociales[43], por lo tanto, había libertad de habla y tema por un penique, que era el precio a pagar en la barra, se derrumbaron las normas de tradición y fueron reemplazadas por modos autónomos emergidos del café mismo.

---

[38] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 29.
[39] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 29.
[40] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 30.
[41] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 32.
[42] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 35.
[43] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 35.

Al ser un lugar donde cualquiera podía tomar la palabra, existía la sensación de que se podía influir directamente en los escritos ya que se debatían tanto escritores como redactores, por lo tanto, era el lugar adecuado para que los escritores pudieran a prueba nuevos métodos y nuevas ideas. Con esto, el café logró formar una opinión común, derivada de una multitud de opiniones individuales, lo que hasta el momento el periódico no había podido lograr, lo hizo el café en amplio grado[44].

La distancia social entre escritores y lectores, que de por sí ya había sido acortada por el salón, fue incluso más reducida por el café en la medida en que los escritores, que se apropiaban de ideas vagas que surgían de los debates y adoptaban todo tipo de críticas y comentarios surgidos de los mismos[45], daban la sensación al lector que influían directamente sobre los escritos, lo que dio como resultado el cambio en los modos de escribir y la supresión de normas preexistentes en la escritura por el dominio de lo cotidiano.

Es importante notar como toda posición o idea que impere pasa por un filtro, el del debate, nada se acepta si no se discute por todos y ahí precisamente radica uno de los principales avances del café, el constante dialogo entre lector y escritor, que dentro del café eran iguales; los primeros sentían que hacían parte de la producción y los últimos ponían a prueba nuevos conceptos o métodos, este contacto cambió el mercado literario como tal, pues a medida que más se piensa en el lector, más se influye sobre este.

Finalmente, las revistas y el ascenso de la ciencia moderna constituyeron la puntada final para no solo afianzar la industria literaria, sino también para masificarla. La ciencia, al igual que el ejercicio intelectual, como se ha podido evidenciar en párrafos anteriores, no se desarrolló por genios solitarios, la comunidad científica institucionalizada fue fundamental en dicho proceso, pues generalmente también allí se llegó al conocimiento por medio del debate y la razón[46].

La legitimación de las empresas científicas estuvo ligada a la economía, pues la presión de estudiar cosas aplicables a las practicas del comercio, la industria y el área militar, acercó a la ciencia al mundo de los negocios, ya que para poder alcanzar

[44] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 36.
[45] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 39.
[46] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 44.

autonomía, tuvo primero que ocuparse de trivialidades impuestas externamente [47], trayendo sin embargo un efecto colateral no tan negativo, como lo fue el sacar a los científicos de los laboratorios y exponerlos al público[48], donde se encontraron con otros fieles a su vocación que comenzaron a hacer juico de las investigaciones y por ende a brindarles reconocimiento, indispensable para el sostenimiento de toda labor científico-intelectual.

Las sociedades científicas, como toda institución social, fueron creciendo gradualmente a medida que obtuvieron más reconocimiento, pues este era traducido en más apoyo, y sumado a la profesionalización de la escritura, que ya era tal desde mediados del siglo XVIII[49] y ligado también, al aumento de la demanda por la ya mencionada alfabetización paulatina de las capas medias y bajas de la sociedad, se dieron los condiciones propicias para hacer de la escritura un medio para esparcir doctrinas e ideas[50], y fue en ese momento que las revista surgió como la institución, que no solo guiaba el debate, fijaba posiciones y regia la opinión pública[51], sino que también fue la mediadora por excelencia para el debate de las ideas entre escritor y público.

1.5 El intelectual en Pierre Bourdieu

En Bourdieu y teniendo muy presente su formación como sociólogo, es posible ubicar a la quizás más popular definición de "intelectual" de todas las que se han analizado hasta ahora, a razón del carácter social que el autor le imprime al concepto. Es posible hablar de una suerte de intelectual colectivo, que no solamente debe producir sino también difundir los instrumentos que permitan obtener y mantener la autonomía del campo intelectual, para no permitir ningún tipo de dominio, si quiera sea simbólico, de los grupos dirigentes[52].

[47] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 48.
[48] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 49.
[49] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 51.
[50] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 87.
[51] Lewis Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968) 85-87.
[52] Pierre Bourdieu, *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto* (Tucumán: Editorial Montressor, 2002) 108.

Precisamente, al ser parte del campo denominado intelectual, los hombres de letras se convierten en agentes del campo, que desarrollan un sistema de relaciones entre sí, donde la búsqueda del capital simbólico[53] se convierte en el fin más preponderante, pues es este el que les brinda legitimidad[54] cultural al interior del campo, transformándose a su vez en reconocimiento hacía su trabajo y permitiéndole una partición cada vez más activa dentro del campo cada vez que sus capacidades como agente ascienden cualitativamente.

El intelectual, por tanto, en la medida que colabora en la tarea de mantener su campo autónomo respecto de otras esferas sociales[55], debe desarrollar a su vez, según Bourdieu, una autonomía propia que sea reflejada en sus obras (producción simbólica), pues el reconocimiento debe brindárselo sus iguales y no provenir de agentes externos como la economía, por ejemplo. Es por esto, que toda producción de un agente intelectual, debe corresponder a su propia percepción del medio que lo rodea y nunca a las imposiciones de agentes o instituciones[56] ajenos a su campo.

Si bien, hasta el momento es posible ubicar en Bourdieu, la figura de un intelectual que debería desenvolverse sin la sugestión y sin las presiones de agentes o instrucciones dominantes, y sobre todo, que actúe fundamentado en sus propias concepciones del mundo, es posible hallar una similitud con Mannheim, cuando se habla de los temas que deberían ocupar la labor intelectual, pues Bourdieu también afirma que los intelectuales no pueden ser portavoces de lo universal (tratar todos los males de la sociedad) y aunque

[53] Bourdieu define al capital como: "Aquello que es eficaz en un campo determinado, tanto a modo de arma como de asunto en juego en la contienda, que permite a sus poseedores disponer de un poder, una influencia, y por tanto existir en el campo en consideración". Pierre Bourdieu y Loic Wacquant, *Una invitación a la sociología reflexiva* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2008) 136.

[54] Para participar en la competencia por la legitimidad cultural, Bourdieu afirma que los intelectuales hacen uso de un sistema de reproducciones inconscientes producto de la interiorización de determinadas estructuras, es decir, las prácticas y representaciones sociales que se convierten en automatismos en determinado grupo, todo esto englobado bajo el concepto de *Habitus*, definido por el autor como "El sistema de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente "reguladas" y "regulares" sin ser el producto de la obediencia a reglas, y, a la vez que todo esto, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta". Pierre Bourdieu, *El sentido práctico* (Madrid: Taurus, 1991) 92.

[55] Pierre Bourdieu, *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto* (Tucumán: Editorial Montressor, 2002) 108.

[56] La institución que si brinda legitimidad al intelectual, según Jacques Dubois, es la Literaria, pues ella contribuye a la elaboración, define y legitima las obras literarias y la producción simbólica en general, por medio de las instancias de consagración (academias o reconocimientos a modo de premios), de reconocimiento (prensa y critica), de emergencia (salones y revistas) y de canonización (manuales y programas de las instituciones educativas). Jacques Dubois, *La institución de la literatura* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2014) 74.

tengan interés esporádico en hacerlo, simplemente deben imponer su visión del mundo social[57].

En suma, el arquetipo de intelectual para Bourdieu, se encuentra en el estudioso que se vale tanto de sus propias convicciones como de los conocimientos que pueda adquirir dentro su campo, en la búsqueda de la autonomía del mismo para ejercer la defensa de la dominación simbólica y constituirse junto con los suyos, en una especie de contrapoder de los grupos dominantes.

1.6 Consideraciones preliminares del término intelectual

Cierto es, que, en términos generales, a lo largo del texto se encontraron en su mayoría definiciones muy puristas del concepto de intelectual, donde se liga al hombre de letras a los procesos de cambio social y se establece su lugar de acción en un punto medio, entre las elites dominantes y los grupos en ascenso o en su defecto, los sectores más reprimidos en todos los ámbitos de la vida en sociedad.

La imagen que nos queda del intelectual, o al menos, de cómo se conceptualizó durante el siglo pasado, es de alguien que ya fuera en un salón, un café, por medio de una revista o incluso, desde su propio estudio, trata de ocupar su intelecto, no en todos los males de la sociedad, sino en aquellos procesos que representan un cambio en los paradigmas establecidos y generan un alto impacto en la cotidianidad de aquellos subordinados.

Al ocuparse mayoritariamente, de los temas que socialmente pueden considerarse más sensibles, también el intelectual cumple un papel fundamental en la producción cultural, en la medida en que su actividad, contribuyó a la aparición en el consumo de bienes simbólicos, de grupos que históricamente no hacían parte del entramado de la industria cultural, lo que propició las condiciones necesarias para afianzar esa ya mencionada industria, pues se aumentó la demanda tanto de la producción cultural como de su variedad, a la vez que se brindaba a los intelectuales la legitimidad y el reconcomiendo que sustentan su labor.

Los intelectuales, por tanto, según las coyunturas, cumplen determinadas funciones sociales, que los acercan o los alejan, según las circunstancias, de los sectores sociales subyugados, pero en última instancia, ya sea a favor de los dominantes o los

[57] Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder* (Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 2000) 172.

dominados, juegan un papel fundamental en el sostenimiento de sus grupos dentro de la estructura social. De lo anterior se entiende, como muchos intelectuales han optado históricamente por ser los ejecutores de la coerción estatal sobre la sociedad civil, o, en otras palabras, el vehículo del dominio de las clases dominantes respecto de los sectores sociales menos favorecidos, empañando de esta manera, ese carácter autónomo que, a consideración de los autores estudiados, debe ser la esencia de un verdadero intelectual.

2. Aproximación a la intelectualidad en América Latina

Expuesto lo que los grandes teóricos del *Intelectual*[58] han dejado plasmado en la historiografía sobre el concepto como tal y analizados sus postulados teóricamente más trascendentes, es necesario complementar esa visión occidental y casi que europeizada del término[59], con conceptos aplicables del intelectual a nuestras latitudes, para poder comprender de una manera más completa, cómo han sido concebidos los hombres de ideas y qué funciones les han sido atribuidas o han desarrollado con propiedad en Latinoamérica. Para tal cometido y en función de desarrollar el texto de una manera escalonada, que permita al lector aprehender al intelectual desde lo macro a lo micro –expuesto como ya se dijo su concepto universal–, vamos a ahondar primero en la concepción general del término a nivel latinoamericano y posteriormente se hará una revisión del mismo limitado a lo que de él se ha escrito en el ámbito colombiano.

Abordar como foco de estudio un conglomerado tan vasto como lo es América latina, incluso reduciendo la investigación a un tema determinado, es complejo y casi que problemático. Sin embargo, siendo conscientes de los beneficios de una aproximación regional o sectorizada al tema estudiado, se van a dejar de lado conceptos e interpretaciones locales o regionales, para dar paso a una exposición más teórica de las conceptualizaciones de la historia intelectual latinoamericana, con base en los debates y nociones extraídos de una serie de artículos seleccionados, que si bien varios de ellos

[58] "El adjetivo intelectual, incide en el proceso mental de elaboración de conceptos o discursos a nivel del intelecto, proceso que solo puede ser realizado por sujetos históricos (individuos), inseridos en un contexto intelectual y social determinado, no pudiendo dejar de considerarse la intervención de los mismos en la producción y recepción o interpretación de ideas o discursos". Paúl Montoya, "El debate teórico en la Historia Intelectual y sus repercusiones en América Latina", *Intellectus* 1.07 (2008): 4.

[59] La figura del intelectual, en términos contemporáneos, está ligada a procesos de secularización y de modernización de las sociedades, a las que sus intervenciones reformistas, cuando no revolucionarias, procurarían incidir en lo real con la idea de introducir algún tipo de bienestar o contribución social, en principio agitadora. El intelectual por tanto funge como una figura tensionada entre dos polos: el privilegio a veces narcisista de sus cualidades y la conminación compulsiva a intervenir. Véase a Carlos Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación* (Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2006).

precisan en ocasiones de las particularidades regionales para elaborar sus conceptos, son precisamente las ideas y conclusiones generales que van a aflorando en sus líneas, las que se consideran en más sintonía con lo que se ha escrito hasta el momento en este texto respecto de los intelectuales.

Para los fines tanto teóricos como metodológicos del análisis de los intelectuales en América latina, es importante traer a colación la diferenciación que hace Paul Baran entre intelectual y trabajador intelectual, pues como dice el autor, estos últimos, "constituyen un grupo mayoritario de personas que integran un sector importante de la sociedad: aquellos que trabajan con la mente más bien que con los músculos y que viven de su ingenio más bien que de sus manos", por lo que el propósito tanto de su trabajo como de su pensamiento: "es la racionalización, el dominio y la manipulación de cualquier rama de la realidad con la que él está por el momento relacionado"[60]. Bajo este concepto, el trabajador intelectual no toma conciencia del significado de su trabajo ni de su importancia dentro del marco general de la actividad social y precisamente según Baran, ahí radica la principal singularidad del Intelectual pues "su preocupación con el proceso histórico no es un interés tangible, sino que impregna su pensamiento y afecta significativamente su trabajo"[61].

Para dar inicio al análisis histórico del término *Intelectual* en América latina, en primer lugar, hay que tener en consideración, que la historiografía latinoamericana en principio, no se ocupó directamente de los intelectuales, sino que el estudio del desarrollo de sus naciones llevó al descubrimiento del notable papel que los intelectuales tuvieron en los complejos procesos de cambio social que se dieron desde finales del siglo XVIII en adelante. Por lo tanto, no es nuestro interés realizar un esbozo del pensamiento social latinoamericano, sino más bien, analizar las relaciones que se han presentado entre el intelectual y la estructura social, así como también el tipo de acción y la orientación de los primeros en diferentes etapas históricas.

Y si bien hay autores como Juan Marichal, que afirma que "no sería arbitrario decir que la historia intelectual de América Latina está aún por escribirse"[62], (en las líneas que abren el libro *La significación de la historia intelectual de América latina*), una aseveración que se sustenta en el hecho de que las investigaciones que han tenido un

[60] Paul Baran, "El compromiso del intelectual", *Casa de las Américas* 7. (1961): 14-21.
[61] Paul Baran, "El compromiso del intelectual", *Casa de las Américas* 7. (1961): 14-21.
[62] Juan Marichal, "La significación de la historia intelectual de América latina", *Homenaje a Rafael Segovia*, Fernando Serrano Migallón (Ciudad de México: Colegio de México, 1998) 439.

impacto mayor sobre temas relacionados con América latina, sistemáticamente se han ocupado de la historia política, económica y social de sus territorios, lo que deja en evidencia la ausencia de trabajos sobre su historia intelectual[63]. Es innegable que, durante los siglos XIX y XX, la vida intelectual latinoamericana transcurrió predominantemente por caminos nacionalistas, por lo tanto, sus elites culturales atravesaron procesos demasiado intrincados como para hacer de ellas una historia unificada que cobijara toda la región[64].

Los intelectuales, por tanto, siempre ocuparon una función central y casi que desproporcionada tanto en política como en la sociedad misma y la debilidad que históricamente padecieron las instituciones político–sociales latinoamericanas, permitió no solo la participación esporádica en ellas de hombres de ideas, sino la ocupación de importantes cargos –ministros, embajadores y diplomáticos en general– sin dejar por ello de lado el compromiso social intrínseco del intelectual. Es así que nos topamos con una de las primeras definiciones de intelectual latinoamericano que encontramos útil para los fines del trabajo, dónde se lo cataloga como "científico social latinoamericano", el cuál es en esencia "un innovador social en su doble tarea de producir conocimiento […] y crear o expandir, por sí mismo, las condiciones indispensables de trabajo"[65]. Esta definición mantiene los lineamientos de los conceptos planteados anteriormente, en la medida en que el intelectual no solo se debe a la sociedad o a las causas que defienda, sino que debe mantener ciertos estándares tanto en su actividad como en su producción, pues solo de esta manera puede crear y expandir esas condiciones indispensables de trabajo y por otro lado, imprime un carácter social más marcado en lo referente a su actividad, pues más adelante y con intención de formular una idea de intelectual más útil para el cambio social se afirma lo siguiente: "Parece ser que una característica del intelectual latinoamericano es la cualidad de combinar la interpretación y la intervención planificada, pues los grandes temas de las sociedades latinoamericanas, por el hecho de estar fundamentalmente relacionados con las transformaciones estructurales globales, imponen a los científicos sociales la ampliación de las contribuciones propias de cada disciplina"[66].

[63] Juan Marichal, "La significación de la historia intelectual de América latina", *Homenaje a Rafael Segovia*, Fernando Serrano Migallón (Ciudad de México: Colegio de México, 1998) 439.
[64] Paula Bruno, "Los intelectuales de un siglo" PolHis 8. (2011): 313.
[65] Julieta Armella, Alejandra B. Martinetto, Judith Naidorf, Silvina A. Sturniolo, "Reflexiones acerca del rol de los intelectuales en América Latina", *Archivos analíticos de políticas educativas* 18.25. (2010): 16.
[66] Julieta Armella, Alejandra B. Martinetto, Judith Naidorf, Silvina A. Sturniolo, "Reflexiones acerca del rol de los intelectuales en América Latina", *Archivos analíticos de políticas educativas* 18.25. (2010): 16.

Por lo tanto, suele considerarse la categoría social del intelectual como aquella configurada por un grupo homogéneo (minoría), con una clara identidad respecto a sus intereses y sus funciones y se asume que su papel social es sensiblemente semejante en las diferentes estructuras sociales en las que se hacen sentir, concepto muy desarrollado por Mannheim, por ejemplo.

La acepción misma del término Intelectual, cómo lo apunta Ignacio Sánchez Prado, va cambiando en Latinoamérica, en la medida en que progresivamente este se sale de sus definiciones tradicionales, fundamentadas en la letra y la producción de conocimiento, para llegar a abarcar un abanico mucho más amplio de figuras y prácticas[67], donde es posible encontrar clasificaciones teóricas de los intelectuales, catalogándolos como una clase social en sí misma, como atados a una clase social más amplia o como figuras que representan ideales que trascienden su clase social[68]. Esta clasificación, por tomar solo un ejemplo, comparte núcleo con las más predominantes del siglo XX (ya expuestas en la primera parte de este trabajo) y es que son formuladas en función de un ethos intelectual, pero según Sánchez Prado, el análisis del intelectual latinoamericano se debe fundamentar en un criterio teórico que no enjuicie o predetermine al intelectual a un deber político o una postura ideológica determinada[69].

Se trata entonces de definir el intelectual latinoamericano no desde una posición especifica de clase, sino desde su capacidad de desempeñar el rol de mediación entre el saber, la subjetividad y el poder, independientemente de la clase social o el imperativo ético desde el que se desenvuelve, puesto que esto es lo que en esencia lo convierte en un intelectual público con una función social[70].

Como debe atender diferentes frentes y desenvolverse, tanto en diferentes grupos sociales como en diferentes estamentos de la sociedad misma, la interdisciplinariedad, es sin duda alguna, una de las características indispensables para desarrollar el concepto de intelectual en América latina, dado que las construcciones teóricas en las cuales confluyen varias disciplinas no solo permiten la creación de nuevos conocimientos más sólidos para los heterogéneos contextos de las diferentes sociedades latinoamericanas, sino que

[67] Ignacio Sánchez Prado, “Los intelectuales públicos en América Latina”, *Latin American Research Review* 47. (2012): 218.
[68] Para una mirada más amplia a estas tres categorías véase: Charles Kurzman y Lynn Owens, "The Sociology of Intellectuals, *Annual Review of Sociology* 28. (2002): 63-90.
[69] Ignacio Sánchez Prado, “Los intelectuales públicos en América Latina”, *Latin American Research Review* 47. (2012): 219.
[70] Ignacio Sánchez Prado, “Los intelectuales públicos en América Latina”, *Latin American Research Review* 47. (2012): 219.

también posibilita la superación de las barreras cerradas del conocimiento propiciadas por los análisis mono – disciplinares, permitiendo una observación y una comprensión más concreta de la realidad[71].

Precisamente tocando el tema de las realidades, es pertinente traer a colación a Michel Foucault, en tanto consideraba que cada sociedad construye su propio régimen de la verdad e históricamente a su vez, cada una de ellas produce tanto los rituales como los mecanismos que permiten rechazar lo falso y aceptar lo verdadero[72]. A su vez, este concepto también es aplicable al contexto latinoamericano, en tanto las luchas sociales latinoamericanas históricamente constituyeron una constante búsqueda de separar el poder de la verdad de las formas hegemónicas sin intentar por ello liberar la verdad del poder, pues ella en sí misma es poder[73].

El problema político esencial para el intelectual, por tanto, no sería criticar o poner en tela juicio contenidos ideológicos o buscarles una justificación ideología, sino ubicar la posibilidad de construir una nueva política de la verdad, sin cambiar las conciencias de las gentes, sino el régimen político, económico e institucional de la producción de la verdad[74]. Esta aseveración es totalmente aplicable al contexto latinoamericano, en tanto sus intelectuales como se apunta en *Reflexiones acerca del rol de los intelectuales en América Latina*, deben brindar instrumentos de análisis para comprender correctamente el presente y ubicar las líneas frágiles de donde se aferran las clases hegemónicas al poder, pues analizar y repensar el poder es la manera más efectiva de luchar contra él o en última instancia, por él[75].

Es precisamente, en relación al poder, donde quizá es posible ubicar una influencia mayor de los intelectuales en América latina, en tanto los mecanismos represivos, los cuales son para el pueblo difíciles de percibir y por ende de cuestionar, constituyen una estructura de relaciones donde los dominados aprehenden y reproducen la dominación y su carácter de dominados casi que sin darse cuenta de ello, pues todo está legitimado a través de los discursos dominantes los cuales brindan un sutil efecto de objetividad y naturalidad a través de los cuales se garantiza la vigencia del poder. Con lo anterior en mente, el intelectual surge como la figura contra hegemónica por excelencia, encargado

[71] Lucio Fernando Oliver, "La interdisciplinariedad en los estudios latinoamericanos: evolución, conceptos y experiencias en la UNAM", *Anuario del colegio de estudios latinoamericanos* 2. (2010): 130.
[72] Michel Foucault, *Microfísica del poder* (Madrid: La Piqueta, 1992) 198.
[73] Michel Foucault, *Microfísica del poder* (Madrid: La Piqueta, 1992) 198.
[74] Michel Foucault, *Microfísica del poder* (Madrid: La Piqueta, 1992) 200.
[75] Julieta Armella, Alejandra B. Martinetto, Judith Naidorf, Silvina A. Sturniolo, "Reflexiones acerca del rol de los intelectuales en América Latina", *Archivos analíticos de políticas educativas* 18.25. (2010): 17.

de hacer frente a la crisis del sistema mundo ya mencionada, para proponer posibles transiciones a hacia escenarios distintos[76] y como ejemplo, tenemos a los que Gramsci consideraba intelectuales orgánicos, escritores, periodistas y economistas ligados directamente a las luchas políticas y sociales, que a su vez también eran piezas clave de sindicatos, movimientos estudiantiles y partidos revolucionarios, a saber, Camilo Torres en Colombia, Miguel Enríquez en Chile o el Che Guevara en Argentina y Cuba.

Es por esto, que para Fernando Uricoechea en su texto *Los intelectuales latinoamericanos y el desarrollo de sus sociedades*, la imagen que se tiene del intelectual corresponde en mayor medida al tipo de sociedad en la que este se desenvuelve, que al intelectual mismo, pues en las sociedades industrializadas, la esfera intelectual es menos autónoma en razón de que la expansión del aparato estatal, su extensión hacia nuevas áreas institucionales y su asunción de nuevas funciones, provocan la aparición de un amplio pero centralizado sistema de difusión comunicativa, lo que se traduce en constantes presiones tanto estructurales como institucionales que según el autor, condicionan y profesionalizan la cosmovisión y el proyecto-función del intelectual[77]. Por otro lado, en las denominadas "sociedades críticas"[78] –aquellas aun en transición, pero no por ello subdesarrolladas–, en razón del bajo desarrollo tecnológico de su aparato estatal, la representación del mundo que elabora y ofrece públicamente el intelectual, resulta una alternativa más efectiva respecto de la que suministra el poder público. Esto sin duda alguna, beneficia la autonomía y la eficacia de la función del intelectual, pues esta "deja de ser, como frecuentemente ocurre en las sociedades de alto desarrollo tecnológico, complementaria y se configura y se hace valer como suplementaria y competitiva con respecto a la que ofrece el Estado"[79].

El intelectual latinoamericano debe estudiarse entonces, no solo en función del grado de modernización y desarrollo de su sociedad, sino también en términos del nivel crítico en el que se encuentra su estructura social, pues las diferentes realidades de los países sin duda alteraron el desempeño de los intelectuales, lo que suscitó que estos

[76] Julieta Armella, Alejandra B. Martinetto, Judith Naidorf, Silvina A. Sturniolo, "Reflexiones acerca del rol de los intelectuales en América Latina", *Archivos analíticos de políticas educativas* 18.25. (2010): 22.
[77] Fernando Uricoechea, "Los intelectuales latinoamericanos y el desarrollo de sus sociedades", *Revista Mexicana de Sociología* 29.4 (1967): 789.
[78] El autor define la sociedad crítica como la que se caracteriza por cierta forma de funcionamiento de su organización política nacional que la hace permanentemente vulnerable a las aspiraciones, demandas, presiones y acciones de diversos grupos o entidades sociales -internacionalmente hegemónicos o nacionalmente privilegiados, subprivilegiados y marginales. Fernando Uricoechea, "Los intelectuales latinoamericanos y el desarrollo de sus sociedades" *Revista Mexicana de Sociología* 29.4 (1967): 800.
[79] Fernando Uricoechea, "Los intelectuales latinoamericanos y el desarrollo de sus sociedades", *Revista Mexicana de Sociología* 29.4 (1967): 790.

tuvieran comportamientos bastante disimiles a lo largo de las diferentes etapas históricas[80].

Tomando en orden cronológico dichas etapas históricas, nos encontramos con que, para antes de la independencia de los países latinoamericanos, había existido un grupo más o menos relevante de estudiosos generalmente relacionados a la enseñanza o a la administración, que tenían muchas similitudes con lo que hoy llamamos un intelectual: poseían un modo sistemático de pensamiento, escribían en cantidades considerables y ocasionalmente elaboraban obras de carácter social crítico. Su erudición era digna de reconocer, pues muchos de ellos gozaron de educación universitaria, pero al interior de la sociedad colonial su rol era incierto.

Pero desde la segunda mitad del siglo XIX a las postrimerías del siglo XX, el panorama cambió radicalmente, pues los intelectuales, públicamente reconocidos como tales, apoyaron o censuraron gobiernos y fueron, por ende, los intérpretes reconocidos de sus comunidades y gozaron de un significativo privilegio social, pues como lo apunta Carlos Monsiváis en su artículo titulado *De los intelectuales en América latina*, los intelectuales "encabezan la protesta social, censuran a los «subversivos», son víctimas, son victimarios en la medida de lo posible, contribuyen a la memoria histórica, le infunden creatividad al lenguaje, dictaminan, disculpan a los represores, fomentan el sentido del humor y de la ironía, protegen a la República con gruesas capas de solemnidad y textos abstrusos, son conservadores o anticlericales o radicales de tendencia anarquista, o nacionalistas o antinacionalistas o liberales o conservadores o marxistas o antimarxistas o de vanguardia o de retaguardia. Son, en síntesis, el cuerpo móvil o inmóvil que nulifica casi todas las generalizaciones"[81].

Fue solo posterior a la independencia que los intelectuales jugaron un rol descollante en la conformación de las identidades colectivas, actividad que se desarrolló siempre a la sombra del Estado respectivo y por ende de sus gobiernos, es decir, de una manera subalterna para influir en primer término sobre las capas más privilegiadas de la sociedad, pues para el inicio del siglo XIX, los países latinoamericanos están en plena construcción de sus sociedades nacionales, las guerras de independencia finalizan en el primer cuarto del siglo y los sectores urbanos de clases media-baja que fueron parte de activa de su promoción, se vieron rápidamente en un segundo plano cuando el poder se

[80] H.C.F. Mansilla, "Intelectuales y política en América Latina: Breve aproximación a una ambivalencia fundamental", *Espacio Abierto* 11.3 (2002): 447.
[81] Carlos Monsiváis, "De los intelectuales en América latina", *América Latina Hoy* 47. (2007): 16.

desplazó hacia los caudillos locales, situación que solo cambiaria posteriormente en las últimas décadas del siglo con la instauración paulatina de la política de partidos[82].

Los intelectuales liberales, mayoritariamente periodistas y juristas, abogaron a lo largo del siglo XIX por la construcción de un conjunto de leyes que garantizaran las libertades en materia no solo de ideas sino también de comportamientos, construyendo además los espacios propicios para tal proyecto, pues fundaron desde centros de estudio, pasando por escuelas normales hasta incluso fundar universidades evidentemente laicas[83].

Podemos afirmar entonces, que el principio de sus obras no es otro que la escritura de la nación, entendida en sus propios términos liberales, pues sus sistemas educativos, su elogio (demagógico muchas veces) de las clases populares y sus constantes ataques a la mentalidad despótica conservadora, iban siempre en aras de construir la patria, condenar la desigualdad y erradicar la ignorancia.

Por su parte, los intelectuales conservadores, dice Monsiváis, se asignaron entonces la tarea de corregir los desvíos de la sociedad y procedieron casi que inquisitorialmente, pues en la mayoría de los países donde predomino la derecha ideológica, ocuparon puestos culturales, elogiaron y demandaron la represión, negando el acceso a universidades de maestros liberales, izquierdistas e incluso católicos no ortodoxos[84].

Todo lo anterior, a consideración del autor, propició un rechazo casi que orgánico del término, y la derecha latinoamericana careció históricamente de un sector intelectual consciente y determinado a manifestarse como tal, pues si bien en lo religioso se profesaron orgullosamente como tradicionalistas, dice Monsiváis que en lo ideológico procuraron manifestarse siempre desde posiciones "neutras"[85].

Para finales del siglo XIX y principios del XX, internacionalmente, Estados Unidos aún no se establecía como potencia económica mundial, sin embargo, comienza ya de manera progresiva la venta de productos agrícolas a los mercados del viejo continente, donde Inglaterra aun domina los mercados de exportación latinoamericanos. Esto suscitó los primeros mensajes industrializantes, pues conscientes de que las economías fundamentadas en un modelo exportador podrían potencialmente ser sinónimo de precariedad para las sociedades latinoamericanas, personajes como Juan Bautista

[82] Véase a Jacques Lambert, *América Latina: Estructuras sociales e instituciones políticas* (Barcelona: Ed. Ariel, 1964).
[83] Carlos Monsiváis, "De los intelectuales en América latina", *América Latina Hoy* 47. (2007): 17.
[84] Carlos Monsiváis, "De los intelectuales en América latina", *América Latina Hoy* 47. (2007): 27.
[85] Carlos Monsiváis, "De los intelectuales en América latina", *América Latina Hoy* 47. (2007): 28.

Alberdi en Argentina, José Victorino Lastarria en Chile o Rafael Núñez en Colombia, lanzaron sus respectivos proyectos, sin encontrar un público y las condiciones tanto institucionales como políticas para desarrollarlos[86] y por el contrario se aceptó la división internacional del trabajo vigente y junto con ella los postulados de la economía liberal clásica.

En las líneas generales de dichos proyectos, "se suponía que las causas de la pobreza y el atraso había que buscarlas en factores endógenos al sistema social nacional. Se habla de las condiciones geográficas, biológicas y culturales inhibidoras del progreso nacional y se considera que es por ahí por donde hay que atacar el problema. Éste era, en pocas líneas, el marco conceptual disponible para los diversos tipos de intelectuales"[87].

La solución a los problemas nacionales (la reorganización del orden institucional y económico), la plantearon entonces los intelectuales latinoamericanos, teniendo como modelo el desarrollo que había tenido la hasta por entonces joven nación norteamericana, pues descubrir las razones del desarrollo norteamericano, implicaba, *eo ipso*, hallar las oportunidades del desarrollo para los países del sur[88], por lo que se adaptaron las instituciones de la democracia liberal (tanto norteamericana como europea), o en palabras de Sarmiento:

La modernización de nuestras sociedades es una sola y misma cosa con la consolidación de sociedades políticamente integradas. Y las sociedades políticamente integradas son los Estados Unidos del Norte y los del noroeste europeo. Adoptemos sus instituciones públicas y con ello lograremos dos metas: integrar nacional nuestras sociedades y hacerlas funcionar de inmediato y de una manera viable. Recojamos sus sistemas presidencialistas o parlamentarios, organicemos partidos políticos, reglamentemos sistemas representativos, copiemos sus constituciones políticas y nos colocaremos, ipso facto, a la altura de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos de Norteamérica[89].

[86] Juan Marichal, "La significación de la historia intelectual de América latina", *Homenaje a Rafael Segovia*, Fernando Serrano Migallón (Ciudad de México: Colegio de México, 1998) 443.
[87] Fernando Uricoechea, "Los intelectuales latinoamericanos y el desarrollo de sus sociedades", *Revista Mexicana de Sociología* 29.4 (1967): 803.
[88] Julieta Armella, Alejandra B. Martinetto, Judith Naidorf, Silvina A. Sturniolo, "Reflexiones acerca del rol de los intelectuales en América Latina", *Archivos analíticos de políticas educativas* 18.25 (2010): 12-13.
[89] Citado por William Rex Crawford, *El pensamiento latinoamericano de un siglo* (México: Editorial Limusa-Wiley, 1966) 5.

La religión, también ocupo líneas centrales en los muchos proyectos de desarrollo de las naciones latinoamericanas, pues como señala Juan Marichal, la religión, más precisamente la católica, fue el eje transversal de todos los sucesos (económicos, políticos y sociales) que tuvieron lugar en América latina desde su descubrimiento hasta 1800[90], por lo que se puede establecer que por más de 300 años, la historia intelectual latinoamericana vivió una larga época de unidad ideológica como reflejo directo de la predominancia de la religión en la cotidianidad de la península ibérica. El autor, sitúa entonces entre 1790 y 1800[91], el cambio decisivo de la historia intelectual en América latina, puesto que, se pasó de practicar lo que se pensaba en Europa a ejecutar políticas sociales más acordes a las realidades de cada región dado que para entonces, comenzaban a hacer mella en las mentes intelectuales latinoamericanas los postulados de los textos importados de mediados del siglo XVIII que correspondían a la ilustración europea donde se proponía incitar a la reforma de los modos de vida tradicionales, por lo que el cambio de clima intelectual latinoamericano fue reflejo directo de lo sucedido en Europa.

Con esto, no solo se inició el lento pero progresivo derrumbamiento de la unidad ideológica que proporcionaba la Iglesia Católica para América Latina, sino que también pudo observarse una marcada variedad regional en lo relacionado a la producción intelectual en la medida en que, en primer lugar, el texto no era ya un elemento que permanecía inalterado en las manos de los intelectuales latinoamericanos y por otro lado, las circunstancias de los diferentes países determinaron muy diversas formas tanto de acercarse a los textos como de interpretarlos y, en última instancia, de producir conocimientos con base en ellos[92].

Lo anterior difícilmente cambió el accionar de los intelectuales conservadores, pues Monsiváis deja ver cómo los intelectuales de derecha y por extensión, conservadores, que en el siglo XIX tenían a la fe y más concretamente a la Iglesia Católica como el eje de su accionar y su pensamiento. Adentrados en el siglo XX[93], apoyaron de

[90] Juan Marichal, "La significación de la historia intelectual de América latina", *Homenaje a Rafael Segovia*, Fernando Serrano Migallón (Ciudad de México: Colegio de México, 1998) 440.
[91] Juan Marichal, "La significación de la historia intelectual de América latina", *Homenaje a Rafael Segovia*, Fernando Serrano Migallón (Ciudad de México: Colegio de México, 1998) 441.
[92] Juan Marichal, "La significación de la historia intelectual de América latina", *Homenaje a Rafael Segovia*, Fernando Serrano Migallón (Ciudad de México: Colegio de México, 1998) 441.
[93] Propiamente, en la segunda mitad del siglo XX, el debate entre pensadores y escritores latinoamericanos se da entre liberales y conservadores, los cuales comúnmente tenían una férrea formación clásica e incluso, hasta determinado momento, el mismo origen social. Es en estas confrontaciones donde podemos ubicar debates de alto rigor intelectual, puesto que lo que estaba en juego eran las Constituciones, códigos civiles y confrontaciones en general relacionadas a la secularización, fundamentada en la educación laica, la separación de la Iglesia y del Estado, la libertad de expresión y la libertad de creencias, elementos que como

modo directo y sin quejas y reproches a dictaduras y gobiernos de mano dura, difamando de paso a quienes abogaban por la separación de la Iglesia y el Estado. Monsiváis determina que en su mayoría eran escritores, filósofos, historiadores y novelistas[94], que identificaban la severidad, la mano dura y la censura, con la defensa de la moral y las buenas costumbres, por lo que hallaban como combustible para su pensamiento, al rechazo del liberalismo, la supremacía espiritual del clero sobre la nación, la educación religiosa en escuelas públicas y sobre todo la defensa de la tradición.

La reorganización nacional, por tanto, enfrentó a intelectuales y regímenes caudillistas, pues la adopción de la ideología liberal conllevaba al establecimiento de un Estado liberal representativo, a fin de que, por un lado, con la institucionalización de los sistemas republicanos se debilitase el poder de los caudillos y por otro, con la organización de los partidos políticos, se democratizara la lucha política y se eliminase el poder personal. Sin embargo, el hecho de que no se atacara directamente el sistema cuadrillista de dominación y se permitiera la subsistencia de la estructura económica agraria, hizo que la lucha intelectual latinoamericana fuera en parte estéril y disfuncional[95].

Lo anterior, tiene razón de ser, si se tiene en cuenta que los parlamentos, por ejemplo, al no representar como en Inglaterra los intereses de las verdaderas clases media-baja agrarias, no hicieron sino reforzar los intereses de las oligarquías latifundistas y en el caso de los partidos, al no representar como en el caso europeo, organizaciones de clase, fueron apropiados por los caudillos mismos, pues las instituciones extranjeras sacadas de su contexto original e implementadas indiscriminadamente en estructuras sociales con bases diferentes en vez de generar un impacto revolucionario antes jugaron un papel conservador del *statu quo.*

Intelectualmente, esto supuso en el plano doméstico, que los esquemas de organización institucional que importaron los hombres de ideas, se volvieron contra sus propósitos de crear una sociedad democrática moderna, pues pocos fueron los que se percataron de la incongruencia de adaptar formas políticas democráticas en sociedades casi que semifeudales.

---

vimos anteriormente, según los conservadores, eran devastadores para la sociedad la cual solo se podía unir mediante la fe.

[94] Carlos Monsiváis, "De los intelectuales en América latina", *América Latina Hoy* 47. (2007): 27.

[95] Fernando Uricoechea, "Los intelectuales latinoamericanos y el desarrollo de sus sociedades", *Revista Mexicana de Sociología* 29.4 (1967): 805.

Esto, nos permite según H.C.F. Mansilla, ubicar una ambivalencia de los intelectuales que data de tiempos decimonónicos, y no es otra que el anhelo de autonomía de pensamiento y creación genuina aunado a la adopción de ideas, conceptos y teorías de países más adelantados, tanto del norte del continente como también de Europa[96]. Su principal arma (de los intelectuales) para expresar sus postulados, fueran propios o importados, apunta el autor que fue el ensayo, dado que este, si bien era un género difícil de ser clasificado, era abierto y exploratorio, por lo que permitía un enfoque multidisciplinario de las temáticas tratadas y evitaba los extremos de la erudición[97].

La situación cambió radicalmente para 1880, pues la economía mundial inició un proceso de expansión sostenida y paulatinamente, los Estados Unidos obtuvieron el control del comercio internacional, lo que por extensión, convirtió a América Latina en su principal zona de influencia política y económica. Esta modificación del sistema internacional de poder, tuvo sin duda alguna repercusión en lo referente al comportamiento político y económico de las potencias con Hispanoamérica, reflejadas principalmente en la entrada creciente de capitales extranjeros y con ello la incorporación definitiva de las economías latinas al comercio mundial.

La exportación de productos primarios se convirtió entonces para las naciones latinoamericanas en el principal modelo de desarrollo y favoreció entre otras cosas, el establecimiento de una infraestructura económica y un mercado interno que posteriormente darían pie a las primeras industrias nacionales, lo que sumado a la creación y expansión de sistemas bancarios y la construcción de ferrocarriles, significó la movilización y urbanización de las sociedades latinoamericanas.

Sin embargo, esa modernización se tradujo en una mayor diferenciación en las estructuras sociales nacionales y, por lo tanto, se aumentaron las distancias existentes en el seno de la sociedad, ampliando cada vez más la brecha entre el sector urbano moderno y el sector rural tradicional[98]. Los intelectuales, por tanto, surgieron junto con los políticos, como los grupos con mayor capacidad de movilización popular, quienes

[96] H.C.F. Mansilla, "Intelectuales y política en América Latina: Breve aproximación a una ambivalencia fundamental", *Espacio Abierto* 11.3 (2002): 430.

[97] Al respecto apunta el autor: "Durante mucho tiempo el ensayo latinoamericano representó la porción más creativa y conocida del quehacer intelectual en América Latina; uno de sus temas centrales (y más fructíferos) ha sido el vínculo ambiguo y complejo entre las pretensiones teóricas de las élites modernizantes y los modestos resultados de la praxis política cotidiana". H.C.F. Mansilla, "Intelectuales y política en América Latina: Breve aproximación a una ambivalencia fundamental", *Espacio Abierto* 11.3 (2002): 431.

[98] Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*, T.1, dir. Carlos Altamirano, ed. Jorge Myers (Buenos Aires: Katz Editores, 2008) 24-25.

precisamente junto al pueblo, configuraron lo que pasaría a conocerse como "opinión popular", que si bien aún incipiente, se fundamentaba y seguía muy de cerca los fenómenos públicos.

Dicha opinión pública, halló en la imprenta uno de sus principales vehículos[99], más precisamente en los diarios de tiraje voluminoso[100] que trascendían las fronteras de las capitales y que habían emergido como reemplazo de los periódicos de dos páginas que circulaban en grupos urbanos muy restringidos para constituir a partir de ese momento, uno de los medios predilectos de expresión de los intelectuales.

Para finales del siglo XIX, la relativa estabilidad de las sociedades políticas y el funcionamiento de las instituciones importadas generaron un cuerpo más definido de la sociedad civil en tanto el caudillismo había tocado su fin, la institucionalización de la política de partidos había ganado terreno y lo Estados contaban ya con sus propios códigos civiles, por lo que podemos aseverar que para entonces, la función de los intelectuales no era otra que sentar las bases ideológicas de la sociedad tanto republicana como liberal, promoviendo consenso a través de valores como la libertad económica o la primacía de la ley.

Así las cosas, la incorporación definitiva de América Latina en contexto internacional, la política hegemónica de los Estados Unidos y la consolidación de los Estados-nacionales reavivaron el americanismo que había desaparecido años atrás con la muerte de Simón Bolívar. Los intelectuales, por tanto, se dedicaron a des-europeizar sus sociedades, postulando como imperiosa la necesidad de crear una filosofía latinoamericana que abarcara un hombre, una cultura y un espíritu también latinoamericanos, lo que constituyó uno de los primeros esfuerzos de originalidad y de actividad de los intelectuales de la región[101].

Comenzó entonces, una suerte de revisionismo en la región y la idea de que las sociedades subdesarrolladas obedecen a dinámicas distintas y por ende requieren una organización y una dinámica diferentes a las de las sociedades más avanzadas, comienza

[99] Paulette Silva Beauregard, "Redactores, lectores y opinión pública en Venezuela a fines del periodo colonial e inicios de la independencia (1808-1812)", *Historia de los intelectuales en América Latina*, T.1, dir. Carlos Altamirano, ed. Jorge Myers (Buenos Aires: Katz, 2008) 164

[100] Jorge Myers, "Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta el inicio del siglo XX", *Historia de los intelectuales en América Latina*, T.1, dir. Carlos Altamirano, ed. Jorge Myers (Buenos Aires: Katz, 2008) 39.

[101] Fernando Uricoechea, "Los intelectuales latinoamericanos y el desarrollo de sus sociedades", *Revista Mexicana de Sociología* 29.4 (1967): 810.

a tomar fuerza y a asentarse como el tema de cabecera de las discusiones intelectuales[102]. Hasta entonces, los intelectuales tenían participación activa en la formulación los derroteros a seguir, pero a partir de ese momento, los acontecimientos como tales, asumieron más protagonismo en dicha tarea y los intelectuales ejecutaron el rol de justificadores, o, en otras palabras, antes eran más determinantes en la concepción de los fines últimos de las sociedades, ahora en cambio, su labor estaba más ligada a legitimarlos o sancionarlos.

Dicho revisionismo, situó la vieja sociedad latinoamericana en el ostracismo absoluto para los intelectuales y se inició entonces por parte de ellos, una vasta tarea intelectual con proyectos para rescatar, por ejemplo, al indio, al gaucho, al campesino, al pueblo en general que había sido marginado de las formas modernas de vida instauradas en los países latinoamericanos y que procuraba ubicarlos en el nuevo orden de las cosas. El indigenismo, fue la corriente que más éxito tuvo del proyecto mencionado, pues dicho movimiento no se limitaba únicamente a la reivindicación del indio, sino que era extensivamente, reivindicación popular latinoamericana y se podía considerar como una continuación social y política del ideario cultural del hispanoamericanismo de periodos anteriores y sus adeptos configuraron lo que sería la brecha entre intelectuales modernos e intelectuales tradicionales[103][104].

Hasta ese momento, la temática de sus ideologías y de sus proyectos eran de corte institucional, pues a los ojos de los intelectuales, la modernización de América latina radicaba básicamente en adoptar instituciones y formas de organización de los países

[102] Jorge Myers, "Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta el inicio del siglo XX", *Historia de los intelectuales en América Latina*, T.1, dir. Carlos Altamirano, ed. Jorge Myers (Buenos Aires: Katz, 2008) 37.

[103] Al respecto comenta el autor: Nosotros propondríamos como intelectual moderno en los países pobres a aquellos que saben, modificar y transformar la "cultura intelectual moderna" (de existir una cultura intelectual moderna) y adaptarla significativamente a los contextos sociales de transición. Fernando Uricoechea, "Los intelectuales latinoamericanos y el desarrollo de sus sociedades", *Revista Mexicana de Sociología* 29.4 (1967): 813.

[104] Sin embargo, también hubo casos de intelectuales más conservadores que precisaban el retorno a las formas tradicionales legadas por la colonia, que generalmente, fundamentados en el Hispanismo (esencialmente la concepción de la Iglesia como institución suprema y el amor por el castellano) rechazaban todo tipo de ideología que pudiesen alterar el *statu quo* de las relaciones sociales y políticas. Este fue el caso que se dio en Colombia en la primera mitad del siglo XX, donde podemos ubicar en dos figuras individuales, la expresión generalizada de la intelectualidad para la época, pues por un lado, tenemos a Laureano Gómez, uno de los máximos exponentes de ese conservatismo recalcitrante tanto en su concepto como en la práctica, que libró cruenta batalla contra los ideales de izquierda que luego de calar a nivel internacional ya hacían mella en el país; y por otro lado, en Germán Arciniegas es posible definir ese intelectual del nuevo orden social, que alejado de la iglesia y con el individuo como principio y fin del progreso tanto personal como colectivo, abogaba por la renovación cultural del país y por su adecuación a las exigencias mundiales en materia económica, técnica y social, donde consideraba había un abismal atraso derivado de instituciones y prácticas sociales y políticas anacrónicas para los tiempos que corrían.

industriales que permiten el correcto funcionamiento de los Estados nacionales bajo los preceptos republicanos y liberales. Este énfasis en los institucional, lo cambian los nuevos intelectuales alrededor de 1920 por proyectos más estructurales, fundamentados en el nacionalismo latinoamericano del nuevo siglo[105].

Con este tipo de proyectos, es que comienzan a participar íntegramente todos los tipos de intelectuales, pues la tarea intelectual tendió a hacerse socialmente más operativa, en parte por el significativo aumento de movilización popular que supusieron dichos proyectos, en razón del estado de convulsión en que se hallaba la sociedad en general, fruto de la aparición de nuevos grupos y demandas sociales, por lo que los intelectuales procuraban hacer inteligibles los grandes fenómenos, no a la opinión pública, sino a los grupos sociales más afectados por la dinámica de los cambios, lo que dejó claro el compromiso y la intención de los intelectuales por establecer sociedades más abiertas y pluralistas en sus formas de conocimiento, de derecho y de poder presentes en su vida social[106].

Esto contrasta claramente con los intelectuales de épocas pasadas en territorios latinoamericanos, pues como vimos, anteriormente se preocupaban más por edificar el andamiaje institucional de sus sociedades nacionales que por la organización de los sectores sociales menos favorecidos, y según Uricoechea son tres los puntos centrales de dicho cambio[107]: En primer lugar, se reorientaron los partidos políticos para que sirvieran como agentes de cambio y representaran realmente los intereses de las masas nacionales; en segundo lugar, se asociaron los proyectos ideológicos revolucionarios a la actividad parlamentaria; y finalmente, los intelectuales pasaron a ser parte activa en la conformación de partidos políticos de corte socialista, con la finalidad de movilizar políticamente las masas populares para obtener conquistas sociales.

Hasta este punto, hemos visto como tanto los fenómenos sociales como la sociedad misma han fijado las metas u objetivos, ya sea locales en una escala micro o nacionales en una macro, pero el análisis para épocas más recientes, nos ha llevado a identificar que son los intelectuales, a través de un proceso de creación y originalidad,

[105] Dicho nacionalismo reposaba en dos pilares: En primer lugar, en que el progreso de las naciones dependía del aprovechamiento de los recursos propios y, en segundo lugar, que el aprovechamiento de dichos recursos –tanto humanos como físicos– dependía de una redefinición político-social del sistema de posiciones relativas de los diferentes grupos y clases de poder.
[106] Julieta Armella, Alejandra B. Martinetto, Judith Naidorf, Silvina A. Sturniolo, "Reflexiones acerca del rol de los intelectuales en América Latina", *Archivos analíticos de políticas educativas* 18.25 (2010): 24.
[107] Fernando Uricoechea, "Los intelectuales latinoamericanos y el desarrollo de sus sociedades", *Revista Mexicana de Sociología* 29.4 (1967): 815-816.

quienes exponen cuales son los verdaderos alcances y límites de las naciones latinoamericanas.

La crisis de los años 30, generó una nueva coyuntura que afectó la labor de los intelectuales, pues la crisis mundial capitalista tuvo repercusiones directas en el comercio exterior latinoamericano y esto afectó directamente la viabilidad del modelo desarrollo por exportaciones. Las diferentes sociedades, comenzaron a tomar conciencia respecto de abandonar dicho sistema y se comenzó a abogar por una política industrializante. Lo novedoso de esta propuesta, es que el Estado entró a hacer parte de la regulación del proceso productivo y por lo tanto también fungió como programador de la economía en lo referentes a la metas u objetivos de las diferentes naciones[108].

Si bien para la época ya podría hablarse de una considerable modernización de la sociedad, el estancamiento de la economía propició el auge de movimientos obreros y populistas, que, en un principio, en razón de la política oligárquica de los gobiernos y la falta de conciencia de clase y de organización, vieron afectada negativamente su posición tanto en la política como en las economías nacionales[109]. Es en este punto, donde cambia una vez más, la función del intelectual, pues la dirección "intelectual" de las masas es sustituida por una dirección burocrática, fomentada por el carismatismo populista y si bien algunos intelectuales establecen alianzas con movimientos populistas, su función intelectual predominante ha dejado de ser la elaboración de proyectos integradores nacionales y ahora juegan un papel secundario tanto en la dirección como en la ejecución de proyectos y movimientos.

El mencionado proceso de "desintelectualizacion", se manifestó en la fuga de intelectuales y profesionales en general, hacia los países industrialmente más avanzados, a razón del paulatino reemplazo de sus funciones por hombres políticos y la subsecuente falta de empleo que ese hecho generó, sumado a que, ante las evidentes condiciones de subdesarrollo de las sociedades latinoamericanas, los hombres de ideas consideraban imposible que prosperara un espíritu de identidad nacional[110].

Sin embargo y pese al panorama no muy alentador que significó para los intelectuales las crisis económicas y los efectos que ya se mencionaron, el distanciamiento

[108] Fernando Uricoechea, "Los intelectuales latinoamericanos y el desarrollo de sus sociedades", *Revista Mexicana de Sociología* 29.4 (1967): 817.
[109] Julieta Armella, Alejandra B. Martinetto, Judith Naidorf, Silvina A. Sturniolo, "Reflexiones acerca del rol de los intelectuales en América Latina", *Archivos analíticos de políticas educativas* 18.25 (2010): 12-13.
[110] Fernando Uricoechea, "Los intelectuales latinoamericanos y el desarrollo de sus sociedades", *Revista Mexicana de Sociología* 29.4 (1967): 822-823.

de los intelectuales respecto de los movimientos y grupos sociales específicos, les generó un compromiso aún mayor con toda su sociedad nacional en conjunto, como una totalidad, lo que adicionó a su accionar un carácter más global y genérico.

Las situaciones para América Latina conforme avanzaban las décadas del siglo XX fueron penosas, en tanto, por ejemplo, para la segunda mitad del siglo, son básicamente dos los campos de relación política y social con el poder: por un lado, las sensaciones de impotencia frente a los gobiernos autoritarios y por otro, la imperiosa necesidad de oponerse frontalmente a ellos[111], sabiéndose quienes tenías intención de hacerlo, en clara desventaja para tal propósito.

Pese a todo, como a punta Norbert Lechner, los intelectuales, independiente de su filiación ideológica, no cesaron nunca de influir sobre la vida política y publica de América Latina desde los comienzos de la vida republicana, pues "han sido los especialistas en producir o reproducir los valores y mundos simbólicos, las creencias y representaciones colectivas, en fin, las ideas e imágenes que se hace una sociedad acerca de sí misma"[112].

Los intelectuales tuvieron entonces una elevada importancia tanto política como social-cultural en América Latina, dado que fueron uno de los nexos más importantes entre los partidos políticos y el campo de las ideas (generación de programas de gobierno) y contribuyeron teóricamente a la construcción de una democracia moderna en el nuevo mundo.

Como vimos, lo que ha caracterizado la historia social de América latina, es en primer lugar, que el origen de su intelectual estuvo asociado a las características y privilegios del sistema de clases de la sociedad agraria y, por lo tanto, su posición o status, dependía íntegramente de su cercanía respecto a la estructura oligárquica y a los poderes patricios familiares. Participación intelectual, por tanto, fue sinónimo durante mucho tiempo de participación política y toda accionar intelectual estuvo también ligado estrictamente a referencias al orden social vigente, ya fuese por medio de proyectos políticamente conservadores y/o revolucionarios.

Sin embargo, todas las circunstancias anteriormente mencionadas, han permitido que el intelectual contemporáneo latinoamericano, haya adquirido una nueva fisonomía

[111] Carlos Monsiváis, "De los intelectuales en América latina", *América Latina Hoy* 47. (2007): 29.
[112] Para una comprensión más amplia de la influencia política y pública de los intelectuales en América Latina véase a Norbert Lechner, "Intelectuales y política: nuevos nexos y nuevos desafíos", *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX*, T.2, Isidro Cisneros y Laura Baca (Ciudad de México: Triana, 1997).

que lo diferencia de los que lo han precedido. Superado el republicanismo, civilismo, hispanoamericanismo, actualmente son los proyectos de desarrollo social y económico la nueva temática intelectual con respecto al desarrollo nacional como base del progreso.

Al intelectual contemporáneo, por tanto, se le atribuyó la función de crear la necesidad del desarrollo como objetivo nacional. Para ello, tuvieron que derrumbar la falacias y mitos europeos adoptadas y ejecutadas por la fuerza en tierras latinoamericanas en el siglo XIX, atendiendo a los reclamos de la inteligencia latinoamericana, sobre la necesidad de operar con base en las realidades y los recursos domésticos con miras a construir sociedades de progreso y de esta manera eliminar esas sociedades cerradas o excluyentes, no por obra de unos selectos grupos, sino como resultado de una acción nacional que incluyera la participación de todos los grupos y clases sociales.

Por tanto, políticamente, su intelección de la estructura social y de su sistema político, ha sido muy diferente de su concepción de la política como tal y por extensión de las relaciones políticas, pues el hecho de ubicar una sociedad nacional subdesarrollada al interior de un sistema internacional, provocó una redefinición de sus sistemas de acción, en tanto las fuentes del cambio social no reposan única y exclusivamente en factores internacionales sino también en factores internacionales.

Si bien, por lo visto anteriormente, podría considerarse que el intelectual se vio forzado a alejarse del pueblo, por el contrario, aumentó su responsabilidad frente a este, dado que pese a todos los impedimentos que ha tenido su labor en las diferentes etapas históricas, este nunca puede rehuir a la obligación de ver más allá de lo que le permitan los vínculos de su cultura o las lealtades de grupo, dado que derivado de sus proyectos, es que las nuevas ideologías prosperan como instrumento de cambio, pues su compromiso supremo es con la dignidad de la persona y es justo ahí donde se halla ese atributo inalienable del intelectual como ser[113].

[113] Helio Jaguaribe, *Desarrollo económico y desarrollo político* (Buenos Aires: Eudeba, 1964).

3. Génesis de dos ideologías

Expuesto el concepto de intelectual, tanto a nivel global como a nivel regional, a continuación, vamos a describir de una manera concisa el origen y los fundamentos de los dos pensamientos que guiaron el accionar de los hombres de ideas en Colombia desde el siglo XIX, para generar las bases ideológicas necesarias que nos permitan la posterior comprensión en propiedad y de una manera íntegra de la expresión intelectual en la República Liberal. Por tanto, este capítulo va a versar sobre los pensamientos liberal y conservador, donde en primera instancia vamos a definir ambos pensamientos desde una perspectiva general para Latinoamérica, para acto seguido, hacer especial énfasis en el desarrollo de ambas ideologías en el caso específico colombiano, lo que nos va a permitir dos cosas, en primer lugar, vamos a poder caracterizar el tipo de intelectual representativo no solo de cada partido (liberal/conservador), sino también de los periodos históricos indispensables para comprender la intelectualidad colombiana que es objeto de estudio en este trabajo (a saber, la Hegemonía Conservadora y la República Liberal) y en segundo lugar, vamos a poder reunir el contexto necesario para cerrar el capítulo con la descripción del ambiente social, político e intelectual de la República Liberal, periodo donde posteriormente vamos a dar espacio al desarrollo de la expresión intelectual de ambos partidos.

3.1 El liberalismo en América Latina

El liberalismo puede constituir según Charles Hale, al menos en el caso latinoamericano, uno de los elementos más complejos para el análisis a nivel cultural y político de las sociedades, en parte, porque previo a los acontecimientos emancipadores de 1810, constituía una mera doctrina política y filosófica, pero posterior a dichos eventos, se convirtió en una verdadera filosofía de vida[114], de la cual se desarrolló todo un sistema de ideales. Por lo tanto, no sería desmedido aseverar, que alrededor de la problemática que desprendió el arribo de sus postulados, es que se organizó el juego de tendencias sociales, políticas e ideológicas en la América Latina recién independizada.

No obstante, el espíritu inquisitorial siguió predominando, en algunos lugares con más fuerza que en otros, con la exclusiva finalidad de mantener en el tiempo, no solo las estructuras coloniales legadas en términos políticos y sociales, sino también el espíritu

[114] José Luis Romero, *El pensamiento político latinoamericano* (Buenos Aires: AZ editora S.A., 1998) 235.

dogmático y autoritario que iba a garantizar la legitimidad de las ideas y del accionar tradicional. Este fue el ambiente en el cual se tuvo que dar la aplicación de las ideas liberales en la mayoría de los países, los cuales estaban muy estratificados, tanto social como racialmente, muy atrasados económicamente y, sobre todo, muy arraigados a la tradición y a estructuras de gobierno centralizadas. El entorno, por tanto, ofreció bastante resistencia y en la mayoría de los casos, generó una fuerte contraofensiva ideológica del conservadurismo[115].

No está por demás entonces apuntar, que la expresión liberal en América Latina, se manifestó principalmente, en el fanatismo por sistemas constitucionales de gobierno, pues se logró la independencia en el apogeo del constitucionalismo occidental y, por lo tanto, con el ideal de imponer barreras al despotismo y de limitar la autoridad[116], se abogó por sistemas donde la distribución del poder, las libertades individuales y el progreso fueran los ejes de los programas de gobierno. Las nuevas Repúblicas, tuvieron, por tanto, instituciones de carácter liberal[117], o al menos inspiradas teóricamente en los conceptos de soberanía popular, derechos individuales, igualdad y en mayor medida, de la libertad, palabra eje, que fue repetida infinidad de ocasiones y sobre cuyo alcance se desató una gran problemática posteriormente.

Ideológicamente, Hale encuentra que dichos sistemas de gobierno, fueron guiados por variantes de la filosofía de la Ilustración, derechos naturales del hombre y del utilitarismo, variantes que, si bien eran teóricamente opuestas, coincidían en darle gran importancia al individuo autónomo. Precisamente, las doctrinas del individuo autónomo, dieron lugar a teorías que interpretaban al individuo según el tiempo y el lugar, transformándose según lo hacía su propia sociedad, pues este era parte integral del organismo social, que al menos en occidente (salvo el caso de España) tenía cada vez menos injerencia de la Iglesia y es ahí donde recae el elemento que quizá más diferenció los programas de gobierno liberales y conservadores, que era el Estado Secular[118].

---

[115] Charles Hale, "Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930", *Historia de América Latina,* V. 8, ed. Leslie Bethell (Barcelona: Editorial Crítica, 1990) 1.
[116] Charles Hale, "Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930", *Historia de América Latina,* V. 8, ed. Leslie Bethell (Barcelona: Editorial Crítica, 1990) 6.
[117] "Después de la independencia los latinoamericanos buscaron quitarse de encima el pasado español y se adhirieron inmediatamente al constitucionalismo, liberal en su mayoría, e intentaron imitar las formas de vida de los europeos ─Inglaterra y Francia básicamente─ y de Norteamérica". Shirley Tatiana Pérez Robles, Inmorales, injuriosos y subversivos: La prensa liberal y socialista censurada durante la Hegemonía Conservadora (1886-1930) Tesis de Doctorado en Historia, (Universidad Nacional de Colombia-Sede Medellín, 2017) 39.
[118] Charles Hale, "Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930", *Historia de América Latina,* V. 8, ed. Leslie Bethell (Barcelona: Editorial Crítica, 1990) 10.

Ese Estado secular moderno, debía estar constituido por hombres autónomos, iguales jurídicamente y libres de ir en búsqueda de su progreso y desarrollo ilustrado. Pero, ante todo, eran ciudadanos cuya principal lealtad debía ser a la nación y no a la Iglesia o a *restos corporativos de la sociedad colonial*[119]. Para tal fin, la educación, procesos judiciales y fiscales y estatutos de control civil, como el manejo de censos, defunciones, bodas y nacimientos, debían estar fuera del alcance de la Iglesia. Sumado a esto, en el ideal liberal, la Iglesia como institución, debía atravesar por procesos de desamortización de todos sus bienes, para que fuesen rematados en subasta pública, con el único fin de promover la empresa individual.

Por tanto, el centro de la sociedad liberal, era el individuo jurídicamente igual a los demás, con cierto grado de ilustración y, sobre todo, libre de dedicarse a la realización de sus propios intereses. Estos intereses, estaban generalmente asociados al derecho de la propiedad, a su vez considerado como una extensión del derecho a la vida misma[120], por lo que fue defendido tanto por las doctrinas de los derechos naturales como por las de la utilidad, constituyendo un postulado liberal a toda luz indiscutible.

Sin embargo, Hale apunta que no por ello el espíritu tradicionalista se dio por vencido y la batalla contra los grupos revolucionarios, pronto se volvió una batalla contra el Liberalismo en sí, en parte, gracias a las desviaciones del proceso posrevolucionario, pues sus fallas pusieron en tela de juicio la legitimidad de todos sus postulados. Dichas fallas, es posible ubicarlas en concreto, en la pobreza, el desorden y la anarquía que devino con la adopción de sistemas de organización institucional de corte liberal, en las nacientes naciones latinoamericanas. En lo respectivo al desorden y la anarquía, fue apenas evidente su aparición, pues promulgar la libertad en medio de un orden autoritario y darle concesiones y responsabilidades a individuos que históricamente no habían tenido ni lo uno ni lo otro, fue caldo de cultivo para incongruencias ideológicas, en lugares que forzosamente se desprendían de su concepción tradicional de la sociedad.

En cuanto a la pobreza, si bien el progreso como concepción liberal de la vida fue la bandera de dicha ideología, pronto se vio que el ascenso individual, tan aceptado por las burguesías y que en la práctica no era accesible para las clases menos favorecidas y el trasfondo de las medidas del libre accionar, no era otro que la imperiosa necesidad de

[119] Charles Hale, "Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930", *Historia de América Latina,* V. 8, ed. Leslie Bethell (Barcelona: Editorial Crítica, 1990) 10.
[120] Charles Hale, "Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930", *Historia de América Latina,* V. 8, ed. Leslie Bethell (Barcelona: Editorial Crítica, 1990) 12.

controlar la vida económica para controlar también la política. Por lo que rápidamente se asoció el liberalismo económico como una ideología de clase, adoptada por los sectores dominantes de la sociedad, despreciando las clases más bajas y tornándose, en una escala nacional, en el tan criticado Imperialismo que terminó por darle al liberalismo, la concepción de doctrina económica de las oligarquías vinculadas al capital extranjero. Por extensión, la controversia también salpicó a los procesos de emancipación de 1810, ya que pronto se condenó el hecho de que fue eliminado el yugo colonial hispano solo para entregar los nuevos países a la dominación de los grandes países capitalistas en proceso de industrialización, en especial de Inglaterra y los Estados Unidos de América[121].

Por lo tanto, el Liberalismo, pasó de ser una ideología reformista a un mito unificador, pues los liberales depositaron sus más grandes esperanzas en el desarrollo social y económico a través del pequeño propietario, ideal que vio impedida su realización en virtud de la característica latifundista de los países latinoamericanos, donde campesinos, indios e incluso esclavos, vieron como las economías exportadoras, hacían que las elites se aferraran a estructuras económicas de antaño, a fin de mantener vigentes sus antiguos privilegios[122].

El Liberalismo, no obstante, predominó gran parte del siglo XIX en materia económica, social y política, gracias a que las jóvenes naciones, una vez establecidas, buscaron su consolidación a través de un orden institucional diferente al tradicional, prueba de ello, es que, sobre los postulados del Liberalismo, se fundamentaron la mayoría de los sistemas institucionales de las nacientes repúblicas[123].

3.2 El conservadurismo en América Latina

Es de amplio conocimiento, que no solo las abruptas coyunturas conforman la vida histórica, pues lo que cambia lentamente, e incluso, lo que parece no cambiar por largas extensiones temporales, requiere el mismo rigor académico para su conceptualización y correcta comprensión. La vida histórica, por tanto, debe ser comprendida según Jose Luis Romero[124], con base en la percepción de todos sus

[121] José Luis Romero, *El pensamiento político latinoamericano* (Buenos Aires: AZ editora S.A., 1998) 251.
[122] José Luis Romero, *El pensamiento político latinoamericano* (Buenos Aires: AZ editora S.A., 1998) 247-248.
[123] José Luis Romero, *El pensamiento político latinoamericano* (Buenos Aires: AZ editora S.A., 1998) 238.
[124] José Luis Romero, *El pensamiento político latinoamericano* (Buenos Aires: AZ editora S.A., 1998) 195.

componentes sin olvidar ninguno, ya que muchos hechos, presentados y analizados con extrema minuciosidad por la historiografía, pueden ser meramente anecdóticos.

Sin embargo, hay otros cambios que constituyen un esfuerzo intencionado para modificar los estratos más sólidos y profundos de la sociedad y por ende de la vida histórica, los cuales precisamente por serlo, son los que brindan cohesión a las sociedades. Dichos estratos, son los que solemos conocer como estructuras[125], las cuales rara vez son sometidas a cuestionamientos por formar parte de ese pacto –real o ideal– con el que se constituye una sociedad, por lo que su violación, e incluso, tan solo la intención de cuestionarlas, parece amenazar todo el sistema estructural de la sociedad, siendo percibida esta amenaza con distinta intensidad por cada miembro, dependiendo de su posición y compromiso dentro y con la estructura misma. Quienes recién llegan y aquellos que son marginados, son más tibios en su reacción. Sin embargo, aquellos que están más ligados a las estructuras tradicionales y sus fundamentos, ya sea por intereses económicos, modos de vida, juicios recalcitrantes y, sobre todo, la convicción de ser herederos de aquellos que establecieron esas estructuras originarias de la sociedad, van a percibir, incluso de manera más prematura, cualquier tipo de amenaza que pueda afectar dichas estructuras y con ellas alterar sus proyecciones radicales[126]. Estos últimos, definidos de la manera más esencial y más allá de cualquier etiqueta partidaria y de cualquier enfrentamiento político, son los auténticos conservadores[127]. Es por esto que despiertan tanto interés para el análisis histórico, ya que constituyen el grupo que cela la preservación de las estructuras tradicionales, donde, tanto su accionar como sus ideas, están enfocadas en la necesidad de contrarrestar cualquier tipo de cambio que pueda amenazar no solo la vigencia, sino también la integridad de la estructura misma, ya que en ella residen las formas institucionalizadas que se adoptan en cada época en particular, las cuales a su vez legitiman el accionar conservador.

Si bien parece muy claro el accionar conservador en América Latina, su pensamiento no lo es tanto. En parte, se sustenta la anterior aseveración, en tanto desde el XIX, son evidentes las fisuras en la conceptuación de sus ideas, ya que, en razón de la

[125] Romero describe las estructuras como "Sistemas de vínculos y normas que, en distintos aspectos, rigen las relaciones reciprocas de los miembros de las sociedades, y que se aplican a cada caso particular, pero de acuerdo con vigorosos principios generales cuyos fundamentos arraigan en los niveles más profundos de la conciencia colectiva y tienen caracteres análogos a los de las creencias". José Luis Romero, *El pensamiento político latinoamericano* (Buenos Aires: AZ editora S.A., 1998) 196.
[126] José Luis Romero, *El pensamiento político latinoamericano* (Buenos Aires: AZ editora S.A., 1998) 197.
[127] José Luis Romero, *El pensamiento político latinoamericano* (Buenos Aires: AZ editora S.A., 1998) 198.

profundidad del pensamiento conservador, su posición en la esfera política y su relación con los demás sectores de acción y de opinión, es siempre pragmática y circunstancial.

Para confirmar lo anterior, no hay mejor prueba que la historiografía misma a consideración de Romero, pues son pocos los escritos donde de manera explícita y sin lugar a discusión sobre su especificad, sean catalogados como fundamentalmente de pensamiento conservador y, además, son muy pocos los escritores, políticos o pensadores que se declaran abiertamente conservadores, pues su pensamiento doctrinario generalmente permanece oculto en razón de que no les parece menester declararlo explícitamente, ya que sus fundamentos les parecen tan sólidos y sobre todo tan vigentes, que abundar en su consideración sería redundante dado que para ellos, la acción conservadora es también la acción legitima.

El cambio, por tanto, era considerado como una desviación ilegitima del orden natural de las cosas y por eso el pensamiento político conservador solo se expresó esporádicamente cuando fue preciso salir a hacerle frente a sus adversarios. Lo anterior suscitó fue inevitable que adoptara ciertas formas o comportamientos según el desafío y el bagaje doctrinario que su adversario le oponía.

Con base en tales características, nada tiene de extraño, que el pensamiento político conservador pueda parecer contradictorio cuando se lo analiza en los textos, pero en lo que si hay certeza, es en el origen de esa estructura que tanto defienden, pues fue de común aceptación en el aparataje conservador, la concepción de que la realidad –en los aspectos político, socioeconómico y religioso– era algo originado en un pasado remoto, por obra divina o en su defecto por un pacto social, que se debía mantener intacto o ya fuera con el menor cambio posible.

Aunque podemos considerar como difuso el pensamiento conservador, este, al menos en cuanto su núcleo, siempre mantuvo en las sociedades latinoamericanas del siglo XIX el mismo ideal fundamentado en el orden, la posesión de tierras y en una organización señorial de la sociedad, donde los privilegios antiguos que provenían casi que por decreto divino, seguían perteneciendo a los sectores de más viejo arraigo dentro del aparataje conservador, pues sus antepasados fueron los únicos vasallos que tuvieron

privilegios reales y por lo tanto sus descendientes se consideraron los únicos herederos[128] y ciudadanos de pleno derecho por encima de cualquier nuevo dictamen democrático[129].

Precisamente, bajo el concepto de orden que tanto profesaban los conservadores, a través del cual se negaba todo intento de secularización de la sociedad y de paso, se daba vigencia contemporánea a la cuestión del orden divino, es que se escondía según autor argentino, el miedo al establecimiento de una nueva sociedad producida por la independencia, muy diferente a la tradicional, la cual encabezaban y gobernaban sin objeción alguna. Esa nueva sociedad, a los ojos conservadores llena de peligros, era por demás inviable, ya que suponía el establecimiento, mediante un cambio radical, de instituciones no probadas en América Latina (copiadas de Europa, a su vez derivadas de las Revoluciones de 1848), destinadas a una clase social que tampoco existía en tierras americanas, pues las revoluciones ya mencionadas, tuvieron lugar en parte, gracias a la situación que atravesaban varios de los sectores sociales menos favorecidos, producto de la muy desarrollada Revolución Industrial en suelo europeo.

El pensamiento conservador, por tanto, intentó suprimir todo factor de cambio socio-político, y, sobre todo, veló por no dar lugar en la esfera política a grupos sociales que históricamente nunca hicieron parte de ella[130]. Para tal fin, lo primero fue tratar de contener, no la libertad como tal, sino los excesos de las libertades (ya fuera de prensa o pensamiento), ya que estos habían promovido un ideal de país que no se adecuaba a la realidad socio-económica que atravesaba el continente en la segunda mitad del siglo XIX y que no podría si quiera establecerse en una evolución gradual a mediano o corto plazo.

El orden nuevamente surge entonces como elemento cohesionador dentro del pensamiento conservador, pues al estar ligado al poder y este a su vez, teniendo relación directa con el concepto de legitimidad, fue el punto de partida en la empresa conservadora en contra de los postulados populistas del liberalismo y en el caso colombiano por ejemplo, bajo los principios de la sociedad tradicional (legitima), comenzó a tener cada vez más aceptación dentro de su territorio, un proyecto centralista del poder, donde a su vez, el poder institucional recayera en las clases poseedoras que junto con una rama

[128] "Los conservadores procedían de los grupos señoriales de la Colonia. Se formaron con los inmigrantes españoles, quienes recibieron el trato de una nobleza importada. Esta se afianzó con los años y se caracterizó por su dominio y control sobre los otros grupos sociales, además su posición fue defendida y sustentada por la religión católica y la estructura social creada por la Corona". Shirley Tatiana Pérez Robles, *Inmorales, injuriosos y subversivos: La prensa liberal y socialista censurada durante la Hegemonía Conservadora (1886-1930)* Tesis de Doctorado en Historia, (Universidad Nacional de Colombia-Sede Medellín, 2017) 47.

[129] José Luis Romero, *El pensamiento político latinoamericano* (Buenos Aires: AZ editora S.A., 1998) 205.

[130] José Luis Romero, *El pensamiento político latinoamericano* (Buenos Aires: AZ editora S.A., 1998) 217.

ejecutiva fuerte, pudiera hacer frente al nocivo liberalismo, de la mano de una revitalizada Iglesia Católica, que jugaría un papel fundamental en la organización social, dominando por completo aspectos como la educación por ejemplo.

3.3 Liberalismo en Colombia

En Colombia concretamente, en posible ubicar en la figura de Francisco de Paula Santander, al padre fundador del Liberalismo colombiano, ya que para época tan temprana como el año 1820, abogaba por temas tan agudos como la reducción de la influencia y los beneficios de la Iglesia católica o el estímulo de la empresa privada por medio de una reforma a la estructura económica legada por España en época colonial[131].

Si bien estas propuestas en su momento no tuvieron mucha aceptación y mucho menos aplicabilidad, continuaron siendo tema central de liberalismo, incluso posterior a 1840, cuando se consolida el partido como fuerza política, pues surge una nueva generación de dirigentes liberales, quienes influidos por las revoluciones de 1848, encontraron en ellas, no solo sentido de identidad al provenir de generaciones pasadas, sino que también pudieron asociar dichas propuestas al ideal del progreso, ya que estas no eran anacrónicas puesto que el problema de la Iglesia y la estructura económica aun asolaban el país por esos días.

Es precisamente para esta época, más concretamente en 1838, que podemos ubicar los predecesores de los partidos Liberal y Conservador, aunque aún eran carentes de una estructura firme que los definiera como tales, los seguidores de Santander, más decididos a efectuar las reformas ya mencionadas, se llamaban a sí mismos progresistas o progresistas liberales, y aquellos que eran más afines al presidente de turno Ignacio Márquez, quienes eran un tanto más moderados y menos dados a efectuar reformas, se les conocía como marquistas[132].

El liberalismo colombiano, si bien tenía bases ideológicas sólidas, fundamentadas principalmente en el progreso económico, desde la escala individual hasta la nacional y en cuanto a lo social, en la realización y crecimiento personal como individuos libres y autodeterminados, vivía una trifurcación entre antiguos santanderistas, los jóvenes

[131] Helen Delpar, *Rojos contra azules: el partido liberal en la política colombiana, 1863-1899* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1994) 5.
[132] Helen Delpar, *Rojos contra azules: el partido liberal en la política colombiana, 1863-1899* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1994) 8.

progresistas y grupos económicos organizados de corte liberal como los artesanos. No sería sino hasta posterior a 1840 como ya se mencionó anteriormente, cuando aumentó significativamente su capacidad de llamamiento de la gente no perteneciente a la elite, que el movimiento progresista pasó a ser partido político[133] y como tal, hubo evidente unidad de los tres sectores al apoyar unánimemente la presidencia de Jose Hilario López.

Pero la unidad duró poco. Las reformas que efectuaron los gobiernos liberales entre 1849 y 1853, entre ellas, la reducción de aduanas en importación para fomentar empresa privada, la expulsión de los Jesuitas, eliminación del fuero eclesiástico[134] y la abolición de la esclavitud entre otras, fueron evidentemente alabadas por el sector progresista, pero hubo una fracción opositora dentro del mismo liberalismo, que consideró aquellas reformas como extremas y extravagantes. Gólgotas (progresistas) y Draconianos (oposición) constituían el fragmentado Partido Liberal.

Las diferencias culminaron con enfrentamientos entre sí, lo que permitió el restablecimiento del dominio conservador (Manuel María Mallarino 1855 – 57, Mariano Ospina Rodríguez 187 – 61), mientras el liberalismo se organizaba y el país veía como se establecía el federalismo. Para finales de la década del 50, antiguos Gólgotas ahora radicales, toman el poder en el estado de Santander y en 1860 el Cauca se declara independiente de la federación, lo que ocasionó una guerra civil que desemboco en rotunda victoria liberal[135].

Con intención de dar una pincelada final a su victoria, se reunieron los altos mandos liberales en Rio Negro en febrero 1863. De dicha reunión el resultado más remarcable fue la creación de la Constitución, promulgada el 9 de mayo del mismo año, donde el tema eclesiástico fue sin duda el que más escozor y división generó dentro del liberalismo, donde la duda de si debía suprimirse la influencia de la Iglesia por la fuerza fue el principal tema de debate[136].

La cuestión se cerró rotundamente con los artículos 15 y 23 de la nueva constitución, pues el primero, reconoció el derecho de los individuos a profesar públicamente cualquier religión, si esta bajo ningún motivo, ponía en peligro la soberanía

[133] Helen Delpar, *Rojos contra azules: el partido liberal en la política colombiana, 1863-1899* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1994) 12.
[134] La desamortización de sus bienes fue una de las reformas más anticlericales jamás ejecutadas y si bien su intención era hacer más accesibles las propiedades para los individuos por medio de subasta pública, solo se logró concentrar aún más las propiedades en pocas manos terratenientes y acreedoras.
[135] Helen Delpar, *Rojos contra azules: el partido liberal en la política colombiana, 1863-1899* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1994) 25.
[136] Helen Delpar, *Rojos contra azules: el partido liberal en la política colombiana, 1863-1899* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1994) 27.

nacional o la paz y el segundo, daba a los gobiernos tanto federal como provincial, el derecho a ejercer inspección suprema de cultos a fin de resguardar la soberanía nacional y preservar tanto la seguridad como la tranquilidad pública[137].

Cabe resaltar, que la división del Liberalismo, en este, que fue el punto más álgido de su triunfo, terminó por moldear el destino del partido en los años venideros, pues si bien, como ya se mencionó anteriormente, el liberalismo tendió a dividirse desde que emergió como fuerza política en 1840, luego de la promulgación de la Carta Magna y de que Mosquera recibiera solo 37 de 61[138] votos para presidir la federación, terminó por afianzar el carácter fragmentario del partido.

El Radicalismo liberal colombiano, se desarrolló a mediados del siglo XIX junto con una nueva generación liberal que acogió el gobierno de Jose Hilario López (1849-1853) y sus reformas. Bajo la vigencia de la constitución de 1853, que abrió el paso al establecimiento del Federalismo, los liberales en cabeza de Manuel Murillo Toro orquestarían desde el Estado soberano de Santander, los ideales que posteriormente pusieron en práctica en todo el país. Los radicales, construyeron un proyecto de nación que articulaba federalismo, educación laica, obligatoria y gratuita, amplios derechos y libertades individuales, libre cambio como principio económico y, sobre todo, un claro distanciamiento entre la Iglesia y el Estado, en un esfuerzo por cortar de raíz el legado colonial. Con el federalismo, se pretendió hacer compatible la integración nacional en medio de las diversidades regionales, mientras que con la educación secularizada se intentó preparar ciudadanos aptos para el ejercicio sus nuevos derechos y libertades[139].

La Constitución de 1863 gestada en la ciudad de Rionegro Antioquia, fue la materialización de este ideario. A diferencia de sus antecesoras, fue expedida en nombre del pueblo y los Estados Unidos de Colombia por lo que no invocó a Dios. Con ella, se debilitó el gobierno central con predominio del poder legislativo sobre el ejecutivo (limitando los periodos presidenciales a dos años), se promulgó una estricta separación entre Estado e Iglesia y consagró amplios derechos de ciudadanía y libertades individuales (propiedad, libertad de imprenta, libertad de expresión y de pensamiento, libertad de asociación y de culto, entre otras).

---

[137] Helen Delpar, *Rojos contra azules: el partido liberal en la política colombiana, 1863-1899* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1994) 27.
[138] Helen Delpar, *Rojos contra azules: el partido liberal en la política colombiana, 1863-1899* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1994) 32.
[139] Edwin Cruz rodríguez, "La nación en Colombia del Radicalismo a la Regeneración (1863-1889): Una interpretación política", *Pensamiento Jurídico 28.* (2010): 73.

Bajo este ambiente de relativa libertad[140], se desempeñó el intelectual liberal radical, el cual, atendiendo a una de las facetas más características de su partido, procuró, por medio de la valoración de la producción nacional, fomentar un sentimiento patriótico buscando materializar un nacionalismo oficial[141] y la prensa, que durante la última mitad del siglo XIX tuvo un extraordinario desarrollo, se convirtió en uno de los principales medios utilizados para alcanzar dicho objetivo. El liberalismo radical, por tanto, con el ideal modernizador que pretendió arrasar con todo rastro de arcaísmo de una sociedad anclada al catolicismo, se encerró en sí mismo imaginando una nación de individuos libres y secularizados, y anclado en la cumbre del centro del país, no supo cómo establecer un fluido contacto con la Colombia popular y campesina, que aún podía ser dominada por el cura o el caudillo conservador.

3.4 Conservadurismo en Colombia

Para entender lo que fue la intelectualidad y también el tipo de intelectual que predominó en la hegemonía conservadora, es imprescindible exponer en primer lugar el proyecto político conservador que se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX, para posteriormente, dar paso a su contexto intelectual característico.

El Partido Conservador, supo aprovechar el precario control estatal que había ejercido el gobierno liberal hasta mediados del siglo XIX, ya que, si bien se efectuaron por parte del liberalismo algunas reformas como la libertad de imprenta y de enseñanza, hubo una evidente incapacidad del liberalismo radical para establecer relaciones sólidas y confiables con los sectores populares. El conservatismo asumió entonces que el programa idóneo para llevar las riendas de la nación, era establecer una República Confesional, o, en otras palabras, un proyecto de definición de la nación según el ideal de una Iglesia católica dominante en el control social y cultural, proyecto que vería su desarrollo e implementación en el periodo conocido como la Regeneración y que tendría como punto culmen del mismo la Constitución Política de 1886[142].

---

[140] "Se permitió la libertad de expresión de cualquier órgano o institución, al punto de que los enemigos del radicalismo lo atacaron directamente desde la prensa y con sus artículos colaboraron a la profunda división del Partido Liberal y a la pérdida del poder". Shirley Tatiana Pérez Robles, *Inmorales, injuriosos y subversivos: La prensa liberal y socialista censurada durante la Hegemonía Conservadora (1886-1930)* Tesis de Doctorado en Historia, (Universidad Nacional de Colombia-Sede Medellín, 2017) 69.

[141] Frederic Martínez, *El nacionalismo cosmopolita: la referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900* (Bogotá: Banco de la República - Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001) 380.

[142] Gilberto Loaiza Cano, *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886)* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011) 381.

Es importante resaltar, que la oposición conservadora al liberalismo radical, que desembocaría en la Constitución de 1886, tuvo sus inicios en un descontento (1867 a 1876) del modelo educativo liberal y de las "escuelas sin Dios"[143]. De esta etapa son puntos clave dos hechos: en primer lugar, es en este espacio temporal, donde tuvo lugar el ascenso del catolicismo ultramontano[144] que se fundamentó en la utilización de signos de adhesión masiva a la fe católica[145] y por otro lado, sucedió la guerra civil de 1876, más conocida como *La Guerra de las Escuelas* o *La Guerra de los Curas*, ya que bajo la consigna de "¡Viva pío IX, Viva la República!", los obispos de Pasto, Popayán y Medellín hicieron un llamado a la guerra, en parte por la desazón de haber perdido las elecciones presidenciales de 1875, donde fue electo el candidato radical Aquileo Parra, perdiendo Rafael Núñez de la coalición entre conservadores y sectores moderados del liberalismo; y también como manifestación de los intereses del Partido Conservador, que axiomáticamente, eran los intereses del catolicismo.

La religión católica, por tanto, constituía para los conservadores el legado fundamental de España y además fue uno de los principales puntos de ruptura entre liberales y conservadores, pues posterior a la Independencia, dos fueron los pensamientos que imperaron en la esfera política colombiana. Por un lado, podemos decir que el liberal, era un pensamiento de ruptura, en el cual la independencia fue el ocaso del antiguo régimen y el alba de las libertades civiles del pueblo en búsqueda de un espacio público más igualitario, a diferencia del pensamiento conservador, donde lo anterior aparte de ser tomado como una saturación demagógica que alteraba las jerarquías sociales, era también el rompimiento con esa herencia española (tanto prácticas sociales como modelos políticos) a la cual se pretendía dar continuidad[146], o en otras palabras, el pensamiento conservador pretendía adaptar la república a las instituciones y prácticas de antaño, expandiendo los valores y símbolos del catolicismo y del legado de la cultura española limitando el cambio político a su más mínima expresión. Por lo anterior, el alejamiento de España o de la Iglesia halló fuerte oposición en el conservatismo y pudieron llevar a

[143] Gilberto Loaiza Cano, *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886)* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011) 392.
[144] "El conservadurismo ultramontano, que tenía una significativa influencia española, discutía con los demás grupos sobre el lugar que se le debía asignar al clero: apoyados en el catolicismo, se dedicaron a formar un sistema político basado en la moral católica". Shirley Tatiana Pérez Robles, *Inmorales, injuriosos y subversivos: La prensa liberal y socialista censurada durante la Hegemonía Conservadora (1886-1930)* Tesis de Doctorado en Historia, (Universidad Nacional de Colombia-Sede Medellín, 2017) 46.
[145] Gilberto Loaiza Cano, *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886)* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011) 392.
[146] Gilberto Loaiza Cano, *Poder letrado: ensayos sobre historia intelectual de Colombia, siglos XIX y XX* (Cali: Programa Editorial Universidad del Valle, 2014) 125.

cabo tal empresa, en parte, gracias al monopolio de la palabra escrita, pues se difundió tanto la fe católica como su discurso moralizante, mediante una implacable red de impresos[147] y el hecho de que fuera administrada por la misma Iglesia, nos da entender el lugar privilegiado que le asignaron los intelectuales conservadores dentro del sistema republicano.

El conservatismo, comprometido entonces con el inicio del proceso de desmoronamiento de prácticas e instituciones del radicalismo, se fundamentó en el consenso ideológico a favor de la supremacía tanto cultural como política de la Iglesia católica, para lograr la legitimación de un nuevo concepto de nación, que incluía la reanudación de relaciones oficiales con el Vaticano, la reaparición de restricciones tanto de asociación como de opinión y por último y no menos importante, la cesión a la Iglesia católica de elementos de control social como la educación[148][149]. El terreno para el ascenso de la Regeneración estaba ahora despejado.

Precisamente, ese desmoronamiento del radicalismo, lo sugería Rafael Núñez en 1878 cuando en calidad de presidente del Senado, mencionaba por vez primera la palabra regeneración: "La regeneración administrativa fundamental o la catástrofe" [150], demostrando de paso, su deseo de modificar la carta constitucional de 1863, con el fin de eliminar el supuesto caos administrativo y los conflictos religiosos que había generado, pues para él, era necesario reconciliar la Iglesia católica con el Estado, respetando la filiación católica mayoritaria del pueblo colombiano.

Para tales efectos, Núñez encontró en Miguel Antonio Caro[151] el acompañante ideológico que precisaba, para la redacción de un proyecto constitucional. Caro, que por aquel encones era el líder del conservatismo colombiano, posterior a la guerra civil de

[147] Gilberto Loaiza Cano, *Poder letrado: ensayos sobre historia intelectual de Colombia, siglos XIX y XX* (Cali: Programa Editorial Universidad del Valle, 2014) 125.
[148] "La Iglesia era para los regeneradores la única institución capaz de reorganizar la sociedad, y consideró la educación religiosa como el factor cohesionador y disciplinador para lograr fundar una nueva ciudadanía". Shirley Tatiana Pérez Robles, *Inmorales, injuriosos y subversivos: La prensa liberal y socialista censurada durante la Hegemonía Conservadora (1886-1930)* Tesis de Doctorado en Historia, (Universidad Nacional de Colombia-Sede Medellín, 2017) 223-224.
[149] Gilberto Loaiza Cano, *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886)* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011) 40.
[150] Citado en Gilberto Loaiza Cano, *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886)* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011) 409.
[151] "Su obra sustentó la Regeneración y se vio expresada en la Constitución de 1886, en la que resulta evidente su marcada resistencia a las ideas de los liberales radicales y en la que puso dique a las ideas modernas, instalando como principios la moral católica y el orden social basado en la jerarquía de clases". Shirley Tatiana Pérez Robles, *Inmorales, injuriosos y subversivos: La prensa liberal y socialista censurada durante la Hegemonía Conservadora (1886-1930)* Tesis de Doctorado en Historia, (Universidad Nacional de Colombia-Sede Medellín, 2017) 101.

1885, que sellaría la definitiva derrota del radicalismo, planteo la reforma de la Constitución en un sentido conservador, donde se debía poner fin a la soberanía de los estados federales y el Estado mismo, debía situarse entre la tradición católica y los nuevos fenómenos políticos de la democracia moderna, demostrando de esta manera cierta flexibilidad en algunos apartados puntuales, o como el mismo lo diría "en materias económicas y administrativas, somos de cera; en principios religiosos, de bronce"[152].

Entre 1880 y 1887, la Regeneración inició entonces una serie de reformas en favor de la reanudación de las relaciones entre Estado e Iglesia católica, que se oficializaron con la Constitución de 1886, donde se definió la naturaleza de la vida pública colombiana hasta 1930, cuando sucedió un nuevo apartado de reformas liberales. Pero más allá de la doctrina, primó el poderío de la Iglesia como institución. Para la época era una Iglesia con abundante propiedad de tierras y con fuentes e ingresos de diversas procedencias, lo que le permitió ser parte activa de debates políticos y fue también, el más importante agente electoral[153] del conservatismo a la vez que sirvió como su principal guardián ideológico, pues a su cargo estaba la reproducción del discurso moralizante, fundamentado no solo en la religión, sino en la herencia hispánica, con el cual se adoctrinó al pueblo y se logró constituir una República confesional.

Al constituir parte tan importante dentro del engranaje conservador, los privilegios de la Iglesia, se extendieron a campos por fuera de la cultura, pues los templos e Iglesias fueron exentos de impuestos, el gobierno se comprometió a subsanar económicamente todo lo perdido por la institución eclesiástica en el proceso desamortización de bienes[154] y posterior a 1890, la Iglesia ya reemplazaba a la autoridad en civil en el control de cementerios[155], registros de nacimientos, matrimonios y decesos.

En cuanto a términos propiamente educativos, el proyecto educativo conservador consagrado en la Carta de 1886, buscó controlar moralmente la sociedad garantizando la permanencia de estructuras sociales tradicionales y de esta manera asegurar una adhesión mayoritaria a la fe católica. No fue muy diferente del proyecto del liberalismo radical (de mediados del siglo XIX en adelante), que buscó del mismo modo, moldear a los individuos mediante la civilización por medio de la escuela para volverlos sujetos

[152] Citado en Gilberto Loaiza Cano, *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886)* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011) 406.
[153] Daniel Pecaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1953* (Medellín: Siglo XXI Editores, 1987) 76.
[154] John Lynch, "La Iglesia católica en América Latina, 1830-1930", *Historia de América Latina,* V. 8, ed. Leslie Bethell (Barcelona: Editorial Crítica, 1990) 105.
[155] Gerardo Molina Ramírez, *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1959* (Bogotá: Universidad Libre, 2006) 137-138.

controlados y autocontrolados[156], para que pudieran elegir autónomamente entre las diferentes opciones culturales que ofertaba la dinámica del mundo capitalista.

En dicha Carta Magna de finales del XIX, se estableció por ejemplo en su artículo 38 que "La Religión Católica, Apostólica, Romana, es la de la Nación; los Poderes públicos la protegerán y harán que sea respetada como esencial elemento del orden social"[157] y de paso, se le brindo poder para moldear ideológicamente el país, pues según se estableció en el artículo 41 del mismo texto: "La educación pública será organizada y dirigida en concordancia con la Religión Católica"[158], lo que se pretendió y a efectos prácticos pudo ejecutarse hasta las reformas liberales de 1930 en adelante, fue suprimir cualquier tipo de atisbo laico o neutral del sistema público de enseñanza. Al respecto se pronunciaba Caro de la siguiente manera: "La educación popular es, para nosotros científica en su materia, pero religiosa en su forma, y no podemos admitir la separación que se intenta hacer de forma y materia en negocio tan importante. Quitarle su forma a la educación, aunque subsista la materia, es adulterar, destruir la educación. La educación popular, así mutilada y viciada, es una educación falsa y corruptora que ni el nombre de educación merece. La educación del hombre, como el hombre mismo, tiene alma y cuerpo. Educación sin religión es hombre sin alma: cadáver y putrefacción"[159].

En términos generales, la Constitución de 1886 fue una respuesta centralista y en efecto autoritaria, a los excesos de su predecesora de 1863. Concretamente, fue la puesta en marcha de un nuevo orden administrativo, con la finalidad de resolver los inconvenientes relacionados con la organización federalista del país, sin embargo, algunas libertades propugnadas por la constitución de 1863 fueron suprimidas o en su defecto restringidas, como por ejemplo la libertad de prensa[160], a la cual se le perfeccionaron las restricciones por medio del artículo 42 del decreto 151 de 1888, en el cual entre otras cosas, se estableció que era necesario garantizar la supremacía y la exclusividad del discurso católico, pues en nombre de la protección social, se habilitó al gobierno para prevenir los abusos de la prensa pues constituía un verdadero delito "atacar

[156] Gilberto Loaiza Cano, *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886)* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011) 379.
[157] Véase la Constitución política de Colombia de 1886.
[158] Véase la Constitución política de Colombia de 1886.
[159] Citado en José Luis Romero, *El pensamiento político latinoamericano* (Buenos Aires: AZ editora S.A., 1998) 230. (Pendiente corrección de cita ya que no pude conseguir de nuevo el texto)
[160] Gilberto Loaiza Cano, *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886)* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011) 422.

la religión católica" y era punible con la incautación del número o incluso suspensión de la publicación en su totalidad.

Cabe resaltar que dichas restricciones de la Regeneración, eran el ideal tanto de Núñez como de Caro, correcciones a los excesos del liberalismo establecidos desde 1851 y fueron incluso más allá de restricciones individuales, pues como consta en los artículos 45 y 47 de la constitución de 1886, se ordenó la absoluta y total prohibición de asociaciones "contrarias a la moral cristiana" , relegando al radicalismo, otrora dominante, a una cultura política y religiosa disidente y desafiante de la república católica recientemente impuesta.

De las paginas anteriores entendemos entonces porqué en la Hegemonía Conservadora, el intelectual fundamentó su accionar en los presupuestos que constituían la verdad, los cuales emanaron del proyecto de la Regeneración y sobre ellos habrían de elaborarse las ideas para legitimar el dominio y el orden conservador. Es por esto que sus herramientas de trabajo constituyeron principalmente, la moral y los valores clásicos cristianos, y su más importante tarea fue delimitar lo que debía ser el Estado nacional y, sobre todo, lo que debería ser instrumento de control moral de los aspectos de la vida en sociedad colombiana[161].

Por tanto, el tipo de intelectual que predominó en este periodo histórico, fue el trinomio conformado por el gramático, el poeta y el abogado[162], pues en un país como Colombia, el estudio de la lengua se traducía en la conservación de los privilegios de la elite[163], y efectivamente su reflexión social fue pobre, pues no enfrento críticamente las limitaciones sociales, políticas y académicas del régimen conservador y por el contrario, elaboró un proyecto político fundamentado en concepciones morales y su accionar estuvo más ligado al de un religioso que al de un pensador moderno.

Por tanto, el objetivo principal de los intelectuales en la hegemonía conservadora, era la extirpación de toda ideología foránea (principalmente socialistas – liberales) que transitara por el país y se llevó a cabo dicha campaña desde tres frentes, en primer lugar, desde la elaboración de manuales filosóficos y escolares de marcado contenido moral, pues la Iglesia no solo controlaba el contenido de los textos sino también la moralidad del

[161] Miguel Ángel Urrego, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia: De la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991* (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2002) 37.
[162] Álvaro Villegas Vélez, "Nación, intelectuales de elite y representaciones de degeneración y regeneración, Colombia, 1906-1937" *Iberoamericana* 7.28 (2007): 11.
[163] Malcolm Deas, *Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas* (Bogotá: Tercer Mundo, 1993) 47.

maestro, en segundo lugar, con la vinculación del criterio moral a la norma jurídica, orden legal y a la reglamentación de instituciones (colegios o sociedades católicas por ejemplo) y finalmente, con la represión a la circulación de ideas, actitudes y obras consideradas inmorales.

Es por esto que la relación del intelectual de la Hegemonía Conservadora con la política "no se efectuaba desde la especificidad de su opción vital, del especialista en su saber, sino desde la pertenencia a lo que se ha dado en denominarse las "culturas políticas"[164], o, en otras palabras, primero se era militante y luego, como resultado de los privilegios que generaba la remuneración de una profesión liberal, se era intelectual. Esta relación y la manera tradicional en que eran concebidos todos los aspectos de la vida en sociedad, tornó la reflexión histórica en un canal privilegiado de expresión, tanto de los partidos como de los intelectuales como tales, a través del cual divulgaban su concepción del mundo y de la cultura.

Precisamente, esa concepción tradicional del mundo, desarrollada anteriormente cuando se habló de los fundamentos del pensamiento conservador[165], polarizó la intelectualidad decimonónica y de principios del siglo XX, pues el nexo histórico con España permeó hasta la fundación misma de instituciones, como es el caso de la Academia Colombiana de Historia, que fundada bajo la Hegemonía conservadora, tuvo el pasado colonial como su principal tema de estudio y ante un evidente orgullo por ser parte de una raza de origen español, los discursos apologéticos que resaltaban la importancia de la tradición y calificaban la conquista como una obra colosal solo posible gracias a las virtudes de la providencia, estuvieron a la orden del día[166].

Esto a su vez propició, una ausencia casi que total sobre la reflexión del origen y la identidad nacional, pues el factor religioso fue suficiente para dar a entender la existencia misma de la nación, ya que bastaba con resaltar los nexos culturales con España para hallar la esencia nacional, hecho que denotaba la inexistencia de la autonomía tanto de los intelectuales como del campo cultural y también demarcaba una clara debilidad de

[164] Miguel Ángel Urrego, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia: De la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991* (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2002) 49.
[165] En el trasfondo de este planteamiento subyacía la defensa de un orden social bucólico en el que se pretendía legitimar el liderazgo caudillista ejercido por la elite blanca criolla, así como la imposición del catolicismo como elemento indispensable para la cohesión de la sociedad y el logro de la anhelada homogenización nacional. Carlos Andrés Charry, "Los intelectuales colombianos y el dilema de la construcción de la identidad nacional (1850-1930)", *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* 90 (2011): 57.
[166] Jaime Jaramillo Uribe, *Pensamiento colombiano en el siglo XIX* (Bogotá: Editorial Planeta, 1996) 116-117.

los intelectuales como grupo, pues si bien eran intelectuales orgánicos y militantes del partido conservador, no atendieron a las demandas y exigencias que emanaban de las coyunturas sociales de la época[167].

Consecuentemente, la moral católica no solo fue uno de los pilares fundamentales del proyecto conservador, sino que se consideraba también como la fuente de la cual derivaba toda producción artística e intelectual, además de ser el elemento que propiciaba la vigencia de la nación, al respecto comentaba Miguel Antonio Caro que en últimas todo lo ideal "es directa o indirectamente religioso"[168].

En suma, los intelectuales en la visión conservadora y clerical de la cultura, eran aquellos guardianes de la tradición, que a su vez se podían considerar como expertos en la conservación de los fundamentos intactos de la nación y del hispanismo, los cuales legitimaban el orden constitucional y por axioma era buenos burócratas, por lo que también fungían como los reproductores de la verdadera esencia del mundo social y físico, teniendo en cuenta la particularidad, de que el desempeño de todas estas funciones dependía únicamente, de si se partía de la premisa, que es la moral la principal guía del pensamiento.

3.5 República Liberal y nuevas concepciones de Cultura

El clima previo al ascenso de López Pumarejo al poder era ambiguo, pues en sus mismas palabras, los bandos políticos eran "emociones petrificadas que se espían y se odian, se miden y se injurian, y no tienen más visión que neutralizarse. No realizarán sus propósitos, no completarán su obra porque cuando lo intentan, de ambos bloques surgen las manos tendidas en aparente conciliación a frustrar su destino como oposición o como gobierno"[169].

Sin embargo, López era convencido de que un partido triunfador por vías de la democracia, tenía derecho a penetrar con sus principios todos los tejidos de la administración pública y, por lo tanto, un gobierno apoyado en un partido, no podía nunca ser neutral en política[170].

---

[167] Miguel Ángel Urrego, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia: De la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991* (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2002) 55.
[168] Miguel Antonio Caro, *Obras completas, vol. VIII* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1945) 307.
[169] Gerardo Molina Ramírez, *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1959* (Bogotá: Universidad Libre, 2006) 536-537.
[170] Gerardo Molina Ramírez, *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1959* (Bogotá: Universidad Libre, 2006) 537.

El país atravesaba por una sensación de desasosiego general[171], en parte por la crisis económica agudizada en 1929 y fue el Partido Liberal, el bando que se sintió obligado a apersonarse del desarrollo y la industrialización del país, pero para echar hacia adelante una revolución de tal magnitud, preciso era primero fijar un punto de partida, en este caso, las causas del atraso[172].

Los liberales, no hallaban las causales del atraso en las teorías que por aquellos días rondaban sobre una supuesta inferioridad biológica de la sociedad colombiana o las limitaciones impuestas por la geografía o la cuestión climática, sino más bien, en el hecho de que, ante la evidente precaria preparación, la capacidad laboral y la calidad misma del trabajo estaban muy reducidas[173]. Como el Estado era el principal responsable de preparar a los ciudadanos para aprovechar las riquezas del país y realmente esto no estaba sucediendo, era imperante según el liberalismo, convertir el trabajo en una función técnica[174], para lograr industrializar el país y garantizar el progreso general de la sociedad, ya que, si no se hacía, no habría posibilidad alguna de ejercer autonomía nacional real, mucho menos se podría hablar de soberanía o independencia económica.

Por lo tanto, el nuevo Estado debía brindarle la competencia y los recursos suficientes al poder público para impulsar el desarrollo fundamentado en la iniciativa privada, pero sin extralimitarla[175]. Pero el problema no era intervenir, el problema era que, para mediados de la década de 1930, no había en el estatuto supremo, una definición relativa a las funciones del Estado como ente intervencionista. La reforma constitucional de 1936 tenía su camino más que allanado.

Sin embargo, una política encauzada a la modernización de todos los aspectos de la vida nacional, no podía limitarse con asegurar en una nueva constitución el intervencionismo estatal. Igualmente, era menester también asegurar la autonomía e independencia del poder civil en relación a otras potestades y es ahí donde surge el gran inconveniente con la Iglesia.

Como se vio anteriormente, cuando se trató el tema de la religión y sobre todo de la Iglesia en la Hegemonía Conservadora, el acto constituyente de 1886, no solo le otorgó

---

171 Daniel Pecaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1953* (Medellín: Siglo XXI Editores, 1987) 83.
172 Gerardo Molina Ramírez, *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1959* (Bogotá: Universidad Libre, 2006) 539.
173 Gerardo Molina Ramírez, *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1959* (Bogotá: Universidad Libre, 2006) 539-540.
174 Gerardo Molina Ramírez, *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1959* (Bogotá: Universidad Libre, 2006) 540.
175 Gerardo Molina Ramírez, *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1959* (Bogotá: Universidad Libre, 2006) 541.

protección a la religión católica, sino que encaminaron al Estado a una configuración teocrática. Claramente, ese no era el orden de los elementos que iban a propiciar la industrialización y modernización del país y decididamente, se optó por restituir la plenitud de las atribuciones del poder civil para poder ejercer control y poder efectivo sobre la vida nacional.

La educación, por tanto, que también se vio supeditada a los dictámenes eclesiásticos, constituía una educación confesional obligatoria para católicos y no católicos, características totalmente contradictorias para el desarrollo y el progreso, dado que estos precisan de individuos con agudo sentido crítico capaces de promover el cambio.

Para modificar la situación, era evidente la necesidad de una enmienda a la Constitución, dado que, de no realizarla, nuevamente se romperían relaciones con el Vaticano, lo que causaría revuelos adicionales a los que ya se tenían en consideración, por lo que dos alternativas se abrieron a los ojos de López Pumarejo, en primer lugar, implantar la educación oficial obligatoria, desechando la privada, o por otro lado, defender la libertad de enseñanza, pero garantizando la exclusividad del Estado en referencia a la inspección y vigilancia de los institutos docentes, ya fueran públicos o privados[176], siendo esta última formula, la defendida por el presidente y la instaurada en la enmienda de 1936.

Sin embargo y antes de entrar en materia de lo que fue la reforma cultural – educativa de la República Liberal, otros dos puntos respecto de la sublevación del poder público respecto del eclesiástico tocaban las fibras del proyecto liberal, a saber, el matrimonio y el estado civil de las personas. El matrimonio civil, era en el ideario liberal, al igual que en muchas otras naciones, aceptado por normas católicas sin ningún tipo de limitación u obstáculo alguno[177], por lo que las diferentes causas matrimoniales debían ser competencia de los diferentes tribunales colombianos encargados de hacer justicia.

Por último y no menos importante, estaba el tema de los privilegios obtenidos por la Iglesia luego de 1886, vinculados tan intrínsecamente a su accionar, que se daba por hecho en la institución eclesiástica que era algo inamovible. Esta situación, propició que su respuesta ante la reforma constitucional, no fuera otra que tildarla de subversiva,

[176] Gerardo Molina Ramírez, *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1959* (Bogotá: Universidad Libre, 2006) 543.
[177] Gerardo Molina Ramírez, *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1959* (Bogotá: Universidad Libre, 2006) 543.

notificando el episcopado al congreso en 1936, que invitaría masivamente a desobedecer las leyes, de la misma manera que lo haría el Directorio Nacional Conservador inmediatamente después[178], no encontrando ninguna de las dos amenazas éxito en lo referente a la vuelta atrás de la reforma y por el contrario, insistió el liberalismo, en que el poder civil no podía estar bajo ninguna circunstancia en inferioridad al eclesiástico, tomando cualquier revuelta política que tenga aspecto de insurgencia religiosa como una subversión del orden público[179].

Retomando el tema educativo, se aumentó su presupuesto en todos los niveles, se mejoró la infraestructura en la cual se impartía el conocimiento tanto básico como superior, se amplió también ideológicamente la enseñanza con criterios científicos y además se desarrolló un especial interés en la correcta formación de los educadores para que estuvieran a la altura del reto que implicaba el nuevo modelo educativo[180].

El proyecto educativo desarrollado en la República Liberal, por consiguiente, constituyó un hito en la historia socio-cultural colombiana, en materia tanto educativa como cultural, dado que no solo pretendió instruir la mayor cantidad posible de la sociedad colombiana de la primera mitad del siglo XX, desde las capitales hasta las poblaciones más recónditas del país, sino que también y adjunto al proyecto educativo, se desarrolló un proyecto para generar una nueva cultura popular, teniendo al pueblo como principal artífice.

En un esfuerzo sin precedentes, de intentar reintegrar a grandes masas en la sociedad nacional, se intentó por medio del *Folklore*[181], o, en otras palabras, la acumulación de expresiones del pueblo, buscar el alma nacional, esa cultura popular que durante tanto tiempo estuvo sumergida y olvidada en detrimento de la cultura establecida por las elites dirigentes de estructuras sociales tradicionales anteriores.

Sin embargo, no se pretendió eliminar jerarquías, pues estas eran indispensables para el correcto desarrollo de las políticas y proyectos estatales, y se entendía que la cultura era una totalidad, donde se distinguían los elementos clave de productores y consumidores de cultura, siendo los intelectuales, por pertenecer a elevadas esferas

[178] Gerardo Molina Ramírez, *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1959* (Bogotá: Universidad Libre, 2006) 543.
[179] Gerardo Molina Ramírez, *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1959* (Bogotá: Universidad Libre, 2006) 544.
[180] Álvaro Tirado Mejía, "López Pumarejo: la Revolución en Marcha", *Nueva Historia de Colombia, Volumen 1, Tomo 1: Historia política, 1886-1946* (Bogotá: Editorial Planeta, 1989) 338.
[181] Renán Silva, *República liberal, intelectuales y cultura popular* (Medellín: La Carreta Editores, 2005) 26.

sociales, los productores cultures, pero lo popular debía ser determinante en esa nueva cultura, por lo que la concepción de pueblo y sobre todo su relación con las elites debía ser modificada[182].

La República Liberal, pretendió entonces, aplicar una nueva concepción de las masas populares, puesto que ya no eran tomadas como un simple cúmulo de individuos iletrados, sino que constituían un conglomerado humano con el cual había que contar para transformar el país y por lo tanto se debía potenciar[183].

No obstante, era un pueblo niño y por más que se intentó volverlo sujeto activo y que encarnara por sí mismo el futuro del país, había una gran desproporción entre el desarrollo necesitado y el grado de cultura y preparación del pueblo, ante las demandas de las sociedades modernas en materia técnica y económica. Esto lo entendieron las elites liberales y buscaron por medio de la reestructuración de la educación, sacar al país de la miseria en la que estaba[184].

El desarrollo nacional, por tanto, estaba estrictamente ligado al proyecto cultual-educativo liberal, pero la carencia de instituciones de extensión cultural impedía su ejecución a cabalidad. La instauración de un Ministerio de educación propiamente dicho se hizo imperiosa, ya que así se refería Eliseo Arango en 1930 al respecto del Ministerio Instrucción y Salubridad Pública: "Es necesario que el país no se siga engañando con una oficina que lleva el nombre de Ministerio de Educación. Lo que principalmente existe es un despacho encargado de suministrar recursos para las leproserías, caridad y beneficencia, y que tiene modestos aportes para la enseñanza"[185].

El ministerio era necesario para modificar la concepción de la educación y el papel del Estado en ella, por lo que era un elemento central de la política educativa, y una vez reformado, todos los esfuerzos de las políticas educativas se centraron primero en el magisterio y en la formación de sus integrantes, pues eran el primer contacto con el pueblo y el vínculo entre este y las elites.

---

[182] Al respecto, se pronunciaba de esta manera en 1933 Alfonso López Pumarejo: "Los principales vicios y yerros de nuestra democracia surgen, en mi sentir, de una falla fundamental en las relaciones de las clases directoras del país y las masas populares. (…) Si la nación ha resistido tantos problemas, es porque hay en el pueblo virtudes insospechadas que lo alientan, estimulan y fortalecen, mientras soporta con ánimo tranquilo las contradicciones y errores de las clases dirigentes". Citado en Renán Silva, *República liberal, intelectuales y cultura popular* (Medellín: La Carreta Editores, 2005) 23.

[183] Renán Silva, *República liberal, intelectuales y cultura popular* (Medellín: La Carreta Editores, 2005) 24.

[184] Renán Silva, *República liberal, intelectuales y cultura popular* (Medellín: La Carreta Editores, 2005) 23-24.

[185] Citado en Renán Silva, *República liberal, intelectuales y cultura popular* (Medellín: La Carreta Editores, 2005) 155.

El liberalismo, trató entonces de despolitizar el profesorado, (pues desde décadas atrás, venían teniendo participación activa en política[186]), en razón de que veían en su proyecto de extensión cultural, un programa a la defensa de un nuevo orden, más social que político, por lo que había que preparar a los *ciudadanos* en el sentido integral de la palabra, para afrontar los desafíos que las sociedades modernas significaban, en vez de enfrascar la sociedad, de por sí ya golpeada, en el fútil bipartidismo.

La escena intelectual, por lo tanto, fue dominada por la irrupción de profesores universitarios y novelistas a las primeras planas de la actividad literaria y cultural, pues ampliaron la perspectiva intelectual gracias al crecimiento de nuevas profesiones y a la llegada tardía de escuelas literarias como el vanguardismo y si bien, algunos de estos intelectuales eran para la época diplomáticos o burócratas, desde el Estado se percibieron sus habilidades aplicables al campo cultural (más allá de la política), por lo que generalmente se desempeñaron como ministros o asociados a sus dependencias, donde por ejemplo, Darío Echandía sería la máxima representación de lo anterior, pues aparte de su ya respetada carrera como ideólogo y filósofo, fue ministro de educación durante la Revolución en Marcha, siendo, por demás, uno de los principales ideólogos de la reforma educativa de la República Liberal.

La República Liberal trató de ampliar la noción de ciudadanía, por la vía del conocimiento de los derechos adquiridos por ser parte de una sociedad y lo hizo a través de un proyecto de cultura que incluyó el uso de todas las formas de comunicación modernas. En el proyecto, se introdujeron saberes modernos a la escuela como la psicología o la pedagogía, esta última importantísima puesto que la metodología de la enseñanza se comenzó a aplicar como un saber especializado y por último y no menos importante, tuvo lugar la laicización de la educación en todos sus campos, lo que redujo sustancialmente las horas de educación religiosa para dar paso a cátedras y a autores antes prohibidos por el clero.

Evidentemente, las críticas eclesiástico – conservadoras no se hicieron esperar, y la reforma fue tomada como un elemento alterador del orden social establecido, que, fundamentado en el Materialismo, solo pretendía separar a los fieles de la Iglesia[187] y

[186] Renán Silva, *República liberal, intelectuales y cultura popular* (Medellín: La Carreta Editores, 2005) 157.
[187] Renán Silva, *República liberal, intelectuales y cultura popular* (Medellín: La Carreta Editores, 2005) 155.

consideraron a su vez dicha intervención estatal, como una amenaza a los fundamentos de la vida privada, a las mentes de los niños y a la vieja tradición.

La Reforma Constitucional de 1936, si bien es a toda luz, una enmienda de la Carta que venía rigiendo el país, tranquilamente podría considerarse como una nueva, aunque incluyese algunos preceptos de 1886. Como tal, constituyó la expresión de un movimiento político, que se adscribió a la voluntad nacional de cambio y, sobre todo, el carácter social que le imprimió La Revolución en Marcha, le dio un sello eminentemente ideológico, que permitió el paso de una concepción individualista a una comunitaria o mejor, se comenzó a desarrollar plenamente la democracia social.

En suma, si bien la República Liberal puede aparecer en la historiografía como el fin de la Hegemonía Conservadora, ni en materia política ni cultural hay una ruptura total con el modelo cultural conservador, no obstante, si sucedieron cambios, sobre todo en la primera administración de Alfonso López Pumarejo en lo relacionado a la modificación de las condiciones de la producción tanto material como cultural y en la redistribución de las fuerzas políticas, lo que sin duda alguna modificó la manera en cómo los intelectuales asumían el país. Sin embargo, el bipartidismo continuó siendo la directriz política del país y, por tanto, la crítica al orden social fue fragmentaria e incluso muchos intelectuales continuaron reproduciendo los fundamentos culturales de la Regeneración[188].

Las dinámicas de modernización también suscitaron cambios que fueron más determinantes en la transformación de los intelectuales. Elementos como los procesos de urbanización e industrialización[189], el aumento de la cobertura educativa, el insurgente pedido de autonomía por parte de ciertos intelectuales y la reconfiguración de los partidos a merced de la figuración de jóvenes dirigentes que abogaban por una renovación política, habían posibilitado el surgimiento de un nuevo país desde los años veinte en adelante. De ahí, a que luego hubiera intentos de leer la realidad nacional desde el socialismo (Jorge Eliecer Gaitán), o desde la relación del destino de la nación con la suerte de los falangistas de la guerra civil española (Laureano Gómez)[190], lo que denotó una nueva posición de los intelectuales y una también nueva realidad política.

[188] Miguel Ángel Urrego, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia: De la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991* (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2002) 83.
[189] Gilberto Loaiza Cano, *Poder letrado: ensayos sobre historia intelectual de Colombia, siglos XIX y XX* (Cali: Programa Editorial Universidad del Valle, 2014) 20.
[190] Miguel Ángel Urrego, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia: De la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991* (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2002) 86.

Las primeras décadas del siglo XX, significaron entonces una reacción a las falencias que implicaba el modelo dominante del intelectual gramático de la Hegemonía Conservadora y por medio de la búsqueda de nuevos valores se intentó cimentar una nueva forma de hacer cultura a partir de reformas en la educación, dejando gradualmente de lado las guías pedagógicas clericales y conservadoras de la Regeneración[191], algo que en palabras de Jaramillo Uribe no era nada novedoso, pues apunta que desde el siglo XIX, al final de cada guerra, se formulaban frecuentemente reformas educativas bajo los lineamientos del bando vencedor[192].

Mientras tanto, adentrados en los años treinta del siglo XX, se inició un periodo proclive tanto a la pedagogía como a la construcción del Estado con los intelectuales como intermediarios, buscando así una profesionalización para reemplazar la clásica formación de hombres cristianos y gramáticos por la formación de ciudadanos con una perspectiva más amplia de las diferentes problemáticas sociales y eso sí, laicos y liberales[193]. La Iglesia mientras tanto, seguía rechazando el liberalismo, considerándolo un pecado y de paso también, desestimaba las reformas impulsadas desde 1930, paradójicamente, esa posición recalcitrante le brindó mayores posibilidades de acción al intelectual liberal, pues le facilitó la adopción de propuestas críticas en lo referente por ejemplo a la reforma educativa (de ahí que el intelectual dominante de la República Liberal fuera el maestro), pues la ampliación de la cobertura educativa y el aceleramiento y fortalecimiento del proceso de urbanización en diferentes ciudades del país, permitió a los intelectuales buscar sus propios medios de expresión.

De lo anterior se derivan entonces dos elementos importantes, en primer lugar, se mencionó la urbanización e industrialización en varias ciudades del país, hechos fundamentales para dar inicio al derrumbe, o al menos, al proyecto de eliminar la idea de que el centro (Bogotá) fuera el núcleo cultural del país, pues los intelectuales de provincia asumieron su existencia como una clara discrepancia al dominio cultural cachaco; y en segundo lugar, de los medios de expresión insurgentes y derivados de dicho proceso de modernización, la revista emergió como uno de los principales móviles de oposición, donde por ejemplo en la región caribe, la revista *Costa*, asumió la voz de protesta de las tres grandes ciudades del atlántico colombiano y así se expresó en su primer número:

[191] Andrés Botero-Bernal, "Saberes y poderes: Los grupos intelectuales en Colombia", *Pensamiento Jurídico* 30 (2011): 178.
[192] Jaime Jaramillo Uribe, *Manual de Historia Colombiana*, Tomo III (Bogotá: Colcultura, 1980) 260.
[193] Se perfiló de esta manera un nuevo prototipo de hombre académico, que se reflejó en personajes como Luis López de Mesa (1884-1967), Darío Echandía (1897-1989) o Germán Arciniegas (1900-1999).

"Intelectual costeño: Bogotá no cree en ti. El intelectual del interior te niega. Haz obra. Ayúdanos a crear una cultura costeña"[194]. Por lo tanto, la relación de los intelectuales de la provincia con la institucionalidad fue mayor que la de los del interior, en razón de que el analfabetismo golpeó más las regiones, lo que propició que los hombres de letras estuvieses ligados a la burocracia, ya fuera por militancia política o por lazos de parentesco.

La masificación de la educación antes mencionada, trajo consigo una alteración del escenario intelectual en la tercera década del siglo XX, gracias a la irrupción del profesor universitario en un periodo caracterizado por el crecimiento de las profesiones y por ende también marcado por la ampliación de las perspectivas intelectuales, donde la iniciativa política fue encabezada en conjunto con el ala reformista del Partido Liberal. Esto hizo cambiar las relaciones que definían el campo cultural colombiano desde principios del siglo XX, pues la tradición era la que determinaba la manera en que se concebían a sí mismos y eran concebidos por el Estado los intelectuales, los cuales pasaban por cultivadores de las formas y la cultura ya consagrada y no necesariamente eran los más idóneos para ejercer activamente en la generación de reformas o en la elaboración de reflexiones de las diferentes realidades sociales[195]. Esto cambió radicalmente con la administración de López Pumarejo, pues fueron anexados al gobierno destacados intelectuales, los cuales desde diferentes lugares (generalmente el Congreso o la burocracia), brindaron un respaldo decidido a la revolución en marcha. Hombres como Germán Arciniegas, Gerardo Molina, Darío Echandía, Alberto Lleras Camargo o Jorge Zalamea (quien se decía era la pluma tras los discursos del presidente López Pumarejo), hicieron parte activa del gabinete liberal y centraron muchos de ellos su mirada, no en la transformación de la sociedad en conjunto, sino en uno de sus principales mecanismos de reproducción, el sistema educativo, como eje de la trasformación y el cambio de la sociedad[196].

Arciniegas por nombrar solo un ejemplo, llego a presentar un proyecto ante la Cámara de representantes en 1932, donde señalaba que gran parte de los fracasos de Colombia, se debían a las graves deficiencias en materia universitaria que tenía el país y proponía como solución, que la Universidad se ocupara de analizar los problemas más

[194] *Costa*, No. 1 (Cartagena) mayo de 1937. Revista dirigida por Jorge Artel.
[195] Miguel Ángel Urrego, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia: De la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991* (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2002) 105.
[196] Gonzalo Gómez Sánchez, "Intelectuales, poder y cultura nacional" *Analisis Politico* 34. (1998): 126.

inmediatos que azolaban a la nación. Como no podía ser de otra manera, el proyecto se enfrentó a la férrea oposición de la Iglesia y los congresistas conservadores, por lo que no progresó.

La educación, por tanto, fue uno de los principales campos de batalla de los intelectuales en la República Liberal, pues ella garantizaba los patrones de reproducción de una cultura considerada como superior, ya que la necesidad de fortalecer el Estado por medio de la formación de ciudadanos era considerada como el fruto recogido de la filosofía ilustrada liberal[197].

4. Expresión intelectual en la República Liberal

Precisamente, este periodo de 1930 a 1946, tan cambiante y tan complejo tanto política como intelectualmente para la historia colombiana, es el espacio temporal donde luego de dar cabida a un sinfín de argumentaciones y conceptos teóricos (tanto globales como locales) sobre el intelectual, vamos a abrir un espacio al desarrollo, o al menos (por medio de dos de las figuras intelectuales más destacadas del siglo XX colombiano), vamos a explicar las ideas hasta acá expuestas.

Metodológicamente, se va a extender a esta parte final de la investigación, la manera en que se ha venido trabajando hasta el momento, por lo que se va a exponer la intelectualidad en el periodo ya determinado, por medio del contraste de las dos fuerzas políticas que dominaron la escena intelectual de dicha época, a saber, los partidos Liberal y Conservador, representados por Germán Arciniegas y Laureano Gómez respectivamente, cuya voz va a ser el eje central de las siguientes líneas. La salvedad de la futura importancia de la producción intelectual de los ya citados personajes no es en vano, puesto que no es nuestro objeto ni interés realizar un escrito biográfico de sus vidas y tampoco se pretende abarcar la totalidad de sus obras; en primer lugar, se va hacer un recuento general de las dinámicas intelectuales de ambos, para posteriormente elaborar un análisis de sus más destacados y predilectos medios de expresión. Cabe resaltar que una vez sean examinadas las trayectorias intelectuales de los personajes que van a protagonizar la parte final de esta investigación, solo quedaría por confirmar cuáles de esas dinámicas serían objeto de análisis, por medio de las cuales se van a tratar a llevar a la práctica las teorías y conceptos en la primera parte desarrolladas.

[197] Andrés Botero-Bernal, "Saberes y poderes: Los grupos intelectuales en Colombia", *Pensamiento Jurídico* 30 (2011): 182.

Si bien se tiene consciencia de que quizá lo correcto metodológicamente, y sobre todo, lo más enriquecedor para el lector sería en primer lugar, hacer un minucioso trabajo de análisis de prensa[198], para posteriormente, derivado de dicho análisis, examinar una misma temática en ambos intelectuales, para extraer de su estudio puntos de encuentro y desencuentro de las posturas tanto de cada uno de ellos, como de los partidos que representan, las actuales condiciones pandémicas en las que se escribe este trabajo, que repercuten sobre todo el globo terráqueo, son un verdadero obstáculo para el acceso a la fuente primaria, parte fundamental para el desarrollo de esta parte final de la investigación, por lo que nos vimos obligados a desarrollar este último capítulo de la siguiente manera: en primer lugar, en lo que a Laureano Gómez como vocero del conservatismo corresponde, se van a tratar una serie de discursos y artículos de su autoría, publicados entre 1932 y 1942 en algunos de los más representativos medios de comunicación conservadores como lo son *El Colombiano, El País y El Siglo*, en los cuales Gómez se explaya críticamente sobre la realidad política y social del país por aquellos días, lo que nos va a permitir evidenciar cómo la oposición de la República Liberal, concebía temas tabú como la libertad, el comunismo e incluso el liberalismo como tal. Por su parte, desde el sector liberal, con Arciniegas a la cabeza, consideramos pertinente analizar uno de los elementos, que como vimos cuando se habló en propiedad de la Revolución en Marcha, más trascendencia se le brindó por parte de la cúpula liberal y no es otro que el apartado educativo, en este caso personificado por el mismo Arciniegas, pues se va a realizar un análisis de su expresión por medio de la educación y para tal fin se van a tomar los reportes que el mismo hizo de su gestión ante el congreso como Ministro de Educación, su propuesta de reforma educativa publicada bajo el título de *La universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la Cámara de Representantes* y el libro derivado de dicho proyecto de reforma que se tituló como *El estudiante de la mesa redonda*.

[198] "La prensa es una de las instituciones más importantes de la sociedad moderna. Allí es posible sociabilizar las ideas, generar opinión pública, fortalecer la identidad de los grupos y plantear todo tipo de debates. Ella relata las costumbres, acontecimientos e imaginarios de una sociedad, pues permite identificar la conformación de las ideas, de los estilos de pensamiento y de las ideologías de todos los grupos sociales. Esto la hace además productora de conocimiento sobre lo social y una fuente privilegiada". Shirley Tatiana Pérez Robles, *Inmorales, injuriosos y subversivos: La prensa liberal y socialista censurada durante la Hegemonía Conservadora (1886-1930)* Tesis de Doctorado en Historia, (Universidad Nacional de Colombia-Sede Medellín, 2017) 12.

4.1 Recorrido intelectual de Laureano Gómez

De Laureano, es posible apuntar que fue escritor desmedido, pues juntaba los rasgos inconfundibles del espíritu oposicionista y contradictorio, era dogmático, intolerante e irreverente y bastante soberbio. Director de *La Unidad*[199] en su juventud y de *El Siglo* en su adultez, se hizo acreedor del sobrenombre *El Monstruo* por los constantes ataques desde sus columnas hacia el liberalismo o todo aquello que tuviera si quiera un asomo de "rojo", con enunciados sentenciosos y argumentos plagados de silogismos que caracterizaron su estilo y que muchas veces escapaban a la lógica y estaban repletos de calumnias[200].

Desde muy temprana edad, Laureano Gómez mostró dotes críticos y el ánimo de contradecir a todo y a todos no escapo a los líderes de su partido[201] y los altos mandos de la Iglesia, pues sus turbios procedimientos investigativos lo conllevaron a denunciar todo tipo de abusos de la clase política. Respecto a su labor, y a la profesión del periodismo como tal, apuntaba lo siguiente en una de sus editoriales en *La Unidad*: "El periodismo sutura las rencillas, predica la abstinencia, pide pureza en la política o de lo contrario perecerá el partido"[202], aunque dicha pureza política no fue ejercida íntegramente por él, pues pasó también por ambigüedades, cuando por ejemplo, en 1911 apoyó tajantemente una ley[203] que atentaba contra la libertad de expresión y que sobre todo, puso en aprietos a la prensa liberal, al respecto comentaba: "Lucha grande y gloriosa fue la empeñada por la sociedad católica de Colombia contra el libertinaje de la prensa en el año pasado"[204], de igual manera, defendió decididamente la Ley de Prensa de 1911, con intención de frenar el libertinaje en razón de que: "como por encanto surgen de las prensas periódicos-cloacas que vierten sobre la sociedad escandalizada, especialmente en la capital, torrentes de la inmundicia moral más vergonzosa, de la impiedad más cínica y el anarquismo más amenazante: las hojas miserables tituladas *Don Quijote, Ravanchol, Chantecler, Thalia*,

[199] El periódico *La Unidad,* fue fundado por Laureano Gómez con apoyo de los jesuitas en 1909, siendo dirigido por él mismo y por ilustres personajes como Belisario Betancur.
[200] Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido: Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)* (Bogotá: Editorial Planeta, 2006) 64
[201] James D Henderson, *Las ideas de Laureano Gómez* (Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1985) 16.
[202] Cita de Guillermo Camacho Montoya en *Laureano Gómez: Un dominador político (*Bogotá: Revista Colombiana, 1941) 25.
[203] Ley 73 de 1910: "Los que por medio de escritos, grabados, pinturas, estampas o caricaturas denigren o ridiculicen a los ministros, entidades o símbolos de la religión católica pagaran una multa de sesenta a cuatrocientos pesos. Tales escritos, grabados, pinturas, estampas o caricaturas serán secuestrados preventivamente por el funcionario de instrucción cuando haya mérito para ello"
[204] Laureano Gómez, *La Unidad* (Bogotá) 6 de julio de 1911.

Zig-Zag y otras muchas, convertían esta Colombia cristianísima en una agrupación de ciudades malditas como Sodoma y Nínive"[205].

La tendencia natural de la prensa en los años de la República Liberal, era más protagonizar que ejercer de testigo de los hechos, puesto que generalmente siempre había algún editor o colaborador en campaña, por lo que además, no solo constituyó un medio de reivindicación de ideologías u hombres, también fungió como un mecanismo refractario, como en el caso de los periodistas de derecha, que, buscando su alianza para luchar en bloque contra la Revolución en marcha de Alfonso López, realizaron en Medellín en el año de 1935, el primer congreso de periodistas conservadores, convocado por fray Mora Díaz por entonces director de *El Cruzado* y que contó además con la participación de Silvio Aquilino Villegas y Mario Fernández de Soto en representación de *El País* y por supuesto, de Laureano Gómez de *El Siglo*[206].

Desde *La Unidad* y *El Siglo*, Laureano no daba respiro al liberalismo, pues, por ejemplo, desde la temprana edad de veintidós años, así se refería a los cargos desempeñados por las ya consagradas glorias del liberalismo: "El señor Uribe Uribe, trocó los arreos militares de la guerra fratricida por el bordado *frac* del diplomático, el que paseó por las repúblicas suramericanas con su fanfarronería característica, y que le fue otorgado a trueque de su apoyo a sus elogios al general Reyes"[207]. Se expresaba entonces Gómez muchas veces con ataques viles, pues la calumnia era de una de sus armas predilectas, lo que generaba directa reacción de sus adversarios, como por ejemplo Luis Vidales, que, desde *Jornada*, así se refería a su adversario: "Pero hay un *Tartufo* que resultó la tapa de todos. Custodio de la moral, Cancerbero de los dineros públicos, Fiscal de la República, Censor Nacional, Catón Honorario, durante treinta años mantuvo su cátedra de pureza. Parecía un cuáquero. Un puritano. A veces asomaba en el algo así como un filisteo; en ocasiones un fariseo de los que Cristo llamaba 'sepulcros blanqueados', muy compuestos por fuera y hervidero de gusanos por dentro"[208]. La prensa que había sido sectaria durante aproximadamente 45 años de hegemonía conservadora, alcanzó durante la República Liberal sus más altos índices de ferocidad, en gran medida gracias a los constantes enfrentamientos entre Laureano Gómez y el liberalismo.

[205] Laureano Gómez, *La Unidad* (Bogotá) 18 de mayo de 1911.
[206] Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido: Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)* (Bogotá: Editorial Planeta, 2006) 43.
[207] Laureano Gómez, *La Unidad* (Bogotá) 1 de abril de 1911.
[208] Luis Vidales, *Jornada* (Bogotá) 15 de diciembre de 1948.

Fue con el gobierno de la República Liberal, que afloraron todos los demonios del comunismo y para exterminarlos se fundaron periódicos como *La Razón*, de Juan Lozano o *El siglo*, de Laureano Gómez y desde allí, se libró una cruenta guerra contra todo aquello que si quiera asomara ser rojo, como por ejemplo, cuando salió la revista *Estampa*, Gómez inició una cruzada difamatoria desde el ya mencionado *Siglo*, tachándola de comunista y a sus dueños de ejecutar contrataciones irregulares con la editorial oficial Bolívar, sacando ventaja de su relación con el presidente Santos[209]. Por su parte, a Laureano, y más concretamente al periódico *La Unidad*, se le criticó fuertemente desde la segunda década del siglo XX (sobre todo Benjamín Palacio Uribe director de *Gil Blas*), su afinidad germanista, pues se aseguraba que este recibía compensación económica mensual por su apoyo y propaganda al imperio del Káiser y cierto fue que, durante la Primera Guerra Mundial, en *La Unidad* se expresó con vehemencia el anhelo por la victoria germana[210]. Aunque si bien es posible hallar en eventos internacionales como la Guerra Civil Española, uno de los principales ítems de división de la prensa colombiana en el primer tercio del siglo XX, pues, por un lado, la prensa conservadora más recalcitrante tomo partido por el Movimiento Nacionalista de Franco; mientras que la prensa liberal se asoció de manera inmediata con la causa republicana de Manuel Azaña; los móviles de las disputas periodísticas y del accionar intelectual seguían siendo netamente nacionales y Laureano Gómez, quien había sido de los primeros en manifestar su apoyo al franquismo, fundó *El Siglo* [211] precisamente al inicio del conflicto español en 1936, pero principalmente lo hizo para hacer frente al proyecto de la Revolución en Marcha de Alfonso López Pumarejo, a quien veía como una clara amenaza del comunismo.

La política por tanto, constituyó en Laureano Gómez quizá su medio de expresión predilecto, si se tiene en cuenta que, si bien, indudablemente la prensa fue el medio más empleado por intelectuales y políticos colombianos en la primera mitad del siglo XX, por medio de sus periódicos era por donde se reproducían la mayoría de sus discursos, tanto parlamentarios como a la opinión pública, como por ejemplo en 1926, cuando no solo se refirió a la recientemente aprobada pena de muerte en 1925, sino que también hizo un análisis tanto de la sociedad como del aparato judicial mismo: "No soy partidario de ella,

[209] Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido: Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)* (Bogotá: Editorial Planeta, 2006) 110.
[210] Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido: Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)* (Bogotá: Editorial Planeta, 2006) 117.
[211] El periódico fue fundado por Laureano Gómez y José de la Vega en 1936 y pasó a llamarse en la década del noventa como *El Nuevo Siglo.*

pues considero que el estado cultural de nuestro pueblo y la preparación de los magistrados colombianos no están a tono con un problema tan serio. Los jueces no tendrían valor para mandar al patíbulo a un reo encumbrado, por su posición social o pecuniaria. Y solo irán al cadalso los pobres diablos enchichados, ignorantes, inconscientes muchas veces del crimen cometido"[212].

Esa inviabilidad cultural a que hacía referencia Gómez, la refrendaría dos años más tarde, cuando el 5 de junio de 1928, en conferencias dictadas en el Teatro Municipal, habló en términos apocalípticos sobre como la constitución étnica de los colombianos era por sí misma, un freno al desarrollo del país, pues la mezcla de españoles, indios y negros era desastrosa para los intereses nacionales[213]; al respecto apunta Juan Carlos Ruiz Vásquez: "Tanto Laureano Gómez como Hitler apuntaban a una misma conclusión: el mestizaje era la corrupción de los pueblos"[214]. Gómez, no está por demás señalar, fue de los que criticaba a Jorge Eliecer Gaitán por su fenotipo negro e indígena y lo llama el "aborigen".

Pero la cuestión étnico-racial no se limitaba en Laureano a los naturales colombianos y una vez más, por medio de la prensa, se refirió al tema en 1938 por medio de *El Siglo*, esta vez para atacar a los comerciantes judíos, que por aquellos días eran culpados de la mayoría de las desgracias del país, como las huelgas obreras o las pérdidas económicas generadas a los comerciantes y trabajadores nacionales y decía en la editorial del 14 de junio que el país estaba lleno de "judíos perniciosos, agentes de maquinaciones ocultas y rateros, que aumentan cada día en proporciones fantásticas, sin que el gobierno proponga coto a la situación"[215], donde además también señalaba, que el comercio de las principales ciudades del país estaba en manos judías y que propiamente en Bogotá se habían tomado para si la avenida de la República. Por demás no está anotar, que, para la tardía fecha de 1959, German Arciniegas con intención de suprimir los fanatismos y los odios políticos y religiosos derivados de las ya mencionadas disputas raciales, promovió un programa de inmigración, que pretendía traer a Colombia medio millón de europeos en un lapso de 20 años[216].

---

[212] *Mundo al día*, 11 de diciembre de 1926.
[213] Laureano Gómez, *Interrogantes sobre el progreso de Colombia: conferencias dictadas en el teatro municipal de Bogotá* (Bogotá: Editorial Revista Colombiana, 1929).
[214] Juan Carlos Ruiz Vásquez, *Leopardos y tempestades. Historia del fascismo en Colombia* (Bogotá: Javegraf, 2004) 195.
[215] Laureano Gómez, *El Siglo* (Bogotá) 4 de junio de 1938.
[216] Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido: Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)* (Bogotá: Editorial Planeta, 2006) 163.

Esa cruda manera de manifestar las cosas y de no constituir para nada lo que podría considerarse como "políticamente correcto", la explicó en 1940 el mismo Laureano, de nuevo por medio de la prensa, cuando habló para *El Tiempo* sobre sus creencias políticas, en entrevista concedida a Luis E. Peña, al respecto decía: "¡Yo no soy un político! Es un error creer que lo soy. Mi preparación intelectual y espiritual fue precisamente la más contraria a las actividades políticas. Aficionado a las matemáticas; amigo sincero de las investigaciones científicas, en los primeros años de mi juventud estuve profundamente divorciado de la política y de los políticos. No soy un táctico; no conozco la estrategia; no poseo el sentido previsor que permite conocer la medida y el alcance de mis palabras o de mis actos en la vida pública. Obedezco a los impulsos de una sinceridad que no tiene límites, sin buscar determinados resultados. Por eso no soy un político"[217]. Sin embargo, y pese a no considerarse político, el periodismo estuvo de la mano con la política en la vida de Laureano, pues desempeñó cargos como: Representante a la Cámara y Diputado de la Asamblea Departamental de Cundinamarca (1911), Embajador en Argentina (1923), Ministro de obras públicas (1925), Diputado a la Asamblea departamental de Santander (1927), Ministro plenipotenciario en Alemania (1930), Senador de la República (1931 – 1935 y 1939 – 1945) y Presidente de la República de Colombia (1950-1951).

Coincidieron nuestros personajes no solo en la labor periodística, al plasmar en la prensa sus ideales y convicciones políticas, sino también en el ámbito editorial, pues por un lado, Arciniegas fundó Ediciones Colombia en la segunda década del siglo XX, que administraron personajes como Roberto García-Peña, Jaime Barrera Parra y Hernando Téllez, desde donde se editaba la revista *Universidad* y posteriormente en los años treinta, se publicaron poco más de treinta títulos de autores nacionales[218]. Laureano por su parte, constituyó la *Revista Colombiana*[219] en fondo editorial y publicó la obra de pensadores colombianos conservadores. No está por demás apuntar, que cuando la publicación vio la luz en 1933, el primer artículo del primer número, fue un análisis del mismo Laureano Gómez sobre el ascenso de Hitler a la cancillería alemana y el devenir del movimiento fascista[220].

[217] Luis E Peña, *El Tiempo* (Bogotá) 30 de septiembre de 1940.
[218] Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido: Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)* (Bogotá: Editorial Planeta, 2006) 350.
[219] La revista fue fundada en 1933 por Laureano Gómez y José de la Vega (ambos conservadores), fue dirigida en sus últimos años por Álvaro Gómez Hurtado y cerró definitivamente en 1943.
[220] Laureano Gómez, *Hitler y la enseñanza de Fichte* (Bogotá: Revista Colombiana, 1933).

4.2 Recorrido intelectual de Germán Arciniegas

Para hablar de German Arciniegas, hay que empezar por apuntar que sus espacios para el dialogo y los lugares desde donde haría eco en la opinión pública colombiana, fueron sin duda alguna las revistas culturales, dentro de las cuales dirigió y fundó algunas de ellas, como por ejemplo: *La Voz de la Juventud* (1919-1920), *Universidad* (1921-1922 / 1927-1929), *Revista de las Indias* (1939-1944), *Revista de América* (1945-1957), *Cuadernos* (1963-1965) y *Correo de Los Andes* (1979-1989). Al igual que Laureano Gómez, Arciniegas, desde temprana edad, se convirtió en un referente de sus convicciones, principalmente de la causa estudiantil, pues desde la fundación de *Universidad*, fue no solo representante de los intereses estudiantiles colombianos, sino también latinoamericanos, lo que posteriormente derivó en otra de sus pasiones, la cultura latinoamericana, convirtiéndose también en vocero del 'Americanismo', eje de sus treinta y seis libros publicados en vida[221], siendo los más representativos: *Este pueblo de América* (1945), *América Mágica* (1959 – 1961), *El continente de los siete colores* (1965), *América en Europa* (1975) y *América es otra cosa* (1992).

Para la segunda década del siglo XX, Arciniegas ya hacía parte de *El Tiempo*, más precisamente como director del suplemento canónico creado en 1913 por Eduardo Santos titulado *Lecturas Populares*, posteriormente renombrado como *Lecturas Dominicales* en 1915, que con más de veinte páginas, circulaba todos los sábados y comprendía mayoritariamente información política nacional e internacional, con el añadido de una sección literaria[222] y se distinguiría, al menos hasta el inicio de la dictadura de Rojas Pinilla, por su carácter humanista de gran nivel intelectual, con participes que defendían los postulados del liberalismo sin alejarse necesariamente de la Iglesia o de Dios mismo.

El periodo comprendido en las dos épocas de *Universidad*, lo desarrolló Arciniegas mayoritariamente en el ámbito local (colombiano) intelectual, y sería solo posterior a 1930 con su nombramiento de vicecónsul en Londres, que desplegaría su acción intelectual por Europa, Estados Unidos, Argentina y Colombia, desempeñándose como periodista, profesor, diplomático y escritor. Estando en Londres, por ejemplo, fue elegido miembro de la Cámara de Representantes en nombre de los estudiantes y allí

[221] Paula Andrea, Marin Colorado, *Un momento en la historia de la edición y de la cultura en Colombia (1925-1954). German Arciniegas y Arturo Zapata: Dos editores y sus proyectos* (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2017) 1.
[222] Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido: Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)* (Bogotá: Editorial Planeta, 2006) 126.

presentó un proyecto de reforma universitaria del que posteriormente derivaron dos publicaciones en forma de libros, primero, *La universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la Cámara de Representantes* y luego *El estudiante de la mesa redonda*, ambos de 1932. Desde la revista *Universidad*[223], desempeñó un claro compromiso político con las teorías socialistas que por aquellos años se abrían paso en la realidad hermética y conservadora latinoamericana y junto con la visión de los Nuevos y los Centenaristas, la revista promulgó que las nuevas generaciones encarnaban por sí mismas el socialismo y que además buscaban ejecutar sus postulados en los partidos de vanguardia y ante propuestas tan controversiales como de López Pumarejo de trifurcar el liberalismo en derecha, centro e izquierda, *Universidad* mostró afecto por el socialismo de izquierda encabezado por H. G. Wells[224].

En el ya mencionado año de 1932, Arciniegas fue nombrado jefe de redacción en *El Tiempo* y posteriormente ocupó el cargo de director, una vez planteada la candidatura presidencial de Eduardo Santos. Respecto de su nombramiento como director de *El Tiempo* en reemplazo de Eduardo Santos, luego de dirigir su revista *Universidad*, en *Anacleto* se apuntaba: "Un pollino, un pisco que ni siquiera es bachiller ha sido elevado a la categoría de director de *El Tiempo*"[225]. Sin embargo, a diferencia de Laureano Gómez, que despertaba enemistades e iras exacerbadas, Arciniegas fue más proclive a recibir comentarios positivos, por ejemplo, así lo retraba Alberto Lleras Camargo: "La primera vez que me puse en contacto con German, tenía el brusco aspecto que un futbolista uruguayo. Era ya el movedor de los otros, el que echaba adelante a los compañeros, el que los alistaba diariamente, en lugar en lugar de hacerse a la cabeza, como solían presuntuosos amigos del aula. Sentía una extraña alegría en ser notario de los éxitos ajenos, y su quijada jocunda temblaba de emoción cuando alguno de sus tácitos apadrinados tenía un triunfo o se batía con nobleza"[226].

Por lo tanto, y por extensión, Arciniegas no solo dedicaba sus líneas en prensa a la política o a cuestiones sociales, pues también se dedicó a hablar de sus contemporáneos, claro está, sin la crudeza ni la ferocidad de Laureano Gómez, por el contrario, con sutileza, atacaba por ejemplo, desde su columna Anécdota, de *Cromos*, la egolatría del escritor

[223] Fundada por Arciniegas en 1921, la *Revista Universidad* cesó sus actividades en 1922 para luego tener una segunda etapa entre 1927 y 1929, se caracterizó por tener una línea editorial flexible, pasando desde la política y la literatura hasta los movimientos estudiantiles que representaba su director.
[224] Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido: Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)* (Bogotá: Editorial Planeta, 2006) 100.
[225] *Anacleto* (Bogotá) 5 de marzo de 1937.
[226] Alberto Lleras Camargo, *El Tiempo* (Bogotá) 3 de diciembre de 1929.

José María Vargas Vila, recién llegado al país luego de exitoso paso por el exterior, al respecto, comentaba Arciniegas: "Deja atrás de su vida 48 libros afortunados, porque han hecho la fortuna del autor, la riqueza de algunos libreros baratos, y el encanto de cierto nivel intelectual, de cierta burguesía del pensamiento"[227].

Al igual que Laureano Gómez, Arciniegas también alternó el ejercicio intelectual con la política, aunque tenía reticencias en aceptar puestos oficiales ya que consideraba que estos mermaban sus capacidades como escritor y solo los aceptaba por física necesidad[228] y ocupó los cargos de Vicecónsul en Londres (1929), miembro de la Cámara de Representantes por los estudiantes (1932 reelecto en 1938), Canciller de la Embajada colombiana en Argentina (1940), Ministro de Educación (1941 – 1942 y 1945 – 1946), Senador de la República (1958), Embajador de Colombia en Italia (1959); Israel (1962); Venezuela (1967) y el Vaticano (1976). Como ministro de Educación, sus más notables gestiones pueden encontrase en, por ejemplo, la inauguración del Museo del Arte Colonial en Bogotá el 6 de agosto de 1942, la firma de la ley que creó el Instituto Caro y Cuervo o el establecimiento de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana[229]. Esta última, se considera como la materialización del proyecto de popularización de la cultura impulsado por los intelectuales que hicieron parte de los gobiernos de la República Liberal, en la medida en que se cambió la percepción de las ediciones oficiales y en general del libro como objeto y demostró como el Estado era imprescindible para la consolidación de un campo editorial nacional[230], lo que a su vez generó un interés permanente de los lectores por conocer la historia y la literatura del país y por extensión los libros de esos temas, fungían como generadores de conexiones reales y simbólicas entre la sociedad y el Estado mismo[231], a manera de sentirse parte de un mismo territorio y de pertenecer a una historia en común.

Finalmente, otra de las facetas ampliamente desarrolladas por Arciniegas fue la de profesor, que, gracias a su periplo global derivado de sus cargos político-diplomáticos, la ejerció no solo en Colombia sino también alrededor del mundo. Para 1925 por ejemplo,

---

[227] German Arciniegas, *Cosmos* (Bogotá) 29 de marzo de 1924.
[228] Antonio Brugés Carmona, "Reflexiones sobre el arte popular" *Revistas de las Indias* (1946): 135.
[229] Arciniegas se inspiró para tal proyecto en el Fondo de Cultura Económica de México. Véase: Germán Arciniegas, *Memoria del señor ministro de Educación Nacional al congreso de 194* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1946) XLVIII – LIX.
[230] Paula Andrea, Marin Colorado, *Un momento en la historia de la edición y de la cultura en Colombia (1925-1954). German Arciniegas y Arturo Zapata: Dos editores y sus proyectos* (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2017) 33-34.
[231] Renán Silva, *República liberal, intelectuales y cultura popular* (Medellín: La Carreta Editores, 2005) 94.

fue nombrado profesor de Sociología en la Universidad Nacional, dictó cursos de Historia Suramericana en la Universidad de Columbia en Nueva York en 1942, en 1948 fue nombrado catedrático de literatura hispanoamericana en la misma universidad y finalmente en 1955 fue nombrado allí profesor titular, para 1943 dio clases en el Institute of International Relations de California, en 1944 fue profesor visitante de la Universidad de Chicago y en 1979 fue nombrado Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes de Bogotá[232].

4.3 Laureano Gómez: a toda costa contra la barbarie

Para Laureano Gómez su principio fundamental de vida estaba constituido por la religión católica, que junto con su moral y el hispanismo donde hallaba su génesis, conformaban la fórmula perfecta para la base ideológica de todo político y por extensión, era a su vez, el cimiento y punto de partida para todo buen gobierno. Todo este ideario, se vio amenazado con el apogeo internacional de las ideas consideradas de izquierda, gracias en gran parte a los sucesos de la Revolución Rusa de 1917, por lo que conviene analizar cuál fue la posición y el pensamiento de Gómez en el rebatimiento que sufrieron sus verdades absolutas cuando en Colombia adquirió primacía política el Partido Liberal con su victoria en los comicios presidenciales de 1930.

4.3.1 Laureano Gómez y la Religión Católica

Laureano Gómez, hijo de su tiempo, personifica todos y cada uno de los aspectos que mencionamos anteriormente como inherentes a los intelectuales de la hegemonía conservadora. El legado cultural español y la religión (con su moral y sus valores cristianos), constituyeron parte fundamental de su discurso y de su accionar político, pues según su punto de vista[233], la filosofía católica proporcionó a la raza humana, un cúmulo de normas y leyes perfectas, que, inspiradas en la divinidad, debían ser cumplidas y ejecutadas a cabalidad por el hombre, so pena de exponerse a condenas tanto colectivas como personales. No era raro entonces, encontrar en 1938, con la revolución en Marcha

[232] Juan Gustavo Cobo Borda, *Germán Arciniegas* (Bogotá: Procultura S.A., 1992) 135-161.
[233] James D. Henderson, *Las ideas de Laureano Gómez,* (Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1985) 184.

en su apogeo, discursos suyos con pasajes como el siguiente, donde así se refería a la Reconquista y Conquista española:

> Formidable aquella concentración de fuerzas espirituales y materiales por tan largo periodo, necesaria al pueblo español para reconocerse y para sacudir el yugo mahometano que le había sido impuesto. Como si intentara, concluida la gesta de la reconquista, tener suficiente acopio de poder y de cultura, para cumplir la mayor empresa que la humanidad ha realizado. Y así sucedió, porque el designio providencial hizo coincidir el descubrimiento de América con el termino feliz de la guerra contra la morisma, y el reino, unificado bajo los católicos cetros, pudo dilatar su influjo sobre el orbe terrestre con una energía tan grande, que en pocos años pasó del abigarrado conjunto de estados diminutos y desatendibles, a la categoría principal, fundando un imperio español harto más vasto y universal, en un sentido mucho más elevado, que el Sacro Romano Imperio[234].

Y si bien apuntamos en el capítulo anterior que uno de los elementos también más característicos de los intelectuales conservadores era la falta de revisionismo crítico tanto del legado como de la cultura española en sí, encontramos en ese mismo discurso, no una catarsis exhaustiva de tal cuestión, pero si una resignada actitud ante la ineficaz administración española, al respecto comentaba: "Y vimos aquella fabrica prodigiosa en su cénit, en el majestuoso funcionamiento de su colosal estructura, en su imperceptible declinación inicial y luego en la dilatada parábola descendente de una decadencia que parecía irremediable. Son trescientos años de agonía, de esterilidad, de penuria del espíritu y de flaqueza material. La parábola seguía en descenso año tras año, tan hondo, tan bajo, que, hijos amantes de la madre descaecida, sentíamos pena de aquella grandeza derrumbada, gustábamos el acíbar de esa majestad hecha pedazos"[235].

Sin embargo y pese a la reconocida decadencia del imperio (posteriormente república española), Laureano continuaba hallando en el hispanismo la guía moral e ideológica del colombiano, e incluso dejaba caer sobre los hombros del ciudadano de a pie, la culpa de no poder extraer nada útil o positivo de una ya decadente cultura: "El peregrino suramericano, ávido de una poderosa conducción ideológica, desconcertado en medio de las contradicciones e incertidumbres del mundo contemporáneo, conocía y admiraba la certeza luminosa con que antaño se dirigía el universo desde España y tenía el convencimiento de que si el árbol gigantesco no daba frutos, no era por anemia de la savia, tan rica ahora como en los días antiguos, sino por la torpeza del jardinero"[236].

---

[234] Discurso pronunciado por Laureano Gómez el 29 de enero de 1938, con motivo de la inauguración del Centro Nacionalista, centro cultural que tuvo por objetivo difundir la cultura hispánica en Bogotá. Laureano Gómez, "Decadencia y grandeza de España", *Revista Colombiana* 9.25 (1938).
[235] Laureano Gómez, "Decadencia y grandeza de España", *Revista Colombiana* 9.25 (1938).
[236] Laureano Gómez, "Decadencia y grandeza de España", *Revista Colombiana* 9.25 (1938).

4.3.2 Su concepto sobre las ideas de izquierda

Gómez encontraba como causal del declive español, las ideologías de izquierda (tan prosperas por aquella tercera década del siglo XX), que según él eran sumamente nocivas para el juicio moral de las cosas y además solo contribuían a la ruina "porque lo que usurpaba la función de intelectualidad española había sustituido el pujante, completo, creador y prolífico sistemas de las afirmaciones de los siglos de oro por un conjunto de negaciones resentidas, sistemáticas, estériles, sin savia sin aliento de vida"[237]. Y si anteriormente, se mencionó que no tenía reparo en atacar directamente desde su juventud, a glorias consagradas del liberalismo colombiano, internacionalmente tampoco hubo excepción, pues así se refería a los que consideraba principales exponentes de las ideologías de la izquierda española: "Y por ser quienes fueron y como fueron, por haber cegado los puros manantiales vernáculos para beber licor extranjero trasvasado en botijuelas presuntuosas, fueron castigados con la esterilidad y disminuidos hasta volverse imperceptibles […] pues España, dirigida por ellos, no contaba en el mundo del espíritu sino como gloriosa reminiscencia y por lo poquísimo que de lo pasado subsistía[238].

Por lo tanto, no resulta rara la simpatía de Laureano con el bando sublevado de la Guerra Civil española, pues el anticomunismo desarrollado durante la guerra y la posterior ideología nacional-católica (expreso nacionalismo centralista e influencia de la Iglesia tanto en la política como en los demás aspectos de la vida en sociedad) desarrollada por Francisco Franco en la dictadura, coincidían con sus convicciones y al respecto apuntaba sobre la inminente victoria del bando nacional: "El mundo, acostumbrado a no saber nada de España y a no ocuparse en lo mínimo de aquella nación en lastimosa decadencia, hace visto obligado a seguir ahora los gloriosos episodios de la epopeya colosal. La península volvió a tener de improviso una significación ecuménica y otra vez, como en la edad media, España es diputada por Dios en el principio de esta era histórica, para la salvar la divina civilización de Cristo de la furiosa acometida de la barbarie"[239].

Hay que tener en consideración, que para 1938, año en que se pronunció el discurso al que brindamos protagonismo en párrafos anteriores, teníamos a un Laureano

[237] Laureano Gómez, "Decadencia y grandeza de España", *Revista Colombiana* 9.25 (1938).
[238] Laureano Gómez, "Decadencia y grandeza de España", *Revista Colombiana* 9.25 (1938).
[239] Laureano Gómez, "Decadencia y grandeza de España", *Revista Colombiana* 9.25 (1938).

a la defensiva, pues, en primer término, en el plano internacional, desde 1917 con la Revolución Rusa, habían tenido una paulatina y progresiva acogida en el mundo las ideas socialistas, que a su vez por efecto dominó, se agrupaban ahora junto con las ideas liberales[240] y de izquierda en general, bajo el concepto de "rojas" y por otro lado, en el ámbito nacional, desde 1930, año en el que se puso fin en las urnas a la Hegemonía Conservadora, el conservatismo había sido relegado a un segundo plano en detrimento del Partido Liberal, que ahora encabezaba el gobierno, y así se expresaba Gómez: "La entrega pacifica del poder público por el conservatismo en acatamiento del resultado de las urnas y de lo que disponen para el caso las normas jurídicas con que él dotó a la república, ha sido el acontecimiento culminante y el más glorioso de la historia contemporánea de nuestra colectividad. Con él quedó demostrado que nuestros principios de asentimiento a la autoridad de las leyes eran y serán profesados con una lealtad que soporta la acida prueba, dolorosa y acerba, del abandono de posiciones que se conquistaron tras larguísima brega y fueron defendidas durante nueve lustros de cruentos sacrificios inenarrables"[241].

Por tanto, para Laureano, el Partido Liberal colombiano no era más que un partido de gobierno vacilante y azufrado de procederes incorrectos, que solo ignoraba el objeto primordial de la institución que representaba, el cual era "dar amparo a la vida, la honra y los bienes de los ciudadanos", por lo que le correspondía al conservatismo "exhibirlo (al Partido Liberal) como es, pues descubiertos están sus artificios y conocidas sus asechanzas" [242] y no cabía tampoco duda en su elucubración, de que el Partido Conservador debía ser la colectividad que rigiera el país pues:

> El conservatismo tiene un tesoro ideológico y sentimental que se constituye por las creencias religiosas más puras de la humanidad; se enorgullece de las doctrinas morales más sanas y generosas de las teorías jurídicas más acordes con la naturaleza y la dignidad humanas […] El Partido Conservador es, ante todo, el partido de la razón, cuya luz procura que ilumine sus decisiones. Por eso en la mente del conservador surge, antes que ningún otro, el concepto del deber, que se ordena lógicamente hacia Dios, la patria y la sociedad como primeros términos de sus propósitos. Por eso reconoce que la religión católica es el factor irremplazable de la más alta cultura humana"[243].

[240] Al respecto comentaba Laureano: "Los principios liberales, ahora en nuestro país preponderantes, que parecen no haber tenido nunca acaso en el mundo virtualidad constructiva sino destructora, quizá sin significado ni contenido permanentes y con la adopción de la aparición de las ideas, y partidos de izquierda, han terminado su misión y debe desaparecer por una ley biológica". Laureano Gómez, "El genuino conservador", *El País* (Bogotá) 12 de septiembre de 1932.
[241] Discurso de Laureano en la convención conservadora de Chía, Cundinamarca, el 11 de septiembre de 1932. Laureano Gómez, "El genuino conservador", *El País* (Bogotá) 12 de septiembre de 1932.
[242] Laureano Gómez, "El genuino conservador", *El País* (Bogotá) 12 de septiembre de 1932.
[243] Laureano Gómez, "El genuino conservador", *El País* (Bogotá) 12 de septiembre de 1932.

Pese a su oratoria dogmática, hubo pasajes (sobre todo al inicio de la República Liberal), donde se pudo ver un Laureano conciliador, que, si bien no dejaba de lado sus convicciones, profesaba un discurso de una naturaleza no tan agresiva contra el liberalismo, como en enero de 1933, cuando con intención de frenar la violencia en Santander, invitaba al liberalismo a trabajar de la mano en los siguientes términos:

> Y desde esta región, consagrada por un largo martirio, a nombre de los jefes de mi partido, ofrezco al jefe del Estado y al jefe del partido liberal[244] nuestra colaboración sincera y calurosa para la pacificación de los espíritus. ¿Qué ofrecemos? Respeto y acatamiento a las leyes, obediencia leal y franca a las autoridades legítimas, cumplimento de lo que exigen los preceptos de la fidelidad y los del honor y hombría de bien. Vencido el partido conservador en unos comicios populares, acepta esa situación, en acatamiento a los principios democráticos que profesa, sin intentar modificarla en modo alguno por medios ilegales y violentos; repudia las soluciones o represalias de la fuerza y confía firme, tranquilamente, en algo que pudiera llamarse el proselitismo moral de sus ideas y principios, en cuyas verdad y bondad tiene fe que no vacila[245].

A cambio de tan generosa oferta de unidad, Laureano no pedía más que el respeto de los derechos individuales esenciales y con ellos la plena garantía, de que ningún ciudadano fuese perseguido ni castigado por su adhesión a los principios conservadores, siendo por extensión la libertad, un concepto ampliamente tratado en aquellos días por los conservadores y sobre todo por el mismo Laureano, quien paradójicamente mientras su partido estuvo en cabeza del gobierno a principios del siglo XX fue, como expusimos anteriormente, uno de los principales promotores y defensores de la polémica y por demás censuradora ley de prensa 73 de 1910, pero que ahora se expresaba en los siguientes términos: "Reclamamos y pedimos con instantes solicitaciones, de las que ninguna situación de violencia nos hará desistir, garantías eficaces para el ejercicio de nuestros derechos civiles. Necesitamos libertad para exponer nuestras ideas y defender los principios de enseñanza sociales y políticas que de ellas derivan"[246].

Tolerancia y libertad, conceptos evocados por un hombre que tildó a un adversario político de *aborigen* por sus raíces étnicas y que apoyó abiertamente regímenes opresores como el de Franco, son la prueba fehaciente de que la intelectualidad está mediada por los extremos de las ideologías cualesquiera sean y por ende, su peso, es inversamente

[244] Enrique Olaya Herrera y Alfonso López Pumarejo, respectivamente.
[245] Laureano Gómez, "El genuino conservador", *El País* (Bogotá) 12 de septiembre de 1932.
[246] Laureano Gómez, "El genuino conservador", *El País* (Bogotá) 12 de septiembre de 1932.

proporcional al de las palabras con que se expresa, pues por ejemplo, el mismo hombre que apoyaba las causas ya mencionadas, una vez invertidas las fuerzas políticas en 1930, se expresaba de la siguiente manera: "Preciso es también que se modifique la mentalidad de los partidos políticos de la izquierda en el sentido de mayor tolerancia para ideas distintas de las que ellos profesan y defienden […] pues el Partido Conservador quiere ejercer sus actividades dentro del régimen legal, a la clara luz de la misma libertad que el otorgó a su adversario en tiempos de su predominio[247].

Conviene entonces, antes de continuar con el análisis de Gómez sobre la Colombia de la República Liberal, exponer cuál era su concepción de la política, o mejor, cuál era bajo su punto de vista, el correcto político. Para tal fin, nos vamos a valer de su discurso pronunciado en Medellín, el 18 de marzo de 1933 en el Teatro Junín, como parte de sus deliberaciones como diputado para la Asamblea de Antioquia, allí manifestó qué eran verdaderos políticos: "quienes fundan los principios de la política en los intereses de la sociedad entera, atribuyendo a gobernantes y gobernados deberes y derechos correlativos, confundiendo sus reglas con las de la moral, sin admitir otros limites que los que la concilien con la humanidad y la justicia"[248]. Acto seguido, en esa misma intervención, Laureano nos dejó plasmado la antítesis de esas últimas palabras y esto apuntaba sobre aquellos que no debían ser llamados políticos: "quienes consideran la política como un arte, cuyos preceptos no expresan sino los intereses personales e inmediatos de los gobernantes y no trata sino de un sutil juego entre los depositarios y los agentes del poder, ayudado de todo linaje de expedientes y de argucias para conquistarlo, y para conservarlo y extenderlo"[249].

No en vano menciona Gómez la moral en términos políticos, pues como se desarrolló anteriormente, la moral cristiana constituía uno de los pilares fundamentales del ideario conservador, y si bien afirmaba que "es verdad que la doctrina del "reino de los cielos" carece de enseñanzas directas sobre la conducta del individuo en el Estado, pues siempre se dirige a la conciencia individual en si mima"[250], inmediatamente resta importancia a dicho inconveniente, afirmando que: "A pesar de esta aparente indiferencia, la formación del criterio ético, en conformidad con la doctrina cristiana, tienen tan nítidos

[247] Laureano Gómez, "El genuino conservador", *El País* (Bogotá) 12 de septiembre de 1932.
[248] Laureano Gómez, "Un análisis espectral de los partidos políticos", *El Colombiano,* (Medellín) 18 de marzo de 1933.
[249] (Cita con aparente discordancia entre el plural y el singular, se transcribe tal cual la fuente). Laureano Gómez, "Un análisis espectral de los partidos políticos", *El Colombiano* (Medellín) 18 de marzo de 1933.
[250] Laureano Gómez, "Un análisis espectral de los partidos políticos", *El Colombiano* (Medellín) 18 de marzo de 1933.

perfiles, que la enseñanza política resulta por si sola y no se esquiva a la fácil pesquisa de una conciencia honrada"[251].

Todas estas deliberaciones, en cuanto a lo que verdaderamente constituía la política (o en su defecto, lo que en esencia debía ser un político) y en lo referente a la moral y al componente social de la política, tenían como principal objetivo, hacerles frente a las ideologías "rojas", insurgentes, pero ya desarrolladas en Europa, donde la cuestión de la propiedad privada, fue sin duda alguna, uno de los elementos que más revuelo causo en la esfera política del siglo XX y ante la supresión de ella en gobiernos comunistas, no se quedó indiferente Gómez y este fue su pensamiento al respecto: "y la hipótesis de que pueden encontrarse, formulas ingeniosas y eficaces para el mejoramiento social, fundadas en la injusticia, es tan inmoral, como erróneo. Ni se ha logrado hasta ahora presentar más que apariencias, ni estas se han logrado sino con el sacrificio perseverante y cruel, como ocurre en la Rusia Soviética, de todos los derechos humanos, aun los más preciosos, los primordiales, los más indispensables para una vida honrosa y digna"[252]. Para Gómez, el comunismo solo pretendía caracterizarse por su anhelo de mejoramiento social, pero para los conservadores, no era solo un principio de su programa, sino un verdadero imperativo de la conciencia derivada del deber religioso, o en sus propias palabras:

> (El mejoramiento social) Nos preocupa con un sentido fraternal y cristiano, y lo estudiamos y atendemos como parte del cumplimiento de un perenne deber. El conservatismo tampoco hace suya, por sí misma, la causa de los poderosos, pero sí la defensa de la propiedad contra un trato injusto; y por esto la elevada consideración de que la propiedad es una institución necesaria para el bien común, base, condición y soporte de todas las civilizaciones que han existido sobre la tierra, con aliento de prosperidad y no como fugitivos ensayos; sino porque sus titulares, como todos los seres humanos, son sujetos de derechos y no deben sufrir vejámenes inmerecidos[253].

En suma, tanto la política liberal como la socialista, no eran para Laureano más que amenazas para el correcto y armonioso desarrollo de la política colombiana, pues el constante irrespeto contra las convicciones religiosas del pueblo y, sobre todo, contra las instituciones de por sí ya aceptadas y caladas en el imaginario popular nacional, era una

[251] Laureano Gómez, "Un análisis espectral de los partidos políticos", *El Colombiano* (Medellín) 18 de marzo de 1933.
[252] Laureano Gómez, "Un análisis espectral de los partidos políticos", *El Colombiano* (Medellín) 18 de marzo de 1933.
[253] Laureano Gómez, "Un análisis espectral de los partidos políticos", *El Colombiano* (Medellín) 18 de marzo de 1933.

constante violación masiva y sistemática de los derechos fundamentales del pueblo colombiano.

Como se apuntó anteriormente, la problemática de las ideas de izquierda, no era para Gómez un problema netamente nacional, pues dedicó también gran parte de su análisis y su discurso a dicha problemática, pero a escala internacional, ya que no solo la cuestión ideológica o política estaba siendo según él corroída, sino también y principalmente, la cuestión moral, al respecto comentaba sobre el gobierno de Stalin de mediados de 1930:

> La civilización occidental ha tenido como fundamento el influjo de la revelación de Cristo y la grandeza principal sobre la tierra ha tenido como meta garantizar para los individuos como factores esenciales del Estado una mínima dosis siquiera de libertad, de garantías y de derechos. Pero en Rusia bajo estos sistemas que se llaman equivocadamente nuevos, pero que no son sino una nueva invasión de barbarie, todas esas libertades y todas esas garantías han sido extinguidas […] pues el menosprecio de las leyes, la voluntad que quiere sobreponerse a ella, que la desvirtúa, que la interpreta con malicia para obtener el predominio del capricho sobre el espíritu justo del legislador, no representan ni inteligencia, ni genio, ni cosa moral, ni cosa ninguna digna de aplauso [254].

Su idea de Estado, por tanto, al menos en su discurso, en una época donde su partido no estaba en el poder, estaba fundamentada y hallaba su verdadero sentido, en garantizar a cada persona el ejercicio de sus derechos fundamentales, donde la libertad tenía primacía sobre los demás, y donde quiera que se invirtieran esos términos o si quiera se amenazara con desaparecer las garantías o derechos de los individuos, no habría felicidad pública sino pública desgracia, como por ejemplo, en el gobierno de Enrique Olaya Herrera (1930-1934) donde: "La ruina fue el decreto implacable contra las regiones adictas a la doctrina conservadora y los criminales que realizaron la obra mil veces maldita de ensangrentar el territorio patrio, tuvieron seguros la impunidad, el premio y el ascenso. El gobierno anterior (el de Olaya Herrera), el más sangriento que registra la historia colombiana realizó ese propósito con singular y crudelísima perseverancia, el espíritu del partido conservador lo han aquilatado y acendrado"[255].

Para Laureano, por tanto, el liberalismo y su derivado, el materialismo dialectico, estaban en un callejón sin salida, pues había llevado a tal punto la descomposición de la persona humana, que había despedazado implacablemente la dignidad de los hombres y ante cualquier atisbo de conciencia individual, ese impulso natural de los hombres, solo

[254] Laureano Gómez, "Contra la tiranía, de derecha o de izquierda", *El País* (Bogotá) 29 de mayo de 1934.
[255] Laureano Gómez, "Invocación por respeto a la vida y a las ideas", *El Siglo* (Bogotá) 16 de marzo de 1936.

podía ser reprimido con la brutalidad estatal[256]. Esto, en contraposición a lo que él denominaba "los siglos cristianos", donde predominaba una doctrina que hizo posible la unión orgánica del hombre con la sociedad, donde había una colaboración constante y necesaria entre ambos para lograr los fines propios de seres inteligentes, todo esto posible, gracias a que se reconocía la dignidad del hombre y este dotado de alma espiritual, unida a su vez a un cuerpo terrenal, "constituía un "microcosmos" de más estima que todo el vasto mundo inanimado[257].

Precisamente el materialismo, fue otro de los frentes de disputas ideológicas de Laureano, que lo consideraba como el resultante del cadáver del liberalismo, pero con un sistema filosófico de mayores pretensiones, pues con mayor desparpajo que su inerte predecesor, presumía de dotar de un nuevo sentido la vida del hombre, bajo el sofisma de la voluntad general[258]. Era para Gómez, una lucha que no solo debía llevarse a cabo en tierras colombianas, era un mal que debía erradicarse del mundo, pues no podía en su concepto, imperar una doctrina que fuera en contravía de todos los presupuestos cristianos, lo que convertía dicha disputa, en un enfrentamiento dual de dos maneras de ver la vida, o en sus propias palabras: "Los dos extremos del campo de batalla están mantenidos, de un lado, por el concepto cristiano de la cultura y de la vida y, por el otro, por la doctrina cerradamente impía del materialismo histórico y de la preponderancia de los hechos económicos. La primera posición la defendemos los conservadores. La segunda, los comunistas"[259][260].

A su vez, hallaba Gómez una total incompatibilidad, entre lo que los presupuestos cristianos dictaban como correcto a la hora de afrontar diversos temas de la vida en sociedad y los oscuros postulados (para él) del comunismo, no solo porque estos últimos fueran una total aberración no solo para América Latina sino también para el mundo, sino

[256] Añadía Laureano al respecto: "Esa es la explicación de la horrenda crueldad con que el comunismo necesita sostenerse en los pueblos caídos bajo su maldito dominio. Nula la libertad, nulo el amor, a una promesa de igualdad se han sacrificado, libertad, independencia, honor". Laureano Gómez, "El espectro del comunismo", *El Siglo* (Bogotá) 30 de noviembre de 1938.
[257] Laureano Gómez, "El espectro del comunismo", *El Siglo* (Bogotá) 30 de noviembre de 1938.
[258] Laureano Gómez, "El espectro del comunismo", *El Siglo* (Bogotá) 30 de noviembre de 1938.
[259] Para Laureano los comunistas eran aquellos que "Irrumpen en la escena humana, no a discutir sino a imponer, no a realizar sino a enseñar el nuevo dogma, que lleva el respaldo de la opresión como razón suprema para que sea confesado. Son unos dogmáticos imperiosos, que no permiten que su creencia sea discutida, ni examinada siquiera. Se reconocen minoría pero afirman su resolución de dominar el género humano. Para la implantación de su sistema comprenden que la libertad humana es un estorbo y abiertamente declaran que son enemigos de la libertad". Laureano Gómez, "El espectro del comunismo", *El Siglo* (Bogotá) 30 de noviembre de 1938.
[260] Laureano Gómez, "El peor enemigo: el moderado", *El Siglo* (Bogotá) 8 de diciembre de 1938.

porque consideraba que culturalmente era imposible arrancar del ciudadano de a pie costumbres tan arraigadas de tanto tiempo atrás, al respecto comentaba:

> Hay una absoluta incompatibilidad entre el concepto de la vida cristiana y el de la vida comunista. Hay nociones fundamentales de nuestra cultura de que nos es imposible desprendernos y preferimos dejar la vida en la lucha antes que abandonarlas. La creencia en Dios, en la santidad e indisolubilidad de la familia, en el derecho de los padres a la educación de los hijos, la independencia de la persona humana en frente de la absorción estatal, las formas múltiples y magníficas como el conservatismo garantizó la libertad en diversas instituciones políticas y civiles forman un ideario de tal manera arraigado en nuestra inteligencia, que para defenderlo el buen conservador no vacila en acometer todos los esfuerzos hasta hacerlo triunfar[261].

Precisamente, consideraba Laureano que esa era una de las principales diferencias entre su partido y el actual partido de gobierno (1938), pues el Partido Liberal, presuroso de adoptar ideologías en apariencia revolucionarias, pero de facto totalmente inoperantes y contraproducentes para una sociedad como la colombiana, estaba atropellando y destruyendo todo lo que culturalmente había hecho grande al país, a diferencia del Partido Conservador, que su doctrina lejos de intentar acoplar ideas extranjeras, "es la adaptación cuidadosa, sabia y sincera de la filosofía cristiana a las condiciones antropogeográficas y etnográficas del pueblo colombiano. Es el conocimiento profundo y honrado de los principios cardinales de la dignidad de la persona humana y libertad de las almas que trajo al universo de la tierra la divina enseñanza de Cristo"[262].

De esta manera, Gómez veía al liberalismo, como una doctrina que debía inventar o descubrir, un criterio que reemplazara método filosófico y teológico cristiano, para despojar este ultimo de toda influencia en la vida en sociedad de la raza humana. Para tal cometido, por ejemplo, según el mismo Laureano, el concepto cristiano de la dignidad de la persona acreedora de derechos iguales, fue adulterado por la utopía liberal de la igualdad de la persona misma y el liberalismo al invocar ese falso principio de igualdad absoluta y natural de los hombres y sobre todo, al intentar que preponderara en el aparataje político, "engendró una forma horrenda de tiranía, que tuvo su primera demostración bajo el jacobinismo, cuando la guillotina a nombre de la igualdad, destruyó la libertad y ahogó en sangre la fraternidad"[263].

En concreto, la tiranía era sinónimo del liberalismo en el ideario de Laureano, en la medida en que, para él, ningún gobierno de corte totalitario, había resistido a la

[261] Laureano Gómez, "El espectro del comunismo", *El Siglo* (Bogotá) 30 de noviembre de 1938.
[262] Laureano Gómez, "Oración por la libertad", *El Siglo* (Bogotá) 13 de octubre de 1938.
[263] Laureano Gómez, "La bancarrota del liberalismo", *El Siglo* (Bogotá) 28 de noviembre de 1938.

tentación de justificarse con el intento de considerar a todos los individuos como iguales y esto era su vez un fracaso del liberalismo mismo, pues este en su concepto, nunca pudo equiparar la libertad física con la igualdad, lo que propiciaba que la primera destruyera la segunda. Esto, era solo una obsesión individualista que hacía que la igualdad no dependiera ya de factores espirituales, sino de las impredecibles circunstancias reales y físicas lo que a su vez derivaba en que ese equivocado concepto de igualdad primara sobre la libertad[264].

Sobre esa base esquemática y teórica de la igualdad de los individuos, el liberalismo impuso, en palabras de Gómez, la enajenación de los derechos de todos en favor de la colectividad, lo que pasó a constituir un nuevo dogma intransigente, impuesto por la fuerza, que no era otro que el dogma de la voluntad general[265]. Esa para Laureano, era la quiebra del liberalismo, pues considerando el derecho como derivado directo de la voluntad humana en la medida que se parta de una base, como la de que la razón individual es absolutamente libre, el liberalismo "quiso romper las estructuras básicas de la cultura cristiana, conservando los valores de la libertad, la igualdad y el amor, deducidos ahora de premisas simplemente racionalistas y naturalistas. Más no pudo engendrar sino el capitalismo"[266], a diferencia del credo del Partido Conservador, que abominaba no solo las libertades absolutas sino también el extremo individualismo, pues decía Gómez que de ellos había sido engendrado el capitalismo, el cual "subordinó la sociedad al uso egoísta del individuo, que muy luego se convirtió en abuso no cualquiera, sino el peor que registra la historia humana, bajo la pezuña de la bestia capitalista a que dio vida"[267].

4.3.3 Críticas a la Reforma Constitucional

Precisamente, esas garantías civiles, no hallaba otra forma de garantizarlas Laureano, que no fuera por medio de una Constitución acorde a la realidad de cada sociedad en específico, pues "la cultura política de un pueblo se concreta y se resume en su capacidad de tener una Constitución"[268], y para él, no había mejor Carta Magna que la de 1886 pues "Ella se equiparará con las mejores que haya producido el ingenio humano. Prodigiosa síntesis de la sabiduría política de mil generaciones, por sus cláusulas

[264] Laureano Gómez, "La bancarrota del liberalismo", *El Siglo* (Bogotá) 28 de noviembre de 1938.
[265] Laureano Gómez, "La bancarrota del liberalismo", *El Siglo* (Bogotá) 28 de noviembre de 1938.
[266] Laureano Gómez, "La bancarrota del liberalismo", *El Siglo* (Bogotá) 28 de noviembre de 1938.
[267] Laureano Gómez, "El espectro del comunismo", *El Siglo* (Bogotá) 30 de noviembre de 1938.
[268] Laureano Gómez, "La Constitución de 1886", *El Siglo* (Bogotá) 6 de agosto de 1936.

imperiales corre la mejor experiencia de la humanidad. En magnifico equilibrio supo reunir el orden a la libertad y adecuada como ninguna a las condiciones de la nación y de la raza, daba a la contextura nacional un fundamento dinámico. […] La Constitución de 1886 es una realización insigne de sabiduría social y política que enorgullece con justicia a quienes han nacido y crecido bajo su amparo"[269].

Dicha Constitución, fue el principal artífice según Gómez, en la eliminación de diversos factores de disolución y decadencia que padecía la nación, arrastrados desde la promulgación de la Constitución de 1863, pero sustituidos por la prosperidad y la mente abierta hacia el porvenir que caracterizaban la constitución conservadora, el país pudo transitar el camino hacia el progreso, fundamentado en una sociedad consolidada sobre las bases de la justicia, la caridad y de la paz[270]. Tal era su apreciación sobre la magnitud de la Constitución que ante la reforma constitucional que realizó el gobierno liberal en 1936 apuntaba lo siguiente: "Pura obra de barbarie y destrozo. No hay ninguna nueva garantía escrita en la Carta Fundamental, ningún derecho protegido mejor, ninguna muralla erigida contra el abuso del poder, ninguna seguridad ofrecida a los colombianos sobre la eficacia y pulcritud de la gente del gobierno. Muy al contrario, la llamada reforma consiste en borrar de la Carta las protecciones allí establecidas a ciertos principios esenciales para la civilización, la paz de las conciencias y la cultura civil que había dignificado la historia colombiana"[271].

El país para Gómez, no requería de dicha reforma, pues su fisonomía política estaba ya modelada por una constitución que para él, podía soportar con amplia ventaja la comparación con cualquiera otra que fuera considerada en alta estima por la sabiduría política de los hombres, pues allí no solo había formas de "eterna sabiduría" que garantizaban la libertad y el orden, sino que dotaba con ella a la sociedad, de sus derechos fundamentales, para asegurar la realización de las aspiraciones tanto individuales como colectivas de la nación[272].

Lo anterior según Laureano, era la manera en que se engrandecía la patria y era a su vez, una de las principales diferencias entre el conservatismo y el liberalismo[273], pues

[269] Laureano Gómez, "Invocación por respeto a la vida y a las ideas", *El Siglo* (Bogotá) 16 de marzo de 1936.
[270] Laureano Gómez, "La Constitución de 1886", *El Siglo* (Bogotá) 6 de agosto de 1936.
[271] Laureano Gómez, "La Constitución de 1886", *El Siglo* (Bogotá) 6 de agosto de 1936.
[272] Laureano Gómez, "El espectro del comunismo", *El Siglo* (Bogotá) 30 de noviembre de 1938.
[273] Decía Gómez del liberalismo: "El liberalismo ha conducido al mundo contemporáneo a un estado de injusticia y de opresión motivado porque se descuidó primero, y por último se olvidó la subordinación de los fines políticos a los fines espirituales. Allí está el secreto de este estado de angustia e inquietud de los espíritus y de revuelta de las conciencias, ese desprecio práctico de la persona humana y de su dignidad. El

según él, la patria era menoscabada en el liberalismo porque iba en contra de sus pretensiones, o en sus propias palabras: "El concepto de patria es un tropiezo para sus desarrollos y son enemigos de la patria. La idea de Dios no encuadra con su concepto materialista de la vida, y son enemigos de Dios. Si los hombres antiguos mostraban predilección por el amor y la fraternidad, los apóstoles comunistas no vacilan en declarar que acuden a la violencia y a la muerte para imponer el nuevo mito, y que el amor entre los hombres de las diversas clases sociales, entendido en el sentido cristiano, es un sentimiento burgués y despreciable"[274].

Laureano consideraba que sin el aspecto religioso y moral emanado directamente de la nueva Constitución, la vida del país era entregada directamente a la zozobra, pero lo que más retumbaba en sus adentros, era la cuestión económica, más precisamente, la propiedad privada, la cual veía seriamente amenazada bajo los gobiernos de izquierda y en el caso concreto de la República Liberal comentaba: "en el terreno económico y civil, se ha dado terrible y moral golpe al principio básico de la civilización occidental: el de la propiedad […] La confianza ha desaparecido. Colombia ya no es un país para el hombre honrado y de trabajo, pues no sabe a qué suerte van a correr los frutos de su esfuerzo"[275]. Y no solamente la propiedad como tal se veía amenazada en el concepto de Laureano, sino también el progreso como nación, pues este era el resultado para él, de la prosperidad individual de cada uno de los ciudadanos.

El contraste, fue también una de sus armas predilectas para hacer frente a las nuevas directrices del Partido Liberal y constantemente incluía en sus discursos, alusiones a los tiempos en que la Constitución de 1886 regia el país, como por ejemplo, cuando así se refería nuevamente a la cuestión económica y de la propiedad en tiempos previos a la reforma de 1936: "el hombre inclinado sobre la tierra fecundándola con el sudor, estaba cierto de poseer un conjunto de derechos, un sistema de garantías, un régimen de libertades esenciales, que hacían tranquilo, automático e infalible el juego de la ley primordial de la actividad humana: la que pone al otro extremo del trabajo realizado la recompensa se la segura posesión. El ciudadano podía ser invitado a trabajar porque de su labor dependía la riqueza colectiva y la prosperidad individual"[276], situación totalmente

contradictorio y triste resultado de la práctica de las doctrinas liberales no puede menos de robustecer con el dato de la experiencia la verdad de las conservadoras, que no tienen responsabilidad en la bancarrota actual del mundo. Laureano Gómez, "La posición conservadora", *El Siglo* (Bogotá) 5 de diciembre de 1938.

[274] Laureano Gómez, "El espectro del comunismo", *El Siglo* (Bogotá) 30 de noviembre de 1938.

[275] Laureano Gómez, "La Constitución de 1886", *El Siglo* (Bogotá) 6 de agosto de 1936.

[276] Laureano Gómez, "La defensa del patrimonio", *El Siglo* (Bogotá) 10 de agosto de 1936.

diferente posterior a la reforma constitucional de 1936, pues así se expresaba: "En estas circunstancias, ¿qué significado tiene una invitación a trabajar? Sí. A trabajar. A amasar ardua, lenta, abnegadamente un patrimonio cuyo destino va a ser desconocido, cuya suerte se entrega al capricho de volubles asambleas que no representan la voluntad nacional, porque de ellas está excluida la opinión más nutrida y de mayor valía"[277] [278].

No había sentido alguno en trabajar entonces, según Laureano, en la medida en que los frutos del trabajo honrado eran seriamente amenazados por la expropiación sin indemnización, que podrían decretar de la noche a la mañana los "envidiosos" y "holgazanes" que no trabajaron, que aparte lo hacían sin tipo de arrepentimiento o carga moral a sus espaldas, e mejor, en sus propias palabras: "Se invita a trabajar para que se acreciente la masa gravable con tributos despiadados que han de invertirse en tomar a los hijos de los contribuyentes cristianos, y arrancarles la fe en las escuelas ateas, que siembren en sus pechos el odio y en sus mentes la desesperanza, que envenenen el ambiente social y destruyan la autoridad paterna; que aniquilen el espíritu de la divina caridad de Cristo y los sustituyan con la horrorosa, cruel, fría inerte y degradada concepción de la lucha biológica"[279].

Pero no solo desde *El Siglo*, hizo contrapeso político a la República Liberal, también desde la *Revista Colombiana,* la cual, según el mismo Laureano, no tenía otro propósito que defender la nacionalidad, sirviendo y honrando la patria, por medio de la evocación de la tradición[280]. Desde ella por ejemplo, en conmemoración de su cuarto aniversario, así analizaba Gómez los años transcurridos desde la, para él fatídica, reforma de 1936[281]: "Grandísima parte de lo que significaba como cultura civil, conciencia jurídica del Estado, garantía de la libertad, protección del derecho, defensas y amparo de la dignidad de la persona humana, fue destruido y borrado, por manos irreverentes y toscas […] tal retroceso institucional ha sido una de las consecuencias fatídicas que ha tenido entre nosotros el influjo de una civilización degrada que somete al hombre al

[277] Laureano Gómez, "La defensa del patrimonio", *El Siglo* (Bogotá) 10 de agosto de 1936.
[278] Las críticas a la Reforma Constitucional de 1936 fueron constantes por parte de Laureano Gómez, principalmente porque en el congreso de 1935 solo había miembros del Partido Liberal, pues el Partido Conservador se abstuvo de presentarse a elecciones por falta de garantías.
[279] Laureano Gómez, "La defensa del patrimonio", *El Siglo,* (Bogotá) 10 de agosto de 1936.
[280] Laureano Gómez, "La tradición ante la barbarie", *El Siglo* (Bogotá) 15 de abril de 1937.
[281] Apuntaba Laureano Gómez sobre la reforma: "Principios laicos, heterodoxos, naturalistas, intentan sustituir los probadamente cristianos en que se inspiraban las leyes hasta la reforma de 1936. Esta se hizo por una corporación partidista, de donde se excluyó a la mayoría de la opinión; por tanto, no tiene validez moral ni rige sino acto de coacción y de fuerza. En este debate partimos ahora de un principio aceptado por todos: la reforma es un cambio en el sentido de restringir el influjo de la filosofía católica en la vida de la sociedad colombiana". Laureano Gómez, "La defensa de la fe", *El Siglo* (Bogotá) 16 de octubre de 1942.

oscuro dominio de lo indefinido de la materia, donde la inteligencia pierde sus derechos soberanos y el espíritu su elevación esencial"[282].

Para Laureano, la reforma constitucional propulsada por el liberalismo y los postulados e ideologías que estaban intentando meter por la fuerza al país, no eran más que la interpretación materialista de la historia[283], donde sistemática y metódicamente, se estaba degradando moralmente al país, a diferencia de lo que hicieron sus antecesores en 1886 pues:

> La constitución que nuestro partido dio a la república y el cuaderno de sus programas son documentos de la más alta y pura sabiduría política. Por eso el hombre conservador se distingue entre el conjunto de los colombianos por la claridad, por la grandeza, por la admirable precisión, por el sabio equilibrio de las ideas que sirve. Por eso la juventud abre los ojos a la vida y ansiosamente indaga dónde está lo cierto y lo justo para precipitarse a servirlo con el ímpetu generoso de esta divina edad, se siente subyugada por la verdad de la doctrina conservadora, conquistadora por su amplio, fuerte, dinámico concepto del honor y del deber; atraída por su disciplina razonable, digna y severa, y para el decidido servicio de la libertad y del orden se alista bajo nuestras banderas en escuadrones innumerables[284].

La reforma, por tanto, no solo para Laureano, sino también para el conservatismo, era en general, un rotundo retroceso y un mal más que evidente para la sociedad colombiana, pues no solo se destruían la justicia y las leyes civiles, sino que también se derrotaba la verdad divina "alcanzada por la arterías, disimulos y amenazas de los eternos enemigos de Dios"[285]. A su vez, también era un verdadero reto para demostrar quienes realmente eran fieles practicantes de las directrices divinas, pues ante la reforma, se preguntaba Gómez: "¿Dónde está el indudable deber de los católicos sino en la decidida e intrépida resistencia a tales amenazas, el desembozo de los disimulos y el desbaratamiento de las arterías para que vuelva a preponderar en la patria la plenitud de la más santa de las doctrinas?"[286].

Sin embargo, no solo se criticaba la cuestión económica y de la propiedad en la Reforma liberal por parte del conservatismo, y más precisamente por Laureano Gómez, pues el apartado educativo también fue un tema sensible a sus fibras, donde

---

[282] Laureano Gómez, "La tradición ante la barbarie" *El Siglo* (Bogotá) 15 de abril de 1937

[283] "Ante todo, había que destruir la fe, llamándola superstición, y eso logrado el terreno pertenecía al positivismo razonante, que tiene una dura cubierta de apariencia científica para ocultar el gran vacío interno. Luego aparece la tentación de convertir las piedras en pan. Eso es la llamada interpretación materialista de la historia; eso la tesis marxista de los postulados económicos. El socialismo ofrece hacer felices a los hombres si sacrifican su libertad". Laureano Gómez, "Oración por la libertad", *El Siglo* (Bogotá) 13 de octubre de 1938.

[284] Laureano Gómez, "Oración por la libertad", *El Siglo* (Bogotá) 13 de octubre de 1938

[285] Laureano Gómez, "La defensa de la fe", *El Siglo* (Bogotá) 16 de octubre de 1942.

[286] Laureano Gómez, "La defensa de la fe", *El Siglo* (Bogotá) 16 de octubre de 1942.

concretamente la educación laica, hacia expresarse a nuestro personaje en los siguientes términos que llegan a rozar el antisemitismo:

> Pero si el desplazamiento de la Constitución ha sido el mayor de los daños causados a la nación en el orden jurídico, más nefasto y grave, más intolerable y digno de execración y vituperio ha sido el que se adelanta con maligna perseverancia contra la inteligencia y el corazón de la juventud colombiana. Con metódico cinismo se trata de extraviar y desorientar la una y envenenar y corromper el otro, por quienes incapaces de similar o de improvisar, el aparato de una cultura racionalista […] las sustituyen por las vagas ideologías sensibleras y universalistas con que el judaísmo disfraza a través del orbe su espantosa sed de domino y su odio al espíritu cristiano. La apariencia con que la obra maldita se disimula es la una activa divulgación científica; pero tal ciencia es una falacia y una redonda mentira[287].

Incluso, se habló en párrafos anteriores del uso del contraste o la comparación de realidades diferentes como un arma dialéctica en Laureano, y para explayarse referente a la educación no fue el caso de la excepción, pues se valió del caso español para referirse a la desgracia de los nuevos modelos educativos:

> Es la horrorosa siembra de odio, de perfidia, de abominación y de crimen que se está llevando a cabo, de la cual va a resultar con pavorosa certidumbre una ola de exterminio. No es una presunción temerosa sino un dato de la experiencia contemporánea. Una propaganda idéntica a la que se hace desde el ministerio de educación se llevó a cabo en España en los años anteriores a la guerra civil que la aniquila. También allá se buscaba la apariencia de una divulgación presurosa de la llamada ciencia moderna […] para realizar el intento masónico y judaico de desarraigar las tradicionales creencias católicas del pueblo español; y allá como aquí, la siniestra labor se realizó en nombre de una cultura llamada de avanzada, que es cultura materialista[288].

La educación, para Gómez, iba mucho más allá de las aulas y lejos estaba de constituir un mero problema formativo, por el contrario, podía constituir y desembocar en diversas problemáticas sociales, en la medida en que para él, una educación laica, alejada de los valores cristianos y de la supervisión de la Iglesia, solo tenía consecuencias nefastas tanto para la cultura como la sociedad misma, en sus pus propias palabras: "En el ministerio de educación se está trabajando por el aniquilamiento de la cultura colombiana. Ahí se está incubando la matanza futura, la guerra civil, la tragedia fraterna. Por eso la opinión colombiana debe estar advertida para que aísle y rechace la infección que ha encontrado tan artero medio de propagarse y para que defienda todos los caminos por donde la bestialidad inhumana del materialismo trata de apagar el fuego espiritual que ha brillado perennemente sobre el ara de la República"[289].

---

[287] Laureano Gómez, "La tradición ante la barbarie", *El Siglo* (Bogotá) 15 de abril de 1937.
[288] Laureano Gómez, "La tradición ante la barbarie", *El Siglo* (Bogotá) 15 de abril de 1937.
[289] Laureano Gómez, "La tradición ante la barbarie", *El Siglo* (Bogotá) 15 de abril de 1937.

4.4 Germán Arciniegas: la educación como sinónimo de progreso

Para German Arciniegas, al igual que para el Partido Liberal de su tiempo, los atrasos y el subdesarrollo que padecía el país en materia social, cultural, económica y política, estaban fundamentados, por un lado, en la incoherencia que las políticas públicas tenían con la realidad del país y principalmente, por el estado precario de la educación superior de la nación, que lejos estaba de responder a las reales necesidades de la nación, ya que tanto sus programas como su metodología eran totalmente anacrónicas. Precisamente, la reforma universitaria como vía para lograr la modernización del país, concepto ampliamente desarrollado por Arciniegas, va a ser el tema central de las siguientes páginas, donde se va hacer un análisis de sus principales postulados.

En el concepto de Arciniegas, los fracasos nacionales, lejos de ser por voluntad o por el espíritu del pueblo colombiano, hallaban su causa primaria en la Universidad, pues esta nunca había sabido interpretar la realidad colombiana, o en sus propias palabras: "La culpa de nuestros más grandes errores puede señalarse específicamente en la falta de preparación, de estudio y de compenetración con los problemas colombianos de que adolecen los hombres de Estado, salidos todos de los claustros con una educación literaria y formulista para entrar premurosamente a dirigir los negocios públicos"[290]. El problema de la Universidad, radicaba principalmente para Arciniegas, en el hecho de que la enseñanza al ser esencialmente una rutina de educación literaria y metafísica, había cerrado por completo las puertas a la esperanza de crear una ciencia colombiana[291].

Por lo tanto, era imperante la creación de un departamento que se ocupara del estudio de los problemas más inmediatos del país y de los temas que afectaban su vida en sociedad y dicho departamento no era otro que la Universidad misma. Pero debía ser una Universidad que se orientara en una nueva dirección, pues los estudios, los métodos de trabajo y principalmente la selección de los sujetos y objetos que eran materia de investigación, eran para Arciniegas absurdos[292] ya que:

> Por una parte, el país ha venido girando en torno al círculo vicioso de tres carreras únicas, con muy contadas especializaciones. Es necesario darles mayor impulso a nuevos

[290] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 3.
[291] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 6.
[292] "Carecemos de ingenieros, arquitectos, médicos, dentistas, agrónomos, veterinarios, ¡químicos y hasta abogados -quién lo creyera!, en número suficiente para atender las necesidades del país, y la única solución está en el ensanche de las universidades. El aumento de sus rentas. El hacer una universidad para el país, que responda a lo que el país requiere". Germán Arciniegas, *Memoria del Señor Ministro de Educación nacional al Congreso de 1946*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1946) XXXVI.

> estudios, principalmente a aquellos que más directamente se rozan con la Economía Nacional, como los de agronomía y química. Pero aun en las carreras tradicionales, si nosotros volvemos los ojos, no hacia lo que se ve de las ciudades, sino a los municipios menores de todo el país, encontraremos que la mayoría de los colombianos siguen entregándole su salud al tegua, su derecho al tinterillo y al "brújulo", como suele decirse de los que hacen de ingenieros en las aldeas, la solución de sus problemas técnicos[293].

Germán, hallaba la génesis temporal de los problemas de la Universidad colombiana en la finalización de la guerra de Independencia, pues con ella también se terminó la iniciativa de hombres como Mutis, Moreno y Escandón, Caldas o de Caballero y Góngora, que por aquellos días habían avanzado ampliamente en el estudio natural del país, de su fauna, de su flora y de sus minerales, estudios que en concepto de Arciniegas[294], de haber seguido durante esos cien años perdidos, representarían la base más sólida de la nacionalidad colombiana[295].

Por demás no está apuntar, que en el análisis sobre el problema educativo del país, Arciniegas eximía de toda culpa tanto al profesorado como al estudiante, pues esencialmente la estructuración y el contenido de los programas educativos eran el real lastre y propiamente el estudiante, para la tercera década del siglo XX, ya tenía plena conciencia de lo que causaban los paradigmas en apariencia inamovibles en cuestiones educativas, como por ejemplo los de la Iglesia, pues decía que: "El estudiante tiene la sensación de que el minuto que él pierde en dudar es un minuto que le roba a su destino. Cuando una gran fe surge, la duda y la convicción inmediata se atropellan: una, por creer que ya ha entregado todo su mensaje, y la otra, por darse toda, ahí mismo, como la afirmación absoluta de un ideal resuelto. El arzobispo lanza fuego celeste, en forma de pastorales, para condenar la soberbia de la juventud"[296].

Dicha conciencia estudiantil, se reflejaba en Arciniegas no en un mero plano nacional, sino también internacional, pues, por ejemplo, ponía de manifiesto el choque entre las necesidades de la vida actual[297] y la organización universitaria de los países de

---

[293] Germán Arciniegas, *Memoria del Señor Ministro de Educación nacional al Congreso de 1942*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1942) XXIV.

[294] "Me refiero a los tiempos y empresas que animaron Mutis y Caldas y cuantos con ellos compartieron aquel entusiasta y juvenil equipo de agitadores y hombres de ciencia que quisieron y lograron afirmar los estudios superiores sobre bases enteramente nuestras. En esa época las raíces del árbol de la ciencia colombiana se afianzaron definitivamente en nuestra propia tierra, y su ejemplo debe mantenerse siempre vivo porque orientó para siempre el sentido de la Universidad colombiana". Germán Arciniegas, *Memoria del Señor Ministro de Educación nacional al Congreso de 1942*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1942) VI.

[295] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 6.

[296] Germán Arciniegas, *El estudiante de la mesa redonda*, (Ciudad de México: Editorial Cariátide, 2013) 213.

[297] El estudiante de la mesa redonda fue publicado por primera vez en 1932.

la región, que desembocaron en las revoluciones universitarias de Hispanoamérica, pues la juventud de todas esas repúblicas, agobiada por un sinfín de problemas arrastrados de mucho tiempo atrás y sin aparente arreglo, se vio obligada a buscar soluciones de facto para lograr más rápidamente sus objetivos[298].

Precisamente, lo que quería evitar Arciniegas, era lo que él analizaba que sucedía en Europa, donde ante los nudos de tradicionalismo que constituían la mayoría de las universidades, sus pueblos renunciaban a los aportes de sus universidades para la solución de sus inquietudes vigentes y se remitían a grupos de emergencia que asumían la responsabilidad, abriendo así la puerta para que los oportunistas se consagran como figuras providenciales, relegando a un segundo plano a los directos implicados de las disciplinas del saber[299].

La Universidad[300], por tanto, debía construir dentro su propio organismo, la fuerza de renovación que encausara o al menos que siguiera el paso de la transformación del Estado, pues de lo contrario no tendría nada que ofrecer a la sociedad. Esto porque según Arciniegas, tanto la democracia como el Estado (y por extensión también la política misma) se encontraban en una grave crisis que debía resolverse de manera conjunta, pues:

> La democracia se halla frente a una doble crisis que solo puede resolverse por la universidad y por la juventud. De un lado está la crisis de la política, que sólo puede resolverse por la universidad, y de otro lado está la crisis de la universidad, que solo puede resolverse por la juventud. La crisis de la política proviene de que ella no se ha organizado, ni puede organizarse para el estudio de la realidad patria. Cuando no hay manera de improvisar teorías, cuando la audacia individual no tiene aplicación porque la complejidad de los hechos reclama un estudio, la política que venía acostumbrada a presentar formulas empíricas, no se puede ofrecerlas hoy de nuevo sin sentir que se le van las muchedumbres de entre las manos[301].

La reestructuración de los planes de estudio, debía empezar entonces en el discurso de Arciniegas, por la consideración de la Universidad no como un instrumento de la cultura, ya fuera liberal o conservadora, sino como un instrumento al servicio de la

[298] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes,* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 7.
[299] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes,* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 8.
[300] Decía Arciniegas que: "En realidad el error de la Universidad está en su esencia, en que su orientación no sirve, en que la Universidad ignora sus destinos. Reformar es darle forma nueva a una cosa: forma nueva, aspecto nuevo. Y el mal no es un mal de forma: es mal que está en la esencia en el destino último que se da a la enseñanza. Lo que se necesita es reorganizar, organizar de nuevo, organizar sobre el plano de un espíritu diferente". Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes,* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 5.
[301] Germán Arciniegas, *El estudiante de la mesa redonda,* (Ciudad de México: Editorial Cariátide, 2013) 230-231.

nación, pues decía había ya un descontento generalizado con los viejos partidos[302], por lo que se debía cambiar el punto de vista con que históricamente estos partidos habían mirado a la Universidad y virarlo en torno al perfeccionamiento de la República como una derivación de la Universidad misma, renovando a su vez en esta última su contenido social[303].

Hablaba entonces Arciniegas, de un proceso de nacionalización de la Universidad, que era algo novedoso para la época, pues la tradición que se conservaba viva, donde la escolástica era la ciencia universal universitaria en el mundo occidental, según él: "Imprimió a las escuelas cierta dirección universal que todavía hoy las cohíbe para detenerse en la contemplación profunda de los problemas locales que en torno a ellas se suscitan. Pero ese freno con que la tradición trata de detener el movimiento nacionalista de las Universidades debe despreciarse ante la consideración de las urgencias materiales y morales en que cada país solicita la cooperación de su juventud"[304].

En Arciniegas, podemos encontrar entonces, un proyecto educativo nacional, en todo el sentido de la palabra, pues si bien no despotricó de lo que las ideologías y conceptos universales podrían aportar a cualquier nación latinoamericana, era un ferviente creyente de que la educación debía partir de la entrañas de la patria, pues "Sin desdeñar en ningún caso los aportes que la ciencia universal trae al campo de la pedagogía, lo que en primer término tenemos que consultar y atender es la vida misma del colombiano. Debemos pensar, ante todo, cómo el estudiante nuestro puede aprovechar mejor los recursos naturales del país. Fijar el campo a que habrá de aplicar sus conocimientos el ciudadano en formación o el campesino nuestro. Así se vincula la obra educativa a las necesidades de la Nación y a las circunstancias peculiares de sus habitantes"[305].

Había entonces, la necesidad de poner a disposición de la nación y de sus diversas problemáticas, la mano redentora de la Universidad y no al revés[306], pues en un país como

[302] Germán Arciniegas, *El estudiante de la mesa redonda,* (Ciudad de México: Editorial Cariátide, 2013) 231.
[303] Germán Arciniegas, *El estudiante de la mesa redonda,* (Ciudad de México: Editorial Cariátide, 2013) 230.
[304] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes,* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 13.
[305] Germán Arciniegas, *Memoria del Señor Ministro de Educación nacional al Congreso de 1942,* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1942) XIV.
[306] "Nosotros tenemos hoy que optar por uno de estos dos caminos: o hacer que el país se acomode a la Universidad que hoy tenemos, o hacer que la Universidad responda a las necesidades del país […] y como hacer que el país se someta a la Universidad que hoy tiene, es pretender que camine metido entre zapatos chinos, me parece que el punto de vista debe ser exacta mente el opuesto. Nosotros tenemos que adaptar la

Colombia, con realidades tan disimiles en cada región, tanto las investigaciones como las aplicaciones científicas y técnicas debían estar acordes a los más inmediatos menesteres, ya que como apuntaba Arciniegas: "Por la extensión de nuestro territorio, por la variedad de nuestros climas y por la convicción que debemos tener de que nunca podrá operarse un auténtico resurgimiento nacional mientras cada región del país no cuente con las oportunidades indispensables para atender a su propia educación"[307].

En el caso puntual de la Universidad colombiana, por ejemplo, Arciniegas apunta que desarrolló su proyecto de reforma con base a una pregunta que realizó a varios colegas que consideraba capacitados para contestarla. La pregunta en concreto era: ¿A qué debe destinarse la Universidad colombiana? Y no recibió, en ninguna de las respuestas, como principal criterio de interés, el derecho romano o la mecánica racional[308], que hacían parte de la ya mencionada tradición universal universitaria y que por aquellos días ocupaba gran porcentaje de la actividad universitaria del país. Por el contrario, innumerables fueron las respuestas a dicha pregunta, que hacían alusión a la necesidad de, por ejemplo, formar continuamente profesionales que atendieran las necesidades del país desde un compendio de carreras derivadas del análisis de la economía nacional[309] y principalmente, fue reiterada la necesidad de crear una escuela de agricultura como núcleo de la universidad, en atención a la riqueza en ese campo de la nación y a los muchos problemas que ella padecía en términos agrarios y agrícolas[310] así como también era necesario, industrializar el país en términos educativos, pues en palabras del propio Arciniegas: "Punto fundamental de todo programa de enseñanza en Colombia es el que se refiere a las industrias, que forman la base de la economía del país. La simple enseñanza de las letras puede muchas veces acentuar los errores de que padece nuestra organización humana para producir, pues, desviadas las nuevas generaciones de su natural destino, que

Universidad a lo que el país está pidiendo y ofrecer todas las oportunidades posibles a las nuevas generaciones que quieran incorporarse a la Universidad". Germán Arciniegas, *Memoria del Señor Ministro de Educación nacional al Congreso de 1942,* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1942) XXIII – XXIV.

[307] Germán Arciniegas, *Memoria del Señor Ministro de Educación nacional al Congreso de 1942,* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1942) VI.

[308] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes,* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 14.

[309] "El hecho cierto es que Colombia dispone de materias primas y de capacidad técnica mayores de las que se le suponen al país. El problema de nuestra economía y el de mantener el tono normal de nuestra vida, depende, en último término, de la formación de las nuevas generaciones". Germán Arciniegas, Memoria del Señor Ministro de Educación nacional al Congreso de 1942, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1942) XXII.

[310] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes,* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 14-15.

es el trabajo en los campos y en las industrias, se truecan en parásitos que sólo encuentran oportunidades de ganarse la vida en la burocracia"[311].

Para Arciniegas, era fundamental hacer parte del paisaje universitario, temas como la higiene pública, las enfermedades tropicales o el manejo industrial del país, ya que históricamente habían sido apartados del radio de comprensión de la Universidad, sin mencionar el estudio mismo de la historia nacional, de su arte y su literatura y la formación de su espíritu, que habían estado también relegados a intereses ajenos a los nacionales[312]. Es por esto, que la reforma no podía fundamentarse en la copia de algún modelo universitario extranjero que pudiera considerarse como exitoso, pues esta debía partir de un análisis íntimo de las dolencias nacionales. Al respecto comentaba Arciniegas:

> Estas consideraciones, que concurren todas a afirmar el criterio de nacionalismo universitario, prueban al propio tiempo que no hay tipo de Universidad en el mundo que podamos copiar. La Universidad empieza a definirse hoy como la síntesis de cada pueblo, como en el instituto en donde con fidelidad más exquisita se reflejan sus modalidades interiores, sus ambiciones y su fe. Al meditar en el planeamiento de una Universidad nueva, se advierte, desde luego, lo lejos que estarían de colmar nuestras ambiciones los modelos de Europa o Norte América. Nosotros no podemos partir sino de un hecho único, real, concreto, y este hecho es Colombia. Hay que estudiar el país tratar de comprenderlo y de organizar las juventudes para que lo trabajen inteligente y científicamente[313].

Pero en lo que si se podía copiar al viejo continente, por ejemplo, era en su capacidad de repensar y derribar constantemente las verdades absolutas y todos aquellos presupuestos en apariencia inamovibles, pues Colombia había transitado por todos los caminos de la cultura universal y precisamente la autocrítica o el revisionismo, no eran las prácticas más acentuadas en la nación, cosa que si pasaba en Europa donde: "Bajo la sacudida de la guerra, Europa entraba en una era de contradicciones en que se pusieron en duda todos los principios y se dieron los sabios a la tarea de repasar todas las ciencias. El estudio adquirió una velocidad nueva, el ojo una penetración o desconocida u olvidada; y de esa velocidad y penetración quiso participar la juventud"[314].

---

[311] Germán Arciniegas, Memoria del Señor Ministro de Educación nacional al Congreso de 1946, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1946) XLIII – XLIV.
[312] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 15.
[313] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 15-16.
[314] Germán Arciniegas, *El estudiante de la mesa redonda,* (Ciudad de México: Editorial Cariátide, 2013) 215.

Esta concepción nacionalista de la Universidad, según Arciniegas, era con el fin último de que de ella se desprendiera la función social y política que debía emanar de la educación, pues si bien en Colombia y en Hispanoamérica en general, la Universidad había jugado un papel político determinado, su intervención política, había sido casual, en la medida en que su participación estaba mediada por la mecánica de la vida democrática[315], sin influir profundamente en asuntos nacionales de vital importancia, por lo que era "Preciso darle a la Universidad el sentido y carácter de una corporación en donde se trabaje durante los trescientos sesenta y cinco días del año por los jóvenes y los viejos sobre el mismo asunto, sobre la misma patria, dentro del mismo anhelo"[316].

Por tanto, lo que había que lograr con más apremio, era, institucionalmente, darle un destino político a la Universidad, acompañado de una preparación técnica acorde, para poder encarar y juzgar con propiedad los diversos problemas del Estado. Para tal cometido, la Universidad según Arciniegas, debía apropiarse, regirse y controlarse por sí misma, para afrontar con criterio los problemas políticos de la nación y a su vez actuar de la mano con los estudiantes en la tarea de redefinir tanto la política misma, como la posición política de la Universidad, ya que, "El estudiante surge como un impulso radical, dispuesto a destruir el concepto corriente de la política. No acepta la claudicación de que el Estado jamás pueda gobernarse con inteligencia y con justicia, de que sea imposible tener un conocimiento real, verificado, de los problemas nacionales, una valoración justa del anhelo popular ¿Para qué he de servir la universidad si no ha de ser para que desde ella las juventudes juzguen lo que constituye el fundamento material y moral de la patria?"[317].

Para lograr entonces esa democratización y esa autonomía de la Universidad, las reformas que debían aplicarse no solo eran de corte estructural respecto de los programas educativos y la metodología que se venía empleando, también había que desmantelar algunos de sus órganos administrativos, pues burocráticamente, se estaba afectando tanto a los estudiantes activos como a los futuros universitarios, pues en el palabras del propio Arciniegas: "Una de las rectificaciones fundamentales que el espíritu de nuestros días traerá a la organización universitaria consiste precisamente en dominar esa suficiencia

[315] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 17.
[316] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 16.
[317] Germán Arciniegas, *El estudiante de la mesa redonda*, (Ciudad de México: Editorial Cariátide, 2013) 224.

arisca de los consejos universitarios, en donde se refugian y encierran los grupos académicos sin permitir el acceso de quienes puedan turbar sus opiniones ya constituidas"[318].

Lo que se pretendía por tanto en consideración de Arciniegas, era dotar al universitario de una capacidad de comprensión nacional, que no solo dignificara su trabajo sino también que lo relacionara con la vida colectiva nacional y que no fuera solo un simple profesional. Para tal propósito, era necesario introducir al universitario en la investigación, no solo como una mera disciplina científica, sino para que convirtiera el oficio investigativo en la vía más idónea para que estableciera contacto con la realidad nacional y de esta manera pudiera desarrollar una conciencia crítica y social tanto a su profesión como del país mismo, pues "Lo esencial está en evitar que explotadores de la agitación política o personas inescrupulosas traten de empujar a las juventudes hacia la lucha de partido estableciendo una zona de confusas y turbias finalidades de que sólo se aprovechan quienes quieren utilizar la juventud como instrumento para saciar sus odios personales"[319].

Esa conciencia social del trabajo, no la limitaba Arciniegas al caso colombiano, pues como se apuntó, cuando se estaban analizando sus dinámicas intelectuales en páginas anteriores, Arciniegas fiel a su hispanoamericanismo, veía en la relación profesional – Estado, un tema que afectaba a toda la América Latina, pues a diferencia del caso estadounidense, donde decía que tanto el profesional como la Universidad estaban al servicio de los grandes Industriales y no de la causa del Estado[320], "El profesional que nuestra América busca es el profesional de la corporación, el hombre dotado de espíritu social, el obrero, el trabajador, que puede apreciar desde su banco de trabajo la vinculación que tiene su labor diaria dentro del juego de la vida colectiva"[321].

Lo anterior, porque según Arciniegas, no solo habían cambiado las dinámicas industriales y los modelos educativos, el hombre mismo ahora tenía otra conciencia, una conciencia propia que le permitía ser libre en la medida en que por ejemplo ni su tiempo podía limitarlo y el estudiante más que nadie, encarnaba esta nueva etapa mental nacional

[318] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 20.
[319] Germán Arciniegas, *Memoria del Señor Ministro de Educación nacional al Congreso de 1942*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1942) XIII.
[320] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 23.
[321] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 26.

e internacional, pues este "Se figura que el hombre es una voluntad libre, desprendida de las circunstancias, el ambiente, de la historia, de la herencia. Cree que las cosas son como debieran ser y no como son. Traza su República sobre planos ideológicos y fuerza a las gentes para que se ajusten a ese tipo imaginario de organización"[322].

Por consiguiente, la vida misma[323] había dado un cambio radical y correspondía a la Universidad en conjunción con el Estado, la tarea de hacer un camino más viable a las nuevas problemáticas y con ellas a las nuevas demandas tanto de la sociedad como de los estudiantes mismos, pues precisamente, el estudiante reclama como tal "El fuero de la vida. Iba a entrar a los laboratorios del mundo con las manos libres, a reconstruir las escuelas sobre las escalas más audaces. Vida fue una expresión que cayó sobre las juventudes como un descubrimiento. Todas las revistas de vanguardia se abrían invariablemente recordando esta frase de Renan: "la juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la vida"[324].

Sin embargo, el desarrollo natural de dichas modificaciones sociales tenía un sinfín de impedimentos, muchos de ellos con origen en la Universidad. Por ejemplo, la exagerada importancia que se brindaba al estudio literal de las cosas, sin tener en cuenta las variaciones que en espacio – tiempo y también en materia económica, social y política tenían los objetos de estudio. Este era uno de los principales conflictos que tenían tanto el desarrollo como la aplicación de los nuevos ideales universitarios a los hechos actuales, pues Arciniegas consideraba que "Es imposible establecer esta vinculación mientras se sigan los métodos literarios que usamos a la fecha, pues hasta la sola circunstancia de que los hechos hayan encontrado cabida en los textos está demostrando que son hechos pasados"[325].

Por citar solo un ejemplo, Arciniegas analizó el programa de Derecho y halló que a sus estudiantes se les exigía el estudio de elementos que realmente era irrelevante conocer o ignorar, como el derecho romano, pues en los tiempos que corrían, era totalmente anacrónico fundamentar la carrera en él, pues "El derecho romano está

[322] Germán Arciniegas, *El estudiante de la mesa redonda,* (Ciudad de México: Editorial Cariátide, 2013) 216.
[323] "Vida significa establecer contacto con el instante en que se vive: no mirar las cosas sobre el espejo muerto de los libros, sino captar el momento fugitivo y hacerlo pasar por la conciencia del estudiante en acecho. Se necesitaban laboratorios, observatorios, excursiones a través de las culturas, de las ideas, de los pueblos". Germán Arciniegas, *El estudiante de la mesa redonda,* (Ciudad de México: Editorial Cariátide, 2013) 215.
[324] Germán Arciniegas, *El estudiante de la mesa redonda,* (Ciudad de México: Editorial Cariátide, 2013) 214.
[325] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes,* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 27.

integrado por una serie de nociones que han sido fundamentalmente revaluadas por la vida moderna. Ni la familia, ni la propiedad, ni los contratos, ni las Sociedades descansan hoy sobre los principios un Estado cuya economía, sentido de las libertades, concepto de la esclavitud, le colocan dentro de un plano de barbarie para el hombre del siglo XI"[326].

Lo anterior, solo suscitaba que los estudiantes, salieran con escaza preparación para asistir a los congresos y hablar con poca propiedad de las modificaciones al Código Civil por ejemplo, generando en la nación un atraso jurídico palpable y evidente sobre todo, cuando el país se enfrentaba a una reforma, ya fuera aduanera, bancaria o penal, pues ni sus estudiantes ni sus profesores estaban preparados, lo que abría espacio a la siempre peligrosa necesidad de extranjerismos, pues en tanto la Universidad siguiera desprendida de la realidad colombiana, las reformas importadas serian siempre un paso a lo desconocido, pues evadían el único dato cierto, que era el dato colombiano[327].

La reorganización universitaria, debía entonces concebir a la Universidad como una corporación que implicara la unión de la acción del Estado y el trabajo colectivo de la sociedad, pues como ocurría en otras naciones, los ensayos de reorganización que se hacían sobre sus asuntos fundamentales, se derivaban de la división del trabajo entre entes gubernamentales y sociedad[328], donde los últimos generaban conocimiento, producto de sus estudios e investigaciones y el Estado garantizaba su aplicación a los asuntos nacionales. Por lo tanto, los maestros jugaban un papel fundamental en dicho proceso, pues decía Arciniegas que: "Si alguna preocupación deben alimentar los educadores colombianos de hoy es la de poner toda su inteligencia y sagacidad al servicio de las nuevas generaciones, templan do su espíritu y colocando al estudiante frente a una imagen real, verídica, de Colombia, en la certeza de que las juventudes que surgen encontrarán en este país elementos suficientes para trabajar con éxito y hacer de él una de las más grandes naciones de América"[329].

A esas juventudes, había que sacarlas de lo limitante que era el aprendizaje literario, pues la Universidad organizada sobre la base de un plan de estudios nacionales, haría en consideración del propio Arciniegas, que la reproducción mecánica de los textos

[326] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 29.
[327] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 31.
[328] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 34.
[329] Germán Arciniegas, *Memoria del Señor Ministro de Educación nacional al Congreso de 1942*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1942) XX.

fuera un elemento inconducente y, por el contrario, había que solucionar el hecho de que: "el universitario no sabe manejar las bibliotecas, no sabe coleccionar datos, no sabe compulsar estadísticas, no sabe recoger bibliografías. Siempre será el azar el que le dé las cifras, el que ponga en sus manos los libros y determine sus acciones. Esto es demasiado grave para que siga dominando un vasto plano de la inteligencia nacional. Es poner nuestros destinos a merced de fuerzas ciegas, que pueden guiar por un despeñadero a la República"[330].

4.4.1 ¿Arciniegas en contra de la Iglesia o en contra del atraso?

Finalmente, expuesto el análisis de lo que propiamente debía constituir la reforma Universitaria en el ideario de German Arciniegas, conviene dar una mirada al concepto de nuestro intelectual, sobre la religión y por extensión de la Iglesia misma, una institución de suma importancia para la época del periodo estudiado, que miraba con recelo las diferentes modificaciones que se podrían realizar a escala nacional en temas de educación. Vamos entonces a darle espacio, como se dijo, al concepto de la religión en la educación de Arciniegas, aclarando que no se va a dar preponderancia a la posición de la Iglesia frente la reforma educativa, pues en páginas anteriores se brindó amplio desarrollo a los proyectos ideológico – educativos del conservatismo colombiano que, por extensión, eran proyectos que contaban con el incondicional aval de la Iglesia.

German, parte por reconocer, que, si bien hay un miedo generalizado, un delirio de persecución por parte de los afines a la reforma, de facto, el hecho real para él, es que la Universidad hispanoamericana, no es una Universidad confesional. Esto, lo afirmaba con intención de que no se encomendara a profesores europeos la reforma universitaria, pues si se buscaba evadir los presupuestos religiosos que el miedo injustificado le adjudicaba a los maestros colombianos, se iba a lograr todo lo contrario, pues "En los países europeos, y de manera especial en los países protestantes, es imposible concebir la Universidad si no es derivándola de la Facultad de Teología"[331].

Lo anterior, suponía una ventaja para Colombia en el concepto de Arciniegas, pues el hecho de que a diferencia de Europa, se realizaran el país los estudios eclesiásticos en una escuela independiente a la Universidad, separaba a esta última del régimen y las

[330] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 35.
[331] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 44.

autoridades del Clero, pues la índole de los estudios universitarios, que se regían por sistemas liberal – democráticos y que aparte eran susceptibles a todo tipo de crítica y análisis contradictorio, iban en contra del régimen y la naturaleza del seminario eclesiástico.

Arciniegas, en una línea conciliadora con la Iglesia, veía, por ejemplo, en un tema tan inquietante socialmente como lo era el concordato celebrado entre el Estado Colombiano y la Santa Sede en el año de 1887, no más que un mero malentendido dialectico, pues si bien muchos hallaban en él, un obstáculo para llevar a cabo la reforma universitaria, apuntaba que: "No sólo en la práctica ha sido casi nula la aplicación que del Concordato se ha hecho en los negocios universitarios, sino que del texto mismo del acuerdo no se deduce la oposición que pueda hacer la Iglesia a la reforma universitaria. Son los mismos líderes de la reforma quienes, poco dispuestos a profundizarla, han convenido en presentarse a sí mismos ese fantasma de oposición que hoy la Iglesia, seguramente, no haría a un proyecto científicamente formulado"[332].

Sin embargo, si atendemos por un momento algunos de los artículos del concordato ya mencionado, podemos notar que evidentemente, no había necesidad de profundizar mucho en él, para darse cuenta que sus postulados si chocaban con la nueva concepción de la Universidad, pues lo siguiente dictaban algunos de los artículos que vale la pena citar completos, de la ley 35 de 1888 contentiva del Concordato:

> Artículo 12. En las Universidades y en los colegios, en las escuelas y en los demás centros de enseñanza la educación e instrucción pública se organizará y dirigirá en conformidad con los dogmas y la moral de la religión católica.
>
> Artículo 13. Por consiguiente, en dichos centros de enseñanza los respectivos ordinarios diocesanos, ya por si, ya por medio de delegados especiales, ejercerán el derecho, en lo que se refiere a la religión y la moral de inspección y de revisión de textos. El Arzobispo de Bogotá designará los libros que han de servir de textos para la religión y la moral en las Universidades, y con el fin de asegurar la uniformidad de la enseñanza en las materias indicadas, el Prelado, de acuerdo con los otros ordinarios diocesanos, elegir los textos para los demás planteles de enseñanza oficial. El Gobierno impedirá que en el desempeño de asignaturas literarias, científicas, y en general, en todos los ramos de instrucción, se propaguen ideas contrarias al dogma católico y al respeto y veneración debido a la Iglesia.
>
> Artículo 14. En el caso de que la enseñanza de la religión y la moral, a pesar de las órdenes y prevenciones del Gobierno, no sea conforme a la doctrina católica, el

[332] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 46.

> respectivo ordinario diocesano podrá retirar a los profesores y maestros la facultad de enseñar tales materias[333].

Empero, Arciniegas se limitaba a decir, que, si bien era evidente que el Concordato no tenía aplicación dentro de la Universidad colombiana de la tercera década del siglo XX[334], había que tener en consideración que cuando este se aprobó, la Universidad era otra, pues se confundía con la escuela secundaria en muchas de las ocasiones e incluso en ella se dictaban materias que a la fecha ya eran de dominio exclusivo del bachillerato[335]. Arciniegas por tanto, no abogaba por la erradicación total de la educación religiosa, en vez de eso, era partidario de legar dicha formación espiritual a las primeras etapas formativas del individuo, es decir la primaria y el bachillerato, ya que en su consideración "La Universidad ha dejado todo el peso la educación religiosa a las escuelas que preparan sus futuros alumnos, y considera que el muchacho al llegar a sus puertas tiene formado ya un sólido criterio religioso, que, por otra parte, no sería tiempo de formar, cuando ya la estructura espiritual del estudiante tiene echadas sus bases fundamentales"[336].

De esta manera, sutilmente, Arciniegas intentaba desligar cualquier responsabilidad y contenido religioso de la Universidad en relación a la sociedad, pues al relegar a la educación primaria el peso de la formación religiosa y espiritual del país, a la Universidad, no le quedaba más que adoptar el mismo papel de la Nación respecto de los ciudadanos, que no era otro que respetar a profundidad la conciencia del estudiante y brindarle todo tipo de garantías para que pudiese cumplir con los determinados deberes que sus creencias religiosas le demandaban. Si bien lo anterior evidentemente ocasionó altercados con el Clero, Arciniegas apuntaba que:

> Algunas personas han considerado oportuno arrojar sospechas sobre la buena intención que ha tenido el Gobierno, al afirmar en una forma rotunda y categórica su invariable deseo de proceder en cordial armonía con las autoridades eclesiásticas, respetando el sentimiento religioso de la Nación colombiana. Obrar así, es elemental en un Gobierno que quiera servir a su pueblo sin desconocer su espíritu. Cuantas veces se ha presentado cualquier problema pequeño o grande, que pueda rozarse con la Iglesia, el Ministerio se

[333] Véase la ley 35 de 1888.
[334] "La ley del Concordato ha pasado a ser una ley inactual, y es en este sentido como podría reformarse hoy, para ponerla a nivel con las nuevas condiciones sociales del pueblo de Colombia. Tan evidente es este hecho, visto desde el punto de observación de la Universidad, que ninguna de las alusiones que hace la ley concordataria pueden considerarse vigentes, en manera alguna, para la Universidad contemporánea". Germán Arciniegas, La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 50.
[335] Germán Arciniegas, La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 49.
[336] Germán Arciniegas, La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 50.

> ha dirigido a las autoridades eclesiásticas y ha encontrado en ellas la más comprensiva acogida. No ha habido el primer caso en que no se haya dado con una so lución equitativa y conveniente para mantener la tranquilidad y el reposo necesarios en lo que a la vida religiosa se refiere[337].

En Arciniegas encontramos entonces un tono conciliador con la Iglesia, pues si bien era evidente como abogaba por una separación total entre su régimen y el universitario, admitía los diferentes alcances sociales de una y otra institución, pues le reconocía a la Iglesia una influencia social más allá de lo terrenal en materia del espíritu, ya que: "Si en el pueblo, en la aldea, ejercen el médico o el abogado una influencia social limitada, el cura, en cambio, tiene sobre sus hombros la carga de ser un modelador del espíritu, y su palabra es el estímulo decisivo para conducir a las gentes por el camino de la paz, del trabajo y del mejoramiento social"[338], esto, con la única finalidad de sacar el máximo provecho de cada institución y poner al servicio de la sociedad y de la nación sus mejores aportes.

[337] Germán Arciniegas, *Memoria del Señor Ministro de Educación nacional al Congreso de 1942*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1942) LIII.
[338] Germán Arciniegas, *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1932) 45 – 46.

Consideraciones finales

Desde el momento en que se pensó la elaboración de esta investigación, con los intelectuales como eje articular de la misma y partiendo de la pregunta sobre cómo se desarrolló la expresión intelectual y cuáles fueron las dinámicas intelectuales características en la República Liberal, se tuvo siempre la intención de desarrollar una monografía que, con sus aportes, contribuyera al enriquecimiento en los estudios de las ideas y la política colombiana del siglo XX.

El estudio del término *intelectual* por sí mismo ya suponía un reto, pues, en primer lugar, no puede hablarse de un solo tipo de intelectual, ya que este varía en función de las características y condiciones propias de la sociedad en que está inmerso y, en segundo lugar, porque debido a que cada intelectual puede hacer parte, o mejor, puede transitar por varias ideologías, ni su estudio ni concepción puedan ser lineales.

Para el caso colombiano, por ejemplo, analizada la intelectualidad bipartidista y su expresión durante el periodo de la República Liberal, nos topamos con que es posible ubicar el desarrollo de la intelectualidad en términos gramscianos, en la medida en que, en efecto, el quehacer intelectual, estrictamente enlazado a la cultura y por extensión a la producción cultural en sí misma, efectivamente suscitó cambios notables en el entramado ideológico del Estado.

La República Liberal *per se*, constituyó entonces una nueva expresión cultural y por lo tanto como tal, puede ser considerada como la materialización de la ideología del Partido Liberal que a su vez fungía como la nueva fuerza política dominante, pues trayendo nuevamente a colación los postulados de Gramsci, una vez en el poder, configuraron su propio grupo de intelectuales (alrededor del maestro en detrimento del intelectual conservador católico) que le brindaron la homogeneidad y sobre todo, la identidad necesaria a un proyecto como el de la Revolución en marcha con el cual pretendían reconfigurar ideológicamente el país.

Por lo anterior es que el caso colombiano se aleja de Bourdieu y de uno de los conceptos teóricos más ampliamente tratados del intelectual, pues el hombre de ideas difícilmente podía ser totalmente autónomo en una sociedad tan politizada como la de la Colombia de la República Liberal, donde por ejemplo, las instituciones del campo intelectual, como las revistas por ejemplo, en la mayoría de las veces estaban imbuidas y permeadas por el sectario ideario político, lo que sin duda alguna limitaba el accionar intelectual.

Sin embargo, esa lucha política bipartidista nos acerca al concepto de intelectual orgánico, aplicable a su vez a cada uno de los protagonistas de la parte final de nuestra investigación, pues ambos interfirieron en la organización e implementación de las políticas públicas del Estado, pero más importante aún, fueron legitimadores ante la sociedad civil, de los grupos que representaban y que fueron dominantes cada uno en su momento.

Por un lado, Laureano Gómez, atendiendo al prototipo del intelectual típico en la Hegemonía Conservadora, fundamentaba tanto su accionar político como intelectual en la moral y en los valores cristianos, que a su vez eran una extensión del legado español, tan defendido y exaltado por el hispanismo no solo en Colombia sino también a nivel latinoamericano en general. Gómez, fiel como ninguno a ese hispanismo, consideraba a la Iglesia como una institución inmaculada, que estaba incluso por encima del Estado mismo, de la cual emanaba la guía moral y espiritual que habría de liderar el progreso del país, pero que más importante aún, era la encargada de perpetuar la religión católica, que en últimas era el pilar fundamental del proyecto conservador, por el medio la cual se hallaba el verdadero sentido de la nación.

Gómez sin duda alguna se puede catalogar no solo como el intelectual, sino también como el político más polémico y controversial del siglo XX colombiano y su particular manera de defender sus ideales y tanto sus intereses como los de su partido – no solo por su mordaz discurso sino también por el amplio conocimiento de las ideas contrarias a las suyas a las cuales atacaba cruelmente y sin merced alguna – es digna de recibir la amplia atención que historiográficamente ha tenido e incluso es merecedora de futuras investigaciones completamente dedicadas a su análisis, pues a toda luz, Laureano Gómez constituye por sí mismo la cúspide de la expresión intelectual conservadora colombiana del siglo pasado.

Mientras que, en el caso de German Arciniegas, derivado de las nuevas concepciones culturales de la República Liberal, es evidente una idea totalmente diferente de progreso, alejada de presupuestos religiosos y por lo tanto menos espiritual y más pragmática, asociada a un revisionismo y a una autocrítica interna de las deficiencias del país, que derivó en la formulación del proyecto de reforma universitaria, por medio de la cual se pretendía reformar el país desde sus entrañas, empezando por generar una real conexión entre la Universidad y las afecciones de la nación, lo que a su vez generaba un verdadero sentido nacional, dado que al volver a los estudiantes sujetos críticos de su realidad, estos se apersonaban de las situaciones sociales, políticas y económicas más

críticas, lo que se traducía en un mejoramiento sustancial de las condiciones a todas las escalas de la nación.

Por lo tanto, es posible afirmar, que el oficio intelectual en general en la República Liberal, independientemente de las convicciones políticas del intelectual, tenía como primera tarea de su agenda, el servir al desarrollo del país, lo que en consecuencia doblegaba al intelectual a ponerse a disposición de su partido. Abierta queda la puerta para que investigaciones venideras se apropien del estudio del intelectual y de la expresión intelectual por sí misma, ocupándose tanto de la intelectualidad de los sectores política y socialmente dominantes como también de los dominados, en periodos – por nombrar solo uno – como por ejemplo la Hegemonía Conservadora, donde se ponga a la par del discurso y la expresión conservadora/confesional su contraparte liberal, lo que permita un acercamiento más integro al tránsito de las ideas en la historia del país y se enriquezca con significativos aportes la historiografía intelectual y cultural de la nación.

Fuentes y bibliografía

Fuente Primaria

Prensa

Anacleto. (1937)

Cosmos. (1924)

El Siglo. (1936, 1937, 1938, 1942)

El Tiempo. (1929, 1940)

La Unidad. (1911)

Jornada. (1948)

Mundo al día. (1926)

Discursos

Gómez, Laureano. "El genuino conservador", *El País* (Bogotá) 12 de septiembre de 1932.

_____"Un análisis espectral de los partidos políticos", *El Colombiano*, (Medellín) 18 de marzo de 1933.

_____ "Contra la tiranía, de derecha o de izquierda", *El País* (Bogotá) 29 de mayo de 1934.

_____ "Invocación por respeto a la vida y a las ideas", *El Siglo* (Bogotá) 16 de marzo de 1936.

_____ "La Constitución de 1886", *El Siglo* (Bogotá) 6 de agosto de 1936.

_____ "La defensa del patrimonio", *El Siglo* (Bogotá) 10 de agosto de 1936.

_____ "La tradición ante la barbarie", *El Siglo* (Bogotá) 15 de abril de 1937.

_____ "Decadencia y grandeza de España", *Revista Colombiana* 9.25 (1938).

_____ "Oración por la libertad", *El Siglo* (Bogotá) 13 de octubre de 1938.

_____ "El peor enemigo: el moderado", *El Siglo* (Bogotá) 8 de diciembre de 1938.

_____ "La bancarrota del liberalismo", *El Siglo* (Bogotá) 28 de noviembre de 1938.

_____ "El espectro del comunismo", *El Siglo* (Bogotá) 30 de noviembre de 1938.

_____ "La posición conservadora", *El Siglo* (Bogotá) 5 de diciembre de 1938.

_____ "La defensa de la fe", *El Siglo* (Bogotá) 16 de octubre de 1942.

Proyectos de ley

Arciniegas, Germán. *La Universidad colombiana: proyecto de ley y exposición de motivos presentado a la cámara de representantes*, Bogotá: Imprenta Nacional, 1932.

Memorias del congreso

Arciniegas, Germán. *Memoria del Señor Ministro de Educación nacional al Congreso de 1942*, Bogotá: Imprenta Nacional, 1942.

_____ *Memoria del Señor Ministro de Educación nacional al Congreso de 1946*, Bogotá: Imprenta Nacional, 1946.

Bibliografía

Arciniegas, Germán. *El estudiante de la mesa redonda*, Ciudad de México: Editorial Cariátide, 2013.

Altamirano, Carlos. *Historia de los intelectuales en América Latina*, T.1, dir. Carlos Altamirano, ed. Jorge Myers. Buenos Aires: Katz Editores, 2008.

_____ *Intelectuales. Notas de investigación.*, Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2006.

Bethell, Leslie. *Historia de América Latina,* V. 8, ed. Leslie Bethell. Barcelona: Editorial Crítica, 1990.

Bourdieu, Pierre. *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto.* Tucumán: Editorial Montressor, 2002.

_____ *El sentido práctico.* Madrid: Taurus, 1991.

_____ *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 2000.

Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loic. *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.

Camacho Montoya, Guillermo. *Laureano Gómez: Un dominador político.* Bogotá: Revista Colombiana, 1941.

Caro, Miguel Antonio. *Obras completas, vol. VIII.* Bogotá: Imprenta Nacional, 1945.

Coser, Lewis. *Hombres de ideas, el punto de vista de un* sociólogo. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968.

Crawford, William Rex. *El pensamiento latinoamericano de un siglo.* México: Editorial Limusa-Wiley,1966.

Deas, Malcolm. *Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá: Tercer Mundo, 1993.

Delpar, Helen. *Rojos contra azules: el partido liberal en la política colombiana, 1863-1899.* Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1994.

Dubois, Jacques. *La institución de la literatura*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2014.

Foucault, Michel. *Microfísica del poder.* Madrid: La Piqueta, 1992.

Gómez, Laureano. *Hitler y la enseñanza de Fichte.* Bogotá: Revista Colombiana, 1933.

_____ *Interrogantes sobre el progreso de Colombia: conferencias dictadas en el teatro municipal de Bogotá.* Bogotá: Editorial Revista Colombiana, 1929).

Gramsci, Antonio. *Cuadernos de la Cárcel, V.5.* Puebla: Ediciones Era, 1999.

_____ *La formación de los Intelectuales.* Ciudad de México: Editorial Grijalbo, 1967.

Hale, Charles. "Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930", *Historia de América Latina,* V. 10, ed. Leslie Bethell. Barcelona: Editorial Crítica, 1990.

Henderson, James D. *Las ideas de Laureano Gómez.* Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1985.

Jaguaribe, Helio. *Desarrollo económico y desarrollo político*. Buenos Aires: Eudeba, 1964.

Jaramillo Uribe, Jaime. *Manual de Historia Colombiana*, Tomo III. Bogotá: Colcultura, 1980.

_____ *Pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Editorial Planeta, 1996.

Lambert, Jacques. *América Latina: Estructuras sociales e instituciones políticas* Barcelona: Ed. Ariel, 1964.

Lechner, Norbert. "Intelectuales y política: nuevos nexos y nuevos desafíos", *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX*, T.2, Isidro Cisneros y Laura Baca. Ciudad de México: Triana, 1997.

Loaiza Cano, Gilberto. *Poder letrado: ensayos sobre historia intelectual de Colombia, siglos XIX y XX.* Cali: Programa Editorial Universidad del Valle, 2014.

_____ *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886).* Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011.

Mannheim, Karl. *Ensayos de sociología de la Cultura.* Barcelona: Editorial Aguiar, 1963.

Marichal, Juan. "La significación de la historia intelectual de América latina", *Homenaje a Rafael Segovia*, Serrano Migallón, Fernando. Ciudad de México: Colegio de México, 1998.

Marin Colorado, Paula Andrea. *Un momento en la historia de la edición y de la cultura en Colombia (1925-1954). German Arciniegas y Arturo Zapata: Dos editores y sus proyectos.* Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2017.

Martínez, Frederic. *El nacionalismo cosmopolita: la referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República - Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001.

Molina Ramírez, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1959.* Bogotá: Universidad Libre, 2006.

Pecaut, Daniel. *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*. Medellín: Siglo XXI Editores, 1987.

Pérez Robles, Shirley Tatiana. *Inmorales, injuriosos y subversivos: La prensa liberal y socialista censurada durante la Hegemonía Conservadora (1886-1930)*. Tesis de Doctorado en Historia, Universidad Nacional de Colombia-Sede Medellín, 2017.

Romero, José Luis. *El pensamiento político latinoamericano*. Buenos Aires: AZ editora S.A., 1998.

Ruiz Vásquez, Juan Carlos. *Leopardos y tempestades. Historia del fascismo en Colombia*. Bogotá: Javegraf, 2004.

Silva, Renán. *República liberal, intelectuales y cultura popular*. Medellín: La Carreta Editores, 2005.

Tirado Mejía, Álvaro. "López Pumarejo: la Revolución en Marcha", *Nueva Historia de Colombia, Volumen 1, Tomo 1: Historia política, 1886-1946.* Bogotá: Editorial Planeta, 1989.

Urrego, Miguel Ángel. *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia: De la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2002.

Vallejo Mejía, Maryluz. *A plomo herido: Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980).* Bogotá: Editorial Planeta, 2006.

Weber, Max. *El político y el científico.* Barcelona: Alianza Editorial, 1972.

Artículos de Revista

Armella Julieta, Martinetto Alejandra B., Naidorf Judith, Sturniolo Silvina A. "Reflexiones acerca del rol de los intelectuales en América Latina" *Archivos analíticos de políticas educativas* 18.25. (2010): 1-41.

Baran, Paul. "El compromiso del intelectual". *Casa de las Américas* 7. (1961): 14-21.

Botero-Bernal, Andrés. "Saberes y poderes: Los grupos intelectuales en Colombia", *Pensamiento Jurídico* 30 (2011): 161-216.

Brugés Carmona, Antonio. "Reflexiones sobre el arte popular" *Revistas de las Indias* (1946).

Bruno, Paula. "Los intelectuales de un siglo". *PolHis* 8. (2011): 312-316.

Charles Kurzman y Lynn Owens. "The Sociology of Intellectuals, *Annual Review of Sociology* 28. (2002): 63-90.

Charry, Carlos Andrés. "Los intelectuales colombianos y el dilema de la construcción de la identidad nacional (1850-1930)" *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* 90 (2011): 55-70.

Cruz Rodríguez, Edwin. "La nación en Colombia del Radicalismo a la Regeneración (1863-1889): Una interpretación política", *Pensamiento Jurídico 28.* (2010): 69-104.

Gómez Sánchez, Gonzalo. "Intelectuales, poder y cultura nacional" *Analisis Politico* 34. (1998): 115-138.

Mansilla, H.C.F. "Intelectuales y política en América Latina: Breve aproximación a una ambivalencia fundamental" *Espacio Abierto* 11.3 (2002): 429-454.

Monsiváis, Carlos. "De los intelectuales en América latina" *América Latina Hoy* 47. (2007): 15-38.

Montoya, Paúl. “El debate teórico en la Historia Intelectual y sus repercusiones en América Latina”. *Intellectus* 1.07 (2008): 01-17.

Oliver, Lucio Fernando. “La interdisciplinariedad en los estudios latinoamericanos: evolución, conceptos y experiencias en la UNAM”, *Anuario del colegio de estudios latinoamericanos* 2. (2010): 129-139.

Sánchez Prado, Ignacio. “Los intelectuales públicos en América Latina” *Latin American Research Review* 47. (2012): 218-226.

Uricoechea, Fernando. “Los intelectuales latinoamericanos y el desarrollo de sus sociedades” *Revista Mexicana de Sociología* 29.4 (1967): 787-830.

Villegas Vélez, Álvaro. “Nación, intelectuales de elite y representaciones de degeneración y regeneración, Colombia, 1906-1937” *Iberoamericana* 7.28 (2007): 7-24.

Zertuche, Federico. “El intelectual y el político”. *Bien Común y Gobierno* 07.74. (2001): 47-54.